
Grupo Editorial
Portal
PROTEGIDA
por el TURCO
DINASTÍA ARSLAN • LIBRO 2
Bestseller internacional
JÉSSICA MACEDO

Best-seller internacional

JÉSSICA MACEDO

PROTEGIDA *por el* TURCO

LA DYNASTIE ARSLAN • LIBRO 2

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño: Graphic Jéssica Macedo

Revisión: Grupo Editorial Portal

Traductor: Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

A Ivana, mi querida lectora ❤

Índice

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
Agradecimientos
Redes sociales (del editor)

Sinopsis

?? Persecución + protección

?? Un hombre peligroso, frío y entrenado

?? Obsesión, mafia y secretos

?? De enemigos a amantes / Tensión explosiva

?? Poderosa y disfuncional dinastía turca

?? Conoce verdades que pueden destruirlo todo

Cem Arslan creció en el corazón de una dinastía construida sobre sangre, silencio y poder. Desde que aprendió a caminar, fue moldeado para convertirse en un arma: frío, preciso y calculador. Fue entrenado no solo para proteger, sino también para destruir cualquier amenaza contra la familia Arslan. En su mundo, no había lugar para el error. Todo era una misión.

Pero Ivana fue el error que no vio venir.

Ella conoce secretos que jamás debió escuchar, guarda información capaz de derribar imperios y, por eso, se convirtió en algo más que un objetivo.

Ivana huyó, corrió tanto como pudo, se escondió, cambió de nombre, borró sus huellas, tratando de escapar de un hombre que no fue criado para perder. Sin embargo, no se puede escapar de alguien que fue entrenado para cazar. Cuanto más se acerca Cem, más se da cuenta de que esta misión ya no se trata de proteger el apellido que lleva. Se trata de ella, y de lo que esa mujer despierta dentro de él. Un deseo enfermizo, violento, incontrolable, que late más fuerte que cualquier orden, destruye toda lógica y rompe cualquier regla.

Ivana debe decidir si va a luchar contra él, o si va a rendirse.

Sin embargo, hay una verdad innegociable grabada en el nombre Arslan: nadie escapa de Cem. Una vez que él decide que eres suya, ya no hay salida.



Ivana
YAZGAN

Capítulo 1

Cambié de nombre por tercera vez ese año.

Esta vez elegí algo corto, fácil de olvidar. Un nombre que no cargara con el peso del pasado ni con la promesa de un futuro. En los papeles, yo era Elif Kaya. Veintisiete años. Desempleada. Discreta.

¿En la práctica?

Era una bomba de tiempo con el reloj a punto de llegar a cero.

La terminal de autobuses estaba demasiado fría para ser comienzos de primavera. El aire seco me raspaba la garganta y el cielo tenía un tono opaco, como hierro desgastado. Llevaba conmigo una mochila vieja, una laptop de segunda mano y una desconfianza constante: la sensación de que alguien, en algún lugar, todavía me estaba rastreando.

No miré atrás al bajar del autobús. Nunca lo hacía. Era más seguro así.

La pequeña ciudad al este de Ankara parecía uno de esos lugares donde la gente sabe demasiado sobre la vida de los demás, pero igual no se preocupa lo suficiente. Perfecto para pasar desapercibida, o para morir sola.

Ambas opciones estaban dentro de mis posibilidades.

Tomé un taxi barato y di una dirección falsa con la calma entrenada de quien miente para sobrevivir. Una habitación amueblada, alquilada a través de una aplicación, bajo la identidad de una mujer que ya no existía.

La dueña de la casa me miró con desconfianza, pero el pago por adelantado la dejó en silencio.

En el cuarto, las paredes eran de un beige sucio y la cama crujía con cada movimiento. Olía a humedad y sospecha, pero el wifi funcionaba y las ventanas tenían cortinas pesadas. Era justo lo que necesitaba, o lo que merecía.

Abrí la laptop. Los archivos estaban encriptados, ocultos bajo capas de seguridad. Aun así, solo el hecho de que existieran me revolvía el estómago. Esos datos podían destruir algo más que empresas.

Podían destruir a personas con demasiado poder. Hombres como Emir. Familias como los Arslan. Y con ellos, a cualquiera que se atreviera a levantar la voz.

Cerré la pantalla con más fuerza de la necesaria.

No importaba. Nadie me encontraría ahí. Me había borrado del mundo. Me había convertido en humo. Y aunque descubrieran lo que yo sabía, ¿quién se preocuparía por una mujer sola, acusada de robo corporativo y emocionalmente inestable?

Un fantasma no llama la atención, y yo era buena en eso. O al menos eso creía, hasta que el celular vibró con un número

desconocido.

La mano se me quedó congelada sobre el aparato. Miré la pantalla como si pudiera morderme. Había un único mensaje, sin remitente:

"Tenemos tu nombre y tu ubicación. Si quieres sobrevivir, contesta."

El corazón se me detuvo en el pecho, la mano me tembló y, por primera vez en semanas, el miedo hizo más ruido que el silencio.

El cuarto se sintió más pequeño después de leer el mensaje. Las paredes, antes neutras, se curvaban hacia mí como si pudieran oír mi respiración agitada y absorber mi pánico. La bombilla del techo titilaba con una oscilación eléctrica molesta, proyectando sombras erráticas en los rincones. Un leve olor a óxido mezclado con polvo impregnaba el aire, volviéndolo espeso, casi imposible de respirar. Sentí que el estómago se me contraía con esa sensación de estar siendo observada sin saber desde dónde.

Sostuve el celular demasiado tiempo antes de responder. La pantalla se oscureció y tuve que tocarla otra vez, como si incluso el aparato dudara en conectarme con lo que había del otro lado.

Cuando por fin llevé el teléfono a mi oído, mi voz salió más baja de lo que habría querido. Tal vez por precaución, o tal vez porque el miedo siempre ha sabido hacerme sentir pequeña.

—¿Hola?

El silencio que siguió no fue un problema técnico, fue calculado, y por eso mismo, aún más aterrador.

Después de cuatro segundos que se sintieron eternos, la voz de un hombre llenó el espacio entre nosotros: grave, clara, sin apuro, pero cargada de autoridad.

—Ivana Yazgan. Te estás volviendo predecible.

Apreté el celular con fuerza, el corazón se me aceleró en el pecho como si quisiera escapar antes que yo. Nadie me llamaba por mi nombre verdadero desde hacía meses. Nadie debería haber podido encontrarme. Me había asegurado de borrar todo, había sido cuidadosa, era invisible.

—¿Quién eres? —pregunté, tratando de mantener la voz firme, aunque cada parte de mí estuviera gritando.

La risa que llegó desde el otro lado fue baja. Un desprecio contenido. Luego, la voz volvió a ese tono impersonal, pero con un peso que me heló la sangre.

—La única persona que está intentando mantenerte con vida en este momento. Alguien —dijo con pausa— que cree que sabes más de lo que deberías. Y eso, Ivana, es un problema. Para los dos,

Miré a mi alrededor, como si los muebles viejos y el ventilador de techo pudieran darme alguna respuesta. Pero todo en ese lugar parecía repetir lo mismo que acababa de decir esa voz: *te han encontrado.*

—No tengo nada que le interese a nadie —mentí, aunque sabía perfectamente que no serviría de nada.

—Claro que tienes. Sabes que hay mucha gente dispuesta a matarte por eso.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Traté de ignorarlo, como si el cuerpo no estuviera reaccionando por puro instinto. Pero no pude. La presión en mis pulmones, el sabor amargo en la boca, el temblor en las piernas. Sabía exactamente de qué hablaba. Los datos. Los archivos. La maldita carpeta encriptada que juré no abrir jamás. La verdad que descubrí sin querer y que se convirtió en una sentencia.

—Entonces, ¿por qué me llamas? ¿Por qué no dejas que me encuentren?

Esta vez, no se rió. Tampoco tardó en responder.

—Porque me enviaron para evitarlo. Alguien pagó mucho para que siguieras respirando. Ahora levántate, prepara tu mochila y espera. Te sacarán de ahí en veinte minutos. No hagas ninguna estupidez.

La llamada se cortó antes de que pudiera reaccionar.

Me quedé de pie en medio de la habitación sofocante, escuchando únicamente el sonido de mi corazón y el zumbido del ventilador oxidado sobre la cama. Algo dentro de mí se rompió, no como quien se derrumba, sino como quien comprende que ya no hay vuelta atrás.

Mis manos se movieron antes que mi mente. Metí la laptop en la mochila, empujé la ropa hasta el fondo con una urgencia mecánica, agarré mi pasaporte falso y el celular de repuesto. Cada movimiento era un recordatorio incómodo de que había vuelto al modo de supervivencia: esa fase en la que no se piensa, solo se corre.

Al abrir la puerta del cuarto, el aire nocturno me golpeó con un soplo seco, cargado de gasolina y humo de cigarrillo. La calle estaba demasiado callada para una ciudad pequeña. Sin embargo, lo sabía: en algún lugar, alguien ya se estaba moviendo y, si aquel hombre decía la verdad, mi vida dependía de confiar en un desconocido.

Otra vez...

Esperé en la vereda durante largos minutos, inmóvil como una estatua fingiendo pertenecer. La chaqueta liviana no servía de nada contra el viento helado que se deslizaba por las calles angostas, arrastrando hojas secas y envoltorios arrugados que giraban a mis pies, como señales de que al mundo le daba igual mi urgencia. La calle parecía dormida, con sus ventanas cerradas y faroles antiguos proyectando luces amarillas temblorosas sobre las calles agrietadas. No se oían autos, ni voces, ni pasos, solo el zumbido de las lámparas y esa sensación asfixiante de que algo estaba a punto de suceder.

Llevaba la mochila bien ajustada a la espalda, y la mano derecha dentro del bolsillo, cerrada en torno a una llave-navaja. No, no era un arma, pero quizás me daba la ilusión de que podía defenderme si se trataba de una trampa.

Porque podría serlo…

La esquina de la siguiente cuadra ofrecía un ángulo muerto. Cualquier coche que viniera desde ahí solo se vería en el último segundo. Mis ojos ya estaban secos de tanto mirar en la oscuridad, tratando de captar cualquier movimiento. Mi mente, por más entrenada que estuviera para analizar, oscilaba entre la esperanza de escapar y el pánico de quedar al descubierto.

El tiempo no ayudaba. La espera desgastaba más que el miedo. Hasta que apareció…

Un vehículo negro, grande, de vidrios polarizados, se deslizó por la calle como un depredador silencioso. Sin patente. Sin marcas. Con luces bajas. Se detuvo a pocos metros de donde yo estaba, con el motor aún encendido, un rugido grave y constante que llenó el silencio a su alrededor. La puerta trasera del lado opuesto se abrió con un clic suave, como si esperara que subiera sin hacer preguntas.

Mis pies vacilaron. El cuerpo quería correr en la dirección contraria, pero la mente susurraba: no hay más opciones. El miedo ya me conocía por nombre. La muerte, si me quería encontrar, lo haría en cualquier lugar.

Crucé la calle con pasos firmes, aunque el corazón me golpeaba con violencia dentro del pecho. El aire en el interior del coche se sentía más denso, como si estuviera cargado de demasiados secretos. El interior era oscuro, pero limpio e impecable. De cuero, madera pulida y un perfume sutil a limpieza reciente. Todo ahí transmitía silencio y control. Ningún sonido. Ninguna palabra. Solo el hombre en el asiento del acompañante, con la espalda recta y un celular en la mano, que ni siquiera me miró.

Le habló al conductor en un idioma que no reconocí de inmediato: breve, firme, probablemente una orden. Entonces, el coche arrancó. Yo no pregunté a dónde íbamos. No pregunté quiénes eran.

Estaba demasiado cansada para resistirme…

Apoyé la cabeza contra la ventanilla, observando cómo la ciudad se convertía en sombras de luz y cemento. Las manos seguían aferradas a la correa de la mochila, como si eso aún fuera mi único punto de seguridad. Sin embargo, en el fondo, lo sabía: algo había cambiado en el momento en que subí a ese auto.

Ya no era solo una fugitiva.

Ahora, era un objetivo.

O una pieza en un juego más grande, y el tablero acababa de girar.



Capítulo 2

El sonido seco de los golpes retumbaba en las paredes de piedra del gimnasio privado instalado en el fondo de la mansión Arslan. El espacio era amplio, pero sombrío. No había ventanas, solo una fila de lámparas industriales colgando del techo alto, que lanzaban una luz blanca y dura sobre el suelo de goma. Equipos modernos, una bolsa de boxeo, pesas alineadas, un tatami en el centro y una única botella de agua olvidada sobre el banco de madera pegado a la pared. Ese era mi refugio, y también mi prisión.

Entrenaba todas las mañanas antes de que saliera el sol, no por costumbre, sino por necesidad. El silencio de la madrugada era el único sonido que todavía respetaba. No había ruido de autos, voces de la familia, llamadas telefónicas ni órdenes disfrazadas de consejos. Solo mi respiración acompasada, el impacto de los puños contra el cuero y el sudor escurriéndose por mis sienes. En el boxeo, en el peso, en el control del dolor, yo seguía siendo el mismo Cem de antes. *El único en quien aún confiaba…*

Los músculos me ardían con cada golpe, ejecutando la secuencia con precisión militar: Directo, Cruzado, Gancho, Paso, Retroceso, Repetir, Era un ciclo mecánico, pero eficaz. Como yo. El tipo de hombre que se moldea para proteger y, al final, siempre termina solo.

La bolsa se balanceó con el último golpe más fuerte. Di un paso atrás, con el pecho subiendo y bajando en oleadas pesadas, y enfrenté mi reflejo en el espejo pegado a la pared. La barba crecida, los ojos hundidos, las cicatrices discretas en el abdomen y el hombro. Una vez había sido más limpio, más joven, más esperanzado, pero el campo de batalla y la política familiar le arrancan eso a cualquiera.

Crecí con reglas grabadas en los huesos: un Arslan no falla. Un Arslan no siente. Un Arslan protege el apellido antes que cualquier otra cosa.

El problema era que no todas las guerras se libraban afuera. Yo, aunque intacto por fuera, cargaba demasiadas esquirlas por dentro. Soldados muertos bajo mi mando, misiones con fines que nadie podía cuestionar y una vida que me alejaba más de la gente de lo que me acercaba.

Estaba inmerso en ese pensamiento: sudando, jadeando, con los guantes colgando de los puños, cuando la puerta del gimnasio se abrió sin previo aviso. Mi hermano mayor entró con paso firme y un traje impecable. Emir Arslan. La versión más afilada de nuestro padre.

—Tenemos un problema —anunció, sin rodeos.

Me quité los guantes, los tiré sobre el banco y tomé la toalla para secarme el rostro.

No pregunté cuál era el problema. Él no perdía el tiempo con tonterías. Si había venido en persona, era algo grave.

—¿Reapareció alguien? —aventuré, tomando la botella de agua.

—Alguien no. Ella.

La palabra quedó suspendida en el aire, cargada de significados que no hacía falta explicar. Mi cuerpo se tensó antes de que pudiera evitarlo. Apoyé las manos en el respaldo del banco, sintiendo el sudor caer del mentón, y esperé.

—Ivana Yazgan —continuó—. Tenemos información de que alguien está intentando eliminarla. Y ella tiene acceso a datos que comprometen a empresas que, tarde o temprano, podrían rozar nuestra sombra.

—¿Va a hablar? —pregunté, seco.

—No lo sabemos. Pero no podemos arriesgarnos. Está vulnerable. Escondida. Y, por ahora, sola.

Levanté la vista hacia él. Emir no pedía favores. Daba órdenes. Pero esa mañana había algo distinto. Algo no dicho.

—¿Y qué opina nuestro padre de todo esto? —pregunté, solo para tantear el terreno.

Emir esbozó una sonrisa sin humor.

—Fue idea suya ponerte a cargo.

Asentí lentamente. La decisión ya estaba tomada desde antes de que yo la conociera. Siempre era así.

Me puse la camisa oscura que estaba colgada en la silla y seguí a mi hermano fuera del gimnasio, con nuestros pasos resonando por el pasillo silencioso de la propiedad.

—Entonces vamos a protegerla —dije al fin.

Pero dentro de mí, algo me advertía que esta misión no sería como las otras.

Y que la mujer a la que todavía no conocía sería el tipo de amenaza que ninguna coraza podría contener.

***

La observé cruzar la calle con un paso demasiado firme para alguien tan visiblemente agotada. Ivana Yazgan cargaba su alma en la espalda, junto a la mochila, y lo supe en cuanto se acercó al auto. La forma en que mantenía la columna erguida, a pesar de llevar los hombros pesados, me dijo todo lo que necesitaba saber sobre el tipo de mujer que estaba a punto de proteger. No era frágil. Solo estaba cansada. Lo que, la mayoría de las veces, era incluso más peligroso.

Apenas se sentó y cerró la puerta, el aire pareció cambiar. Se volvió más denso. Más contenido. Como si el propio auto absorbiera el peso de su presencia. El cuero negro impecable de los asientos, el panel pulido, el aroma a madera y limpieza, todo ahí gritaba control, pero ella no. Ella solo guardó silencio. No hizo preguntas ni emitió juicios.

Simplemente se acomodó en el asiento con la mochila presionada contra el cuerpo, intentando esconder su vigilancia detrás del cansancio.

No la miré directamente, no todavía. En el retrovisor, capturé su imagen: mechones sueltos escapando de su capucha, el rostro casi apagado por la resistencia, los dedos aferrados a la correa de la mochila como si fuera su último ancla. Era el tipo de miedo que no se anunciaba con gritos, sino con silencios calculados. Y yo lo conocía bien.

Le di la orden al conductor en búlgaro: un código antiguo que pocos fuera de nuestra red podrían entender, y el auto arrancó sin ninguna explicación formal. Si ella quería saber a dónde íbamos, que preguntara. Sin embargo, ya me había dado cuenta: prefería el control a la exposición. No era de las que suplican. Era de las que observan, esperan y atacan si es necesario.

Mientras las luces de la ciudad empezaban a desvanecerse detrás de nosotros, la vi apoyar la cabeza contra la ventanilla, y su rostro quedó a medio iluminar por los postes que pasábamos. Su expresión era de rendición, pero no de entrega. Era la rendición de

quien decide seguir viviendo un poco más, aunque la confianza haya muerto en el camino.

Ahí, en el silencio que se instaló entre nosotros como una cuarta presencia en el auto, entendí: ella formaba parte de algo más grande. Una pieza clave. Y eso, en mi mundo, solo significaba una cosa: alguien iba a intentar sacarla del tablero, y desde el momento en que entró en ese auto, quien fuera ese alguien tendría que pasar por encima de mí.



Ivana
YAZGAN

Capítulo 3

Lo primero que noté en él no fueron sus ojos. Ni la postura. Fue el silencio. Ese tipo de silencio que no llena el espacio, lo domina, lo ocupa por completo, como una sombra antigua que arrastra el eco de algo que nadie se atreve a nombrar. Cuando abrí la puerta y bajé del auto, el aire ya estaba impregnado de su presencia antes de que pudiera fijarme en sus rasgos.

No necesitó decir nada. Simplemente estaba ahí. Inmóvil, rígido como una roca y exactamente como me imaginaba que sería Cem Arslan.

Alto, de hombros anchos, con los brazos cruzados firmemente sobre el pecho. Vestía de negro de pies a cabeza: camisa ajustada, chaqueta militar y botas. La barba recortada delineaba un rostro masculino, marcado por rasgos duros, ojos de un marrón tan oscuro que rozaban el negro, sin espacio para la vulnerabilidad. Había un

control absoluto en cada centímetro de ese hombre. Un dominio de gestos, de expresión, de emociones, y lo reconocí.

No porque se presentara, sino porque había estudiado demasiado a esa familia como para no saber quién era.

Cem Arslan. El hermano del medio. El brazo invisible de la dinastía. Un ex soldado de fuerzas especiales con un pasado envuelto en secretos y misiones no registradas. Conocido por cumplir órdenes sin hacer preguntas y por su lealtad absoluta, pero solo hacia aquello que consideraba digno de ella. Era el tipo de hombre que mataba por convicción, no por impulso, y por eso mismo, era el más peligroso de todos.

Nos quedamos unos segundos inmóviles, mirándonos, y en ese instante comprendí dos cosas con una claridad incómoda: me evaluaba como si yo fuera un objetivo, y no confiaba en mí.

El lugar donde estábamos era aislado, frío y envuelto en silencio. Un refugio de piedra y madera oscura en medio de la nada. A simple vista, la cabaña parecía pequeña, pero estaba estratégicamente ubicada: de acceso complicado, rodeada de bosque seco y árboles dispersos, con una visibilidad amplia en todas las direcciones. Un escondite pensado por alguien que vive en alerta constante. Alguien como él.

—Ivana —dijo al fin. El nombre salió sin emoción, como si fuera un código de misión, no un saludo.

La manera en que lo pronunció sonó más a verificación de identidad que a pregunta. Yo solo asentí con la cabeza, sin ofrecer una sonrisa, porque estaba demasiado cansada para fingir y era lo suficientemente inteligente como para no subestimar la naturaleza de lo que se estaba estableciendo allí. No era una invitada. No era una cliente. Era una responsabilidad, y él no estaba contento con eso.

Cem se dio vuelta sin esperar respuesta y empezó a caminar hacia la entrada de la cabaña. Sus pasos eran firmes y silenciosos.

Había una cadencia precisa, casi militar. Lo seguí, y por un instante fugaz, vi el cielo cerrarse detrás de nosotros, tragándose el último hilo de luz como un presagio.

Al entrar, la atmósfera cambió. El interior de la casa era frío, pero limpio. Rústico, sin exceso de muebles. Solo lo esencial: un sofá de cuero marrón, una chimenea apagada, una mesa con sillas de madera oscura, cortinas pesadas cerrando todas las ventanas, y un pasillo angosto que, probablemente, llevaba a un cuarto y a un baño. No había televisión. Ni adornos. Ni ningún intento de volver aquel lugar acogedor. No era una casa. Era un búnker disfrazado de refugio.

Dejé la mochila en el suelo, pero me quedé cerca de la pared. Instintivamente. No por miedo, sino porque estar contra la pared siempre ofrece una visión más amplia.

Él cerró la puerta con tres vueltas de llave, revisó la cerradura y luego miró el monitor de seguridad instalado junto al marco de la estantería. No dijo una palabra ni intentó aliviar el ambiente, y por alguna razón que no entendí de inmediato, eso me tranquilizó.

Su indiferencia era reconfortante. Porque era real, y en ese mundo del que venía, siendo perseguida por sombras y amenazas sin rostro, lo real era el único alivio que me quedaba.

Pasó a mi lado de nuevo, y lo observé sin moverme.

Cem era un hombre moldeado para proteger. Pero también, y quizá por encima de todo, para no involucrarse, y fue justamente por eso que, por primera vez en mucho tiempo, sentí un extraño tipo de peligro.

No el de alguien que quiere hacerme daño, sino el de alguien que podría desarmarme… sin decir una sola palabra.

El piso de madera crujió suavemente bajo mis pies cuando di unos pasos más hacia la sala. El olor del ambiente era demasiado limpio: alcohol, madera barnizada, tal vez algo cítrico usado para evitar el moho de la humedad de montaña. La chimenea no había

sido encendida, a pesar del frío que se colaba por las rendijas de la estructura antigua. Cem encendió la luz con un chasquido seco, revelando la austeridad del lugar en el que se suponía que debía sentirme segura. Pero la seguridad era un concepto relativo, y yo no confiaba en hombres como él.

Entró en la pequeña cocina abierta al lado de la sala, tomó una botella de agua de la nevera y me lanzó una mirada por encima del hombro, como si esperara que dijera algo. Como si supiera que no podría quedarme callada por mucho tiempo.

—¿Siempre tratas a las personas que proteges como si fueran prisioneras? —pregunté, sin rodeos.

Me miró de frente por primera vez desde que bajamos del auto. Sus ojos oscuros, fríos, se detuvieron un segundo más en mi rostro, como si no solo analizara lo que había dicho, sino por qué lo había dicho. Era así, meticuloso. Ese hombre medía cada reacción y su silencio pesaba como plomo.

—Las personas protegidas no se ponen en el radar de grupos criminales con archivos sensibles y ubicación rastreable —respondió con voz grave y contenida—. No estás aquí por cortesía. Estás aquí porque casi mueres, y porque sabes demasiado.

Crucé los brazos, conteniendo el impulso de enfrentarlo como una adolescente desafiante. No lo era. Estaba lejos de serlo. Pero su tono, esa superioridad encubierta que se deslizaba en cada palabra, me recordaba exactamente por qué siempre había sido pésima para recibir órdenes.

—Casi muero porque confié en la gente equivocada. No porque sea estúpida —repliqué con firmeza—. Y vine hasta aquí porque, por ahora, no tengo mejores opciones. Pero eso no te da derecho a hablarme como si fuera una niña imprudente.

El silencio que siguió fue tan denso que parecía pegarse al aire entre nosotros. Cem no se movió, con los brazos cruzados sobre el pecho, los hombros anchos tensos bajo la camisa negra y la

mandíbula apretada. Parecía una escultura de piedra tallada por la guerra.

—Eres imprudente —dijo al fin, sin alzar la voz—. La diferencia es que también eres inteligente. Y eso, para mí, es aún más peligroso. Porque la gente inteligente cree que puede preverlo todo. Hasta que la traicionan.

Aquello me golpeó como un puñetazo en el estómago. Tal vez lo sabía. Tal vez había leído mi historial, mis decisiones, mis pérdidas. Tal vez conocía lo suficiente sobre mí como para saber que sí, fui traicionada. Y que, hasta hoy, seguía cargando con las esquirlas de eso.

Tragué saliva y di dos pasos hasta la ventana, apartando apenas la cortina para mirar hacia la oscuridad del exterior. El bosque comenzaba a unos metros de la terraza de piedra. Todo estaba tan silencioso que incluso el crujido de los árboles al viento parecía ensayado. El lugar gritaba aislamiento y, en el fondo, eso me hacía sentir aún más expuesta.

—No soy una amenaza para ti, Cem —dije, aún mirando hacia fuera—. Y no estoy tratando de serlo.

—Pero eres una amenaza para ti misma. Y eso me obliga a ser lo que no te gusta —respondió detrás de mí.

Cerré los ojos por un momento. Su tono era firme, casi militar. Sin embargo, no había arrogancia, solo convicción. Y eso, eso me desarmaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Giré despacio, volviendo a mirarlo. Estaba más cerca, tal vez sin darse cuenta de que se había movido. O quizá lo había hecho a propósito.

—No necesitas que te caiga bien —dijo, como si leyera mis pensamientos—. Solo tienes que entender que, por ahora, soy lo único entre tú y quienes quieren verte muerta.

Mi pecho subió y bajó con un suspiro lento. El cansancio me pesaba en la espalda, pero era el orgullo lo que dolía más. Odiaba estar vulnerable. Odiaba depender de alguien como él: frío, calculador, demasiado seguro de todo. Pero, en el fondo, sabía que tenía razón.

—Está bien —murmuré con la voz firme—. Pero, si vamos a sobrevivir juntos, tendrás que dejar de tratarme como un paquete a punto de estallar.

No respondió.

Pero algo en su mirada pareció ceder. Un milímetro. Un segundo, por ahora, eso era suficiente.

***

Me despertó el sonido del cierre de la mochila deslizándose. La cremallera se abrió con precisión, pero fue suficiente para arrancarme del sueño ligero que arrastraba desde hacía noches. El colchón de resortes se hundía bajo mi peso, y la manta áspera se deslizó hasta mi cintura. Aún era madrugada. Lo supe por las rendijas entre las cortinas: el cielo no había aclarado. Solo había oscuridad allá afuera, tejida de viento y neblina.

Cem estaba de pie en la habitación, ya vestido, con los hombros anchos cubiertos por una chaqueta oscura y la postura tan firme como la noche anterior. No decía nada, ni me miraba, sin embargo, la tensión flotaba entre nosotros como un humo invisible.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté con voz ronca y cansada.

No respondió de inmediato. Solo terminó de cerrar mi mochila, como si ya hubiera decidido por mí. Luego, me miró, y había algo en sus ojos que todavía no sabía cómo descifrar. No era enojo. Tampoco impaciencia. Parecía urgencia. Contenida, pero innegociable.

—Nos vamos de aquí —dijo, simplemente.

Me senté despacio, pasándome las manos por el cabello, intentando reunir lo poco de lógica que me quedaba.

—¿Por qué? ¿No era seguro este lugar?

—Lo era. Ya no lo es.

Quise preguntar más. Quise exigir respuestas, nombres, rutas, planes, pero la forma en que lo dijo, seco, directo, sin margen para objeciones, me obligó a tragar las palabras. No era solo una orden. Era una advertencia. Una señal de que algo había cambiado: tal vez se había dejado un rastro, se había corrompido a un informante, o solo la intuición de un hombre demasiado entrenado como para equivocarse.

En silencio, me puse el suéter que estaba sobre la silla, me calcé las botas y me recogí el cabello en un moño alto. Sus ojos me siguieron durante un segundo, como si evaluaran mi grado de cooperación. Cuando nuestras miradas se cruzaron de nuevo, solo asintió, breve, como si dijera "bien hecho" sin necesidad de hablar.

Vi otro auto estacionado a pocos metros de la puerta. La madrugada había tragado todos los sonidos, excepto el de nuestra respiración y el crujido del suelo pedregoso bajo los pies. El aire tenía sabor a óxido y el cielo estaba sin estrellas.

Cem abrió la puerta trasera y esperó a que entrara, escaneando con los ojos el entorno con precisión. Cada sombra, cada punto ciego. Incluso en la oscuridad, veía mejor que yo con plena luz del día.

No cruzamos una palabra en las dos primeras horas de viaje.

El vehículo blindado avanzaba por rutas secundarias, esquivando puntos de control, cruzando pequeños pueblos dormidos, postes solitarios y señales oxidadas que marcaban ciudades que no significaban nada para mí. El paisaje era seco, montañoso, y cuanto más nos alejábamos de lo poco que quedaba de civilización, algo dentro de mí se encogía.

Observar a Cem al volante era como ver una máquina en acción. Las manos firmes sobre el volante, la mandíbula apretada, la mirada fija. No usaba GPS. No consultaba mapas. Sabía exactamente a dónde ir. Y eso, de algún modo, me daba más miedo que tranquilidad.

Mantuve el rostro pegado a la ventana, con los ojos perdidos en la oscuridad exterior, donde los pinos se retorcían contra el viento. Cada curva del camino me alejaba un poco más de todo lo que una vez fui. La programadora. La mujer enamorada. La ingenua que creyó que la verdad bastaba para proteger a alguien.

Ahora, solo era eso: alguien que necesitaba protección. Y eso me dolía más que cualquier herida abierta.

En la tercera hora, el sol amenazó con salir, tiñendo el cielo de un tono púrpura tenue, como un hematoma a punto de extenderse. El calor aún no había llegado, pero la luz se filtraba tímida entre las copas de los árboles que bordeaban la carretera angosta. Cem redujo la velocidad al tomar un camino de tierra poco visible a simple vista. Seguimos en silencio otros quince minutos, hasta que apareció un portón metálico entre dos paredes de roca cubiertas de musgo.

Digitó un código en el panel del tablero y el portón se abrió con un chirrido metálico, revelando una estructura de cemento incrustada en la ladera de la montaña.

—Bienvenida al punto cero —dijo, por primera vez desde que habíamos subido al auto.

No respondí. Solo lo miré, y lo que vi en sus ojos me dejó en silencio. No era sarcasmo, ni frialdad. Era un rastro de cansancio. Un leve desgaste bajo la armadura.

Por primera vez, pensé que proteger a alguien también podía destruirte por dentro, y que tal vez, él ya estaba hecho pedazos mucho antes que yo.



Capítulo 4

El motor se apagó en cuanto estacioné al final del sendero estrecho y sinuoso que recorría la ladera de la montaña. El cielo, aún teñido de un gris violáceo, proyectaba sombras largas sobre las rocas cubiertas de musgo. La neblina matinal se aferraba a las hojas como si se negara a desaparecer. Frente a nosotros, camuflada entre las irregularidades del terreno, la estructura de cemento emergía como una cicatriz incrustada en la tierra: silenciosa, casi invisible, hecha para pasar desapercibida.

Era el tipo de lugar que no figuraba en ningún registro oficial.

Bajé primero. La tierra húmeda cedió bajo mis botas, y el olor del bosque mojado, madera en descomposición, tierra y óxido llenó mis pulmones. El aire allí se sentía más denso, cargado de silencio y vigilancia. Mis ojos recorrieron minuciosamente el entorno. Ningún indicio de presencia reciente. Los sensores seguían intactos, las

cámaras ocultas entre los árboles aún parpadeaban en azul bajo el follaje. El sistema respondía.

Abrí la puerta trasera e Ivana descendió sin decir una palabra. El moño improvisado dejaba escapar algunos mechones, y su expresión, aunque agotada, era analítica. Observaba alrededor como quien identifica rutas de escape, armas improvisadas, puntos ciegos. Reconocí el proceso. Yo había sido entrenado para eso.

El hecho de verla hacer lo mismo, me incomodó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Aquí? —fue todo lo que dijo, en voz baja, como si el lugar le respondiera con otro susurro.

Asentí. Tomé nuestras mochilas y avancé hasta el portón metálico incrustado en la roca. Tecleé el código en el panel oculto por el musgo. El sonido del sistema desbloqueándose retumbó con un eco bajo, casi orgánico. La puerta se deslizó hacia un lado con un chirrido metálico apagado, revelando un pasillo angosto y oscuro que conducía al interior.

La iluminación se encendió automáticamente: fría y funcional, en tiras incrustadas en los muros de hormigón en bruto.

Caminamos juntos hasta el espacio central. El búnker había sido diseñado para estadías prolongadas en aislamiento: una sala de estar y cocina integradas, con lo justo y necesario. Todo estaba limpio, pero desprovisto de vida. Líneas rectas, superficies frías y ausencia total de color. Como si incluso el entorno hubiese sido creado para reprimir cualquier vestigio de humanidad.

Avancé y abrí la puerta reforzada del dormitorio. La luz se encendió, revelando una realidad inevitable: solo había una cama doble en el centro. Colcha oscura. Sábanas tensas. Una cómoda de metal. Sin sillas. Sin divisiones.

Suspiré. Dejé las mochilas en el suelo. No la miré, pero sentí los ojos de Ivana en mi espalda, pesando con una precisión

quirúrgica. Entró en silencio y se quedó quieta por un momento, evaluando el lugar como si buscara una falla en la elección, o en mí.

—Es temporal —dije, manteniendo el tono controlado—. Es el lugar más seguro que tenemos. Nadie nos va a encontrar aquí. Ni siquiera los nuestros.

Se acercó a la cama y se sentó en el borde, con los hombros aún tensos y las manos apoyadas sobre las rodillas. Estaba inmóvil, pero no en paz. Era la quietud del cuerpo que quiere huir, pero ya entendió que no tiene a dónde ir.

—¿Y el plan es quedarnos, cuánto tiempo en este escondite de dictador paranoico? —murmuró. La ironía fue suave, pero cargada de cansancio.

Había algo en su voz que me atraía. Algo entre sarcasmo y agotamiento. Una provocación disfrazada de resistencia. Por alguna razón, eso me molestó más de lo que debería.

Cruzando los brazos, respondí con firmeza:

—Hasta que estemos seguros de que nadie va a intentar matarte mientras duermes.

Sostuvo mi mirada unos segundos, como si sopesara lo que había detrás de esa frase. Por primera vez, quizá, entendió que la seguridad, con un hombre como yo, también tenía el precio de estar atrapada.

En el silencio tenso que siguió, el búnker pareció aún más profundo, más claustrofóbico.

Y aún así, paradójicamente, era el único lugar seguro en el mundo para ella.

Y, por algún motivo que todavía no comprendía, también para mí.

Se recostó boca arriba sobre la cama, mirando el techo de madera sin tratar, como si eso pudiera ofrecerle algún tipo de alivio.

Luego giró el rostro hacia mí.

—Solo no ronques, Arslan.

Arqueé una ceja. No solía sonreír. Pero por alguna razón, las comisuras de mi boca amenazaron con rendirse.

No lo hice.

Di media vuelta y fui a la cocina a revisar los suministros. Agua mineral, conservas, café, un solo paquete de arroz, barras de proteína. Lo básico para una semana. No estaba acostumbrado a compartir espacio con nadie, mucho menos con alguien como ella.

Impredecible. Demasiado despierta. Eso era peligroso.

No por ella, sino porque, por primera vez en mucho tiempo, yo también empezaba a sentirme vivo.

Regresé al cuarto, sintiendo el crujido sutil de mis botas resonar como una cuenta regresiva. Ivana seguía acostada en la cama, la cabeza reclinada hacia atrás, con los ojos fijos en el techo, como si buscara allí alguna lógica o consuelo.

Verla en ese espacio que debía simbolizar neutralidad y orden me incomodaba. Porque no se adaptaba al entorno. Lo desafiaba en silencio. Como si dijera, con el cuerpo quieto y la boca cerrada, que nadie mandaba sobre ella.

—Tenemos que establecer algunas reglas —dije, más directo de lo que pretendía.

Ella giró el rostro hacia mí, lentamente, sin sorpresa. La respuesta estaba en su mirada antes de que abriera la boca. Desconfianza, agotamiento, y una pizca de ironía. Ese tipo de mirada que no obedece sin antes lanzar una pregunta afilada.

—¿Reglas? —repitió con voz baja, cargada de burla—. ¿Esto es un campo militar, acaso?

—Es una misión de contención —Me crucé de brazos, con firmeza—. Si lo tomas como una escapada romántica, vamos a

terminar muertos. Así de simple.

Se levantó. Despacio. Sin apuro. Ese tipo de movimiento que parece pequeño, pero carga con la fuerza de una respuesta. Estábamos a pocos pasos de distancia. Yo la miraba desde arriba, y ella ni siquiera se inmutó. El aire en la habitación se volvió más denso, como si cada centímetro estuviera cargado con lo que ninguno de los dos se atrevía a decir en voz alta.

—No estoy aquí por voluntad propia, Cem —dijo al fin—. Estoy aquí porque alguien me puso una mira en la espalda. ¿Y ahora crees que puedes dictar hasta cómo respiro?

—No —respondí, seco—. Pero voy a dictar cómo sobrevives.

Ella rió. No fuerte. Ni fuera de control. Pero fue esa clase de risa que raspa y molesta. Porque viene de un lugar demasiado cansado como para fingir obediencia. Una risa que decía que ya había conocido hombres como yo. Hombres que imponen reglas para ocultar el miedo a involucrarse. O a fallar.

—Vaya —dijo, con tono bajo, pero cortante—, el soldado silencioso se convirtió en el rey del búnker. Lástima que olvidaste que no soy una recluta.

—No —murmuré—. Eres una variable inestable. Y cuanto más inestable, más peligrosa. Incluso para ti misma.

El cruce de miradas que siguió fue largo, silencioso, afilado como un cuchillo sin mango. Por un instante, no hubo sonido más que el ritmo de nuestra sangre latiendo. Ella respiraba rápido, el pecho subiendo y bajando bajo el suéter de lana, los ojos aún fijos en los míos, con la furia contenida de quien ha pasado demasiado tiempo sobreviviendo sola. Y yo... me odiaba por preocuparme.

Porque eso, ese choque, esa mujer, esa energía indomable, me sacaba de mi eje. Y yo había sido entrenado para no perderlo nunca.

—Puede que no te caiga bien —dijo al fin, con los hombros erguidos y la voz firme—, pero vas a tener que aprender a convivir conmigo. Si estoy aquí, es porque alguien decidió que soy lo suficientemente importante como para no morir. Así que no me trates como si fuera un lastre.

Di un paso hacia atrás. Pequeño, pero necesario. La tensión me oprimía las sienes, y el silencio entre nosotros era tan filoso que podía cortar el cemento. Quise decir que todo eso era por su bien. Que cada regla era una capa de protección. Pero ella no lo creería. Y quizás, ni yo ya lo creía.

—Hay café en la cocina —murmuré, recuperando mi tono neutral—. Y armas guardadas en el armario de metal detrás de la nevera. Si llegas a necesitarlas, el código está escrito debajo de la silla.

No respondió, y en ese momento entendí que tal vez la regla más importante entre nosotros, sería aprender cuándo callar.

Porque, con Ivana Yazgan, el silencio no era omisión. Era una guerra velada. Y yo ya estaba en el campo de batalla.

***

La mañana avanzaba despacio, confundida con las luces artificiales incrustadas en las paredes del búnker. Allá afuera, el mundo tal vez despertaba bajo un cielo violáceo. Aquí dentro, en el vientre de cemento de la montaña, el tiempo parecía suspendido. No había ventanas. No había brisa. Solo la respiración del sistema de ventilación automatizado y el zumbido bajo y constante de la electricidad corriendo por la estructura.

El ambiente estaba en silencio, pero no en calma. Era ese tipo de silencio espeso, donde cualquier ruido fuera de lugar podía sonar como una alarma. Era el tipo de tensión que pone a prueba los nervios y activa las alertas en el cuerpo de quien aprendió a sobrevivir por instinto.

Ivana estaba sentada en el sofá de lona gris, envuelta en una de las mantas pesadas de la cama. Las piernas dobladas bajo el cuerpo, los hombros demasiado rectos para alguien en reposo. El cabello suelto caía desordenado, revelando más cansancio del que ella admitiría. Desde la pequeña cocina, yo la observaba en silencio, fingiendo acomodar latas en la alacena. El café en mi taza se enfriaba sin que lo tocara. Solo escuchaba. Y la observaba.

Parecía tranquila, pero yo conocía los signos.

Los hombros no se relajaban. Los dedos tamborileaban sobre la costura de la manta. Su respiración era medida con precisión matemática, como si no confiara ni en su propio aliento. Aquello era más que agotamiento. Era vigilancia incrustada en los huesos.

Entonces sucedió.

Un chasquido seco, proveniente de la escotilla metálica del pasillo exterior. Tal vez era una tubería dilatándose con el calor. Tal vez no. El sonido reverberó en el cemento con un eco amplificado, y giré de inmediato. Ivana también. No gritó. No se movió bruscamente. Pero sus músculos se encogieron y un temblor sutil recorrió su cuerpo, leve, pero visible para cualquiera que sepa qué buscar.

Dejé caer la lata con un golpe apagado y fui hasta ella, con pasos firmes sobre el suelo de vinilo reforzado. Me agaché a su lado. Su rostro estaba pálido, la mandíbula apretada, los ojos fijos en algo que ya no estaba ahí. Buscando una amenaza que tal vez solo existía dentro de ella.

—Solo fue el sistema de ventilación —dije en voz baja, más suave de lo que solía hablar—. Nada más que eso. Todo está bajo control.

Ella cerró los ojos por un segundo. Respiró hondo. Y cuando los abrió, había algo roto y honesto en su mirada. No era miedo, sino esa tensión dolorosa de quien ya fue alcanzado antes, y no ha olvidado lo que se siente.

—Lo sé —susurró—. Pero el cuerpo aún actúa como si el peligro siguiera aquí. Como si nunca se hubiera ido.

No fue una explicación.

Debería haberme quedado en silencio. Y haberme alejado.

Pero no pude.

Extendí la mano y la apoyé sobre su brazo, por encima de la manga del suéter. Un contacto leve, sin imponerme. Su piel estaba helada, a pesar de la manta. Ella no se apartó. No me miró. Pero el temblor cesó. Como si, en ese gesto silencioso, encontrara algo firme a lo que aferrarse, aunque fuera solo por un momento.

Retiré la mano enseguida, tragándome la tensión que volvía a subir por mis hombros. Yo no hacía ese tipo de cosas. No ofrecía ese tipo de consuelo. Era peligroso, demasiado humano para un Arslan.

Pero había algo en ella, en la forma en que luchaba en silencio, en cómo se negaba a pedir ayuda incluso mientras temblaba, que atravesaba mis defensas como si ya supiera exactamente dónde estaban las grietas.

Permanecimos así unos segundos. Luego, ella respiró hondo, acomodó los hombros y dijo, simplemente:

—Gracias.

No hubo dramatismo. Ni afecto fingido. Pero fue real.

Más real que muchas promesas que escuché en la guerra.

Me puse de pie despacio. Me pasé la palma por el lateral del pantalón, como si pudiera borrar el gesto. Volví a la cocina, donde el café ya se había enfriado por completo, y dejé que el silencio volviera a ocupar su lugar.

Sin embargo, la imagen de ella, ahí, temblando, y el hecho de que fue mi toque lo que la devolvió al presente, permaneció conmigo. Como si algo hubiera cambiado. Y tal vez, ya estuviera

cambiando desde hacía más tiempo de lo que yo estaba dispuesto a admitir.



Ivana YAZGAN

Capítulo 5

Me desperté con el sabor del miedo en la garganta. Caliente, metálico, asfixiante.

Todo mi cuerpo estaba cubierto de sudor frío y las manos seguían cerradas en puños contra el colchón, como si, incluso dormida, me aferrara a algo que ya no existía. Tardé varios segundos en entender dónde estaba. En recordar que el techo sobre mi cabeza era de cemento, que el colchón debajo de mi cuerpo pertenecía a un búnker en medio de la nada, y que el ruido que resonaba en mis oídos era el de mi propia respiración descompasada.

La habitación estaba sumida en penumbra, apenas recortada por la luz tenue que venía de algún rincón, pero podía jurar que aún escuchaba el eco de la persecución en el fondo del silencio. Como si el sueño no hubiera terminado del todo.

Pisadas. Puertas. Disparos. Armas…

Una figura corriendo detrás de mí con un rostro que nunca se revelaba y la certeza de que, al final, sería atrapada.

No grité. No soy de las que gritan. Aun así, mi garganta ardía como si hubiera pasado la noche entera intentándolo.

Fue entonces cuando lo vi.

Cem estaba de pie en una esquina del cuarto, parcialmente cubierto por la sombra de la pared, el cuerpo inmóvil como una centinela olvidada por el tiempo. No dijo nada. No giró de inmediato. Solo permanecía ahí, con los brazos cruzados, vigilando el mundo más allá, como si pudiera oler las amenazas a través de la densidad del aire.

Por un instante, la pesadilla pareció menos real. Porque él estaba allí.

—¿Hace cuánto estás despierto? —pregunté, con una voz más débil de lo que me habría gustado.

Se volvió con lentitud, mirándome con esa calma contenida que me desconcertaba. Como si supiera exactamente qué había soñado, aunque no hubiera escuchado nada, y cargara con los mismos fantasmas, solo que sabía controlarlos mejor.

—Desde que el sistema de ventilación cambió el flujo —respondió, con ese tono que era más una constatación que una excusa.

Nada más. Ninguna pregunta. Ningún intento de acercarse. Pero no le hacía falta preguntar. Sabía que había notado mi respiración alterada, el modo en que mi cuerpo se tensaba bajo las sábanas, incluso antes de que yo despertara. Él leía la tensión como quien descifra mapas, y de alguna forma, yo ya era parte de uno de ellos.

Me senté al borde de la cama, quitándome la manta pesada como si aún cargara con el peso del sueño. El suelo frío de vinilo reforzado me arrancó un escalofrío. Las paredes desnudas del

búnker parecían más cercanas de lo normal, como si el cemento que nos rodeaba respirara el mismo miedo que yo todavía sentía.

—Perdón si te desperté —murmuré, bajando la mirada.

—No despertaste a nadie —dijo, y tras una breve pausa, añadió con una franqueza sin emoción—: No estaba dormido.

Siempre era así con Cem. Directo, pero lleno de capas debajo. Él no dormía porque no confiaba. Porque estar vulnerable era, para él, un riesgo inaceptable. Y tal vez, porque cerrar los ojos significaba enfrentarse a sus propios demonios, y los suyos parecían ser muy antiguos.

Me levanté despacio y caminé hasta donde él estaba, junto a la puerta reforzada que daba al corredor de inspección. Desde ahí no se veía el cielo. Ni el bosque. Ni un solo árbol movido por el viento. Solo cemento y acero, y el zumbido constante del sistema de seguridad. Y, aun así, él miraba como si pudiera ver más allá de la estructura, como si esperara que el peligro apareciera justo ahí, desde las sombras que mantenía bajo control.

Me quedé a su lado, sintiendo el calor de su cuerpo irradiar bajo la camiseta oscura. No hablábamos, pero el silencio no era incómodo.

—Todavía siento que estoy ahí —murmuré—. Corriendo. Huyendo. Cada vez que cierro los ojos.

—Se pasa —respondió él, sin mirarme—. Pero tarda. Y nunca desaparece del todo.

Giré el rostro hacia él. La luz fría de los paneles LED dibujaba los contornos marcados de su cara: la mandíbula tensa, los ojos alerta y una cicatriz delgada que cruzaba su ceja. Cada detalle parecía esculpido a la fuerza, como si hubiera tenido que endurecerse demasiado pronto. Como alguien que aprendió que la debilidad mata.

—¿Y tú? —susurré—. ¿Sigues soñando con las cosas que viste?

Me sostuvo la mirada por un largo momento. Había en sus ojos un agotamiento mudo. Un peso que no era de sueño, sino de recuerdos que quemaban por dentro.

—No —respondió con simpleza—. Solo me despierto antes de soñar.

Tragué saliva. No había nada que decir ante eso. Solo el reconocimiento silencioso de alguien que sabe lo que es cargar con suficientes horrores como para no querer revivirlos, ni en sueños.

La distancia entre nosotros era mínima. Lo suficientemente cerca como para que mis dedos rozaran los suyos si me inclinaba apenas. Por un instante, no supe si quería que me tocara, o si temía lo que eso significaría para mí.

Cem se apartó antes de que cualquier cosa pasara. Dio un paso hacia atrás con la precisión de un militar. Volvió hacia el pasillo, como si ese movimiento fuera necesario para mantenernos enteros.

—Intenta descansar —dijo por fin, ya alejándose—. Todavía nos queda una noche larga.

Sin esperar respuesta, desapareció por el pasillo silenciosamente, con sus pasos firmes amortiguados por el piso de caucho industrial. El sonido de la puerta interna cerrándose se prolongó unos segundos más de lo necesario.

Volví a la cama, pero mi cuerpo ya no obedecía la orden de descansar. Los músculos seguían rígidos por el susto y la mente giraba en círculos, sin rumbo. La noche en el búnker no tenía viento, ni hojas que crujieran, ni ruidos que pudieran calmar. Solo el zumbido bajo del sistema de ventilación filtrada, constante e impersonal, como si incluso el aire estuviera vigilado. La ausencia de ventanas volvía imposible saber qué hora era. Allí dentro, el tiempo era una prisión sin cuenta regresiva.

Escuché sus pasos de regreso. Cem caminaba descalzo y el sonido de sus pies sobre el piso de vinilo era discreto, pero firme. Cuando entró al cuarto, se detuvo un instante en la puerta, y no necesité mirarlo para saber que había vacilación contenida en ese silencio. Era casi imperceptible, pero estaba ahí.

—El sofá de la sala es demasiado pequeño —dijo, directo.

No respondí. No había nada que decir.

Entró, cerró la puerta con un clic apagado y cruzó la habitación sin hacer ruido, salvo por el leve roce de la camiseta contra su cuerpo. Se detuvo al lado de la cama, todavía sin mirarme.

—Duermo de este lado —dijo, como si recitara un protocolo militar.

Asentí apenas. Mantuve la vista fija en el techo. El colchón cedió bajo su peso y, de repente, el aire entre nosotros se volvió más denso, más cargado. El espacio pareció encogerse, como si el cemento se hubiera acercado. Su olor llenó el ambiente: sándalo, algo metálico y cálido, tal vez el rastro de un día entero en alerta. Era un olor limpio, pero fuerte. Imposible de ignorar.

El cuarto estaba envuelto en la penumbra suave de los paneles de luz semi apagados. La única iluminación venía de la franja estrecha que se filtraba por debajo de la puerta: fría, constante, proyectando sombras rectas sobre las paredes lisas. Las cobijas entre nosotros creaban una barrera invisible, tensa, vibrando con todo lo que aún no se había dicho.

Me giré de lado, dándole la espalda. Mi corazón latía demasiado fuerte para alguien que no quería sentir nada.

—Puedes dormir tranquila —dijo detrás de mí, con la voz baja y grave—. Yo no duermo.

Cerré los ojos con fuerza. No por enojo, sino por un cansancio más profundo que el físico. Porque, en el fondo, lo sabía: él no

dormía porque no podía. Bajar la guardia era un riesgo que Cem no estaba dispuesto a correr y, tal vez, también tenía miedo.

Sin embargo, ahí, acostada de espaldas a él, con el calor de su cuerpo a unos centímetros del mío, su olor pegado a mi respiración y el recuerdo de la noche anterior aún palpitando en mi piel, entendí que había algo más peligroso que el miedo.

La cercanía…

Porque nada me asustaba más que la idea de encontrar descanso o refugio, precisamente en los brazos de quien más me sacaba de mis casillas.

La madrugada parecía interminable. Mi reloj biológico gritaba por mantenerse en guardia, aún marcado por los meses huyendo para sobrevivir. Mi cuerpo estaba agotado, los músculos endurecidos por la tensión acumulada, y aun así, el sueño no llegaba.

No mientras el peso invisible de su presencia a mi lado siguiera ahí. Cem era el tipo de hombre que hacía del silencio una sustancia. Respiraba bajo. No se movía. Sin embargo, su mera existencia ocupaba el espacio por completo. No era un silencio liviano, sino uno que guardaba acero por dentro.

Giré el rostro con cuidado, apenas lo suficiente para observarlo a través de la penumbra desvaída. Estaba acostado de espaldas, con los ojos abiertos, fijos en el techo de cemento como si hubiera algo ahí que solo él podía ver. La mandíbula apretada, los músculos del brazo aún tensos, incluso en reposo. Su postura era una contradicción viva: inmóvil, pero en alerta. Desarmado a simple vista, pero yo sabía que nunca lo estaba de verdad.

—¿Siempre duermes así? —murmuré, apenas un susurro en la oscuridad controlada de aquel refugio enterrado.

Hubo una pausa larga. Lo suficiente para pensar que me ignoraría. Pero entonces respondió, sin apartar la mirada:

—Dormir es un lujo.

Fue el tipo de respuesta que dice mucho más de lo que parece. Guardé silencio, esperando. Porque sabía que siempre había más. Cem hablaba con pausas calculadas, como si cada palabra tuviera que atravesar capas antes de ser dicha. De algún modo, yo lo entendía. Porque yo también era así.

—¿Y tú? —devolvió—. ¿Sueñas con lo que perdiste?

La pregunta me atravesó. No había ternura. Tampoco dureza. Era una de esas preguntas que solo se hacen cuando ya es muy tarde. Cuando los cuerpos están quietos, pero las verdades hierven bajo la piel. Cuando la vulnerabilidad se instala como una grieta inevitable.

Respiré hondo. La cobija subió y bajó con el movimiento de mi pecho. Mi voz salió más firme de lo que esperaba:

—No sueño. Revivo. En ciclos cortos y sofocantes. —Tragué saliva—. Y cuando despierto… no sé si he escapado o solo he cambiado de celda,

No respondió enseguida. Pero escuché su respiración cambiar. Casi imperceptible, como si algo en esa frase hubiera tocado una pared interna que él mantenía sellada.

—A veces, el cuerpo aprende a sobrevivir —dijo, en voz baja —. Pero la cabeza se queda atrapada en el momento exacto en que todo se rompió.

Cerré los ojos. Quise decir que lo entendía, pero era inútil intentar traducir lo que ya flotaba entre nosotros: denso, invisible y real. El trauma. La herencia silenciosa que moldea nuestros gestos. La razón por la que dormimos con un pie en el suelo y el corazón siempre en guardia.

—¿Cuál fue la tuya? —pregunté en voz baja, sin atreverme a mirarlo.

—¿Mi qué?

—La ruptura.

La respuesta tardó. Pero cuando llegó, no fue liviana. Fue como si hubiera tenido que cruzar un campo minado para pronunciarla:

—Cuando entendí que proteger una vida, no es lo mismo que salvarla.

Me quedé en silencio. No pedí detalles. Y él no ofreció ninguno. Eso fue lo más cercano a la intimidad que habíamos tenido hasta ahora.

El silencio que volvió ya no era el mismo. Era más denso. Más revelador. Como si, en ese momento, una pequeña grieta se hubiese abierto en cada uno de nosotros, lo suficiente para permitirle al otro asomarse detrás de la armadura, y aceptar lo que veía, sin hacer preguntas.

Permanecí acostada, sintiendo el cemento bajo nosotros, la ausencia total de sonidos reales y el zumbido constante de los sistemas ocultos tras las paredes. El búnker seguía siendo una celda de lujo. Sin embargo, de forma extraña, por primera vez en mucho tiempo, no me sentía sola en ella. No porque estuviera a salvo, sino porque, aunque no lo admitiera, ya no estaba sola en la guerra.



Cem
ARSLAN

Capítulo 6

La madrugada apenas había cedido lugar a la mañana, pero dentro del búnker no había sol que pudiera nacer. Ningún rayo filtrado por las ventanas, ningún indicio de luz natural. Solo el resplandor frío de las luces artificiales ajustadas para simular el ciclo diurno. Un tenue brillo azulado invadía los pasillos angostos activado por sensores de movimiento, proyectando sombras rectas y silenciosas a lo largo de las paredes de cemento.

Me levanté antes del horario programado por la rutina de seguridad. Fue el instinto quien me despertó, ese que nunca me permitía dormir del todo.

Me puse la camisa térmica, tomé el arma y fui hasta la sala de monitoreo improvisada en el compartimento anexo al dormitorio. Cuatro monitores mostraban imágenes externas captadas por cámaras ocultas entre las laderas rocosas del entorno. Las transmisiones estaban algo inestables debido a la humedad

acumulada en los sensores nocturnos. Pero una, en especial, captó mi atención.

Un movimiento mínimo en la ruta oeste. Casi imperceptible. No era una silueta. Era una sombra más densa en un lugar donde no debería haber nada y, justo debajo, marcas en el suelo, rastros tenues, como de neumáticos anchos maniobrando sobre piedra y barro.

La senda que llevaba hasta el búnker estaba protegida por acantilados naturales y tierra inestable. Ningún civil común pasaría por allí, y el acceso exacto al portón principal solo lo conocíamos Galip yo, y quizá otros dos hombres de confianza.

Activé la verificación térmica. Ninguna señal humana en el perímetro en ese momento. Sin embargo, quedaban residuos de calor mal disipados. Alguien había estado ahí, observando. Sin acercarse. Sin intentar irrumpir. Solo lo justo para medir nuestros límites.

La sangre me hervía.

Fui al compartimento lateral y desbloqueé la caja fuerte de armas ligeras. Tomé una pistola de cañón corto con silenciador y un cuchillo de combate. Acomodé el arma contra el cuerpo con movimientos metódicos, en silencio. Bajo el cemento espeso y las puertas automáticas, el búnker permanecía inmóvil, pero lo sentía. El silencio había cambiado de tono.

Regresé al pasillo, crucé la sala central donde la luz ya se había reducido. Ivana seguía dormida, envuelta en la manta gruesa sobre la cama reforzada. El rostro relajado y la respiración pausada. Era la primera vez que la veía realmente en paz desde que todo comenzó. Por eso mismo supe: ella no podía enterarse. No ahora.

Fui hasta la pequeña repisa detrás del panel falso de la cocina y saqué el teléfono encriptado. La señal era limitada, pero suficiente para la línea segura que usábamos en situaciones así. Llamé dos veces. Galip contestó al tercer tono.

—Tuvimos movimiento —murmuré, directo—. Ruta oeste. Neumáticos anchos. Huellas frescas. Ninguna entrada. Ninguna alarma activada. Pero el patrón es reconocible.

Del otro lado, solo silencio. Galip era quirúrgico. Escuchaba como quien arma un tablero antes de mover la primera pieza.

—¿Imágenes?

—Parcialmente comprometidas. Humedad en las lentes de la cámara norte. Recuperaré los datos offline y limpiaré los sensores antes de que anochezca.

—Nadie debería conocer ese punto de acceso —dijo, más para sí mismo que para mí.

—Estamos de acuerdo.

—Pudo haber sido un cazador. O un enviado.

—Por eso quiero vigilancia máxima. Nada de salidas. Cero exposición. Quiero refuerzo satelital y triangulación de la última actividad en el perímetro. Y algo más: quiero saber quién está detrás de ella y si alguien dentro de la holding sigue vendiendo información.

—En dos horas te paso los cruces. —Hizo una pausa—. ¿Y Ivana?

—Sigue dormida, y va a seguir así. Al menos por ahora.

Colgué antes de que preguntara algo más. Guardé el teléfono y me quedé por un momento en el centro del búnker, inmóvil, como si el silencio a mi alrededor necesitara ser descifrado.

Pero ese ya no era el silencio de un refugio.

Era el silencio que precede al ataque.

Volví al dormitorio. No entré. Me recosté contra el marco reforzado de la puerta y la observé.

Ivana dormía como alguien que, por unos pocos minutos, se había permitido creer en la seguridad. Un mechón de cabello le cubría la boca entreabierta. Las manos seguían cerradas en puños, incluso en sueños. La tensión permanecía ahí, incluso en reposo.

En ese momento, entendí algo que había evitado pensar hasta ahora. La línea entre vigilar y proteger era delgada, y yo ya la había cruzado...

***

La primera detonación no fue ruidosa. Un chasquido seco, apagado, como si el propio aire se hubiese atorado. El sistema de seguridad parpadeó en rojo por un segundo y eso fue suficiente. El instinto que me mantenía vivo desde antes de empuñar un arma fue el primero en reaccionar. Salí de la sala central en movimiento, deslizando el panel de acero que aislaba la parte habitable del búnker. La puerta blindada se cerró a mis espaldas con un golpe sordo. Ivana estaba protegida. Por ahora.

El pasillo de acceso técnico estaba a oscuras, el sistema de energía principal parcialmente inutilizado. La fuente secundaria mantenía solo las funciones vitales: refrigeración, ventilación y vigilancia en zonas internas. Nada en las cámaras externas. Sin embargo, yo sabía que ya estaban dentro.

Saqué la Glock del arnés que llevaba bajo el abrigo con el silenciador puesto. La temperatura en el búnker había caído al menos diez grados. Me deslicé por los corredores cortos, donde el piso de vinilo no crujía. El aire olía a metal, ozono y adrenalina.

El primer intruso apareció en la vuelta del pasillo, entre la escotilla del generador y el sistema hidráulico. Su rostro estaba cubierto y vestía ropa táctica.

Disparé antes de que pudiera verme por completo. Dos tiros secos, al pecho. El cuerpo cayó como una bolsa de arena. Sin otro sonido que el golpe contra el suelo.

Pero el segundo ya estaba detrás.

Sentí el movimiento antes de oírlo. Giré con el brazo extendido, pero no fui lo suficientemente rápido. La patada me golpeó en el costado del torso y me lanzó contra la pared. El impacto resonó en mis costillas. El aire salió, pero la rabia entró.

El hombre intentó inmovilizarme el brazo con una palanca, pero giré el cuerpo y le di un golpe en la mandíbula con la culata del arma. Tropezó. Aproveché la apertura para abalanzarme sobre él. Golpeé la rodilla, luego el cuello: dos puntos de dolor que anulan la reacción de cualquiera. Su arma cayó. Lo tomé por el cuello del chaleco y lo arrojé contra la esquina metálica de la estructura de energía auxiliar.

El crujido de los huesos se ahogó con sus jadeos. Aún se movía. Pero demasiado despacio.

La adrenalina se aceleraba dentro de mí como un fluido corrosivo. Cuando el tercero se acercó, probablemente atraído por el ruido, ya me encontraba de pie, de frente, con el arma levantada. Disparó. Sentí el calor rozar el costado de mi hombro y oí el zumbido de la bala rebotando contra la pared reforzada, que me ensordeció por un segundo.

Respondí al instante, con dos tiros a la pierna. Quería a ese con vida. Necesitaba respuestas.

El intruso cayó gritando y, aun con el dolor desgarrando mi hombro izquierdo, me acerqué. Le apoyé el pie en el pecho y presioné. La sangre se extendía demasiado rápido para alguien desprevenido. Pero él sabía dónde estaba. Tenía un mapa, conocía el acceso. No era una coincidencia.

Las preguntas vendrían después.

Me quedé ahí unos segundos, evaluando el entorno, los cuerpos, sintiendo la respiración aún agitada y el latido insistente en el hombro. La sangre se escurría por la manga de la camisa, cálida y pegajosa. Era solo un corte profundo. Nada que me impidiera continuar. El tipo de herida que cicatriza en silencio, como todo lo

que cargo. Cargué con los cuerpos, desarmé a los que seguían con vida. Envié una señal a Galip con el código de emergencia nivel dos.

El búnker parecía más frío cuando volví. Las luces de emergencia parpadeaban con ritmo lento, como si el propio cemento absorbiera los ecos de lo que había ocurrido allá afuera. Empujé la puerta interna con el antebrazo y avancé algunos pasos por el pasillo. Mis dedos resbalaban un poco en el metal de la manija, manchados de rojo oscuro. Nada grave. Solo otra noche bajo las órdenes del nombre al que servía.

Fue entonces que la vi.

Ivana estaba parada a pocos metros de la entrada del dormitorio, con los brazos cruzados, como si la hubieran arrancado de la cama por un presentimiento o por el eco apagado de los disparos. Sus ojos fueron directo a mi hombro herido. El impacto llegó en dos tiempos: primero el sobresalto silencioso, luego el movimiento repentino.

—Estás sangrando —dijo, con la voz baja pero tensa.

—No es nada —respondí de forma automática, seca, más para mí que para ella.

Sin embargo, ya se estaba girando, yendo hacia la pequeña sala donde habíamos dejado el botiquín. Por alguna razón, eso me golpeó más que cualquier bala que pasó cerca de mí esa madrugada.

Fui al baño. La luz blanca titilaba sobre el espejo y el azulejo, reflejando la palidez del cansancio en mi propio rostro. Me senté en el borde del lavabo, con el brazo izquierdo parcialmente expuesto y la camisa rasgada hasta el hombro. La sangre había dejado de fluir, pero la carne ardía. Una quemadura por fricción y un corte largo, aunque superficial. Había visto y sufrido cosas mucho peores.

La puerta se abrió con un clic suave.

Ivana apareció con el botiquín en las manos, el cabello recogido de forma rápida. No dijo nada. No dudó. Solo se acercó y colocó el estuche en la encimera a mi lado. Sus dedos se movieron con firmeza mientras abría el cierre y sacaba el antiséptico.

No pidió permiso. Simplemente comenzó a limpiar el corte con la precisión de quien sabe que discutir conmigo es inútil.

—Deberías haberme llamado —murmuró, aún concentrada en la herida. Su tono era más grave que acusador. Una línea entre molestia y algo que no me atrevería a nombrar.

—¿Y ponerte en medio del fuego cruzado? No.

—Ya estoy en el medio, Cem.

Su frase fue baja, pero tajante. Como todo en ella. Frases que parecían simples, pero contenían demasiadas capas. Demasiada voluntad. Demasiado cansancio.

Guardamos silencio durante un tiempo que pareció más largo de lo que realmente fue. Ella seguía limpiando la herida, y yo me esforzaba por mantener la atención en el suelo, en la frialdad del cemento bajo mis pies descalzos, en el olor a metal y yodo que salía del vendaje. Cualquier cosa para no enfrentar el hecho de que sus manos estaban sobre mí, y eso me afectaba mucho más que el dolor.

—Sangraste por mí —dijo, sin suavidad—. ¿Eso cambia las reglas?

La miré. Sus ojos estaban fijos en los míos, desafiantes. No había gratitud en ellos. Solo la incomodidad de quien sabe que le debe algo a alguien a quien no quiere deberle nada. La tensión entre nosotros, siempre latente, había cambiado de temperatura. Era más densa. Más física.

—Esto no se trata de reglas —murmuré, tragando saliva—. Se trata de seguridad. Estás viva. La misión continúa.

Ella arqueó una ceja y volvió al vendaje. Pero el toque de sus manos ya no era clínico. Era lento. Un poco vacilante. Como si ni ella misma supiera por qué aún no se había apartado.

—¿Y cuando termine la misión? —susurró—. ¿Volvemos a fingir que esto nunca existió?

Sentí un músculo del maxilar palpitar. Había cosas que no podían decirse sin romper lo poco que aún se sostenía. Si decía la verdad, ella se acercaría más. Si mentía, se alejaría para siempre.

Y no sabía qué era peor.

Pegó el último trozo del vendaje con más fuerza de la necesaria. No me quejé. Pero el calor de su piel seguía ahí, en mis nervios, quemando en silencio.

—Listo —dijo, dando un paso hacia atrás—. Al menos ahora pareces menos un campo de batalla.

La miré. Su camisa estaba manchada con mi sangre. Sus ojos seguían cargados por noches mal dormidas. Los labios, temblorosos pero firmes.

—Ivana...

—No. —Levantó la mano, interrumpiéndome—. Si vas a decir que fue solo parte del protocolo, ahórratelo.

Aparté el rostro. Pasé la mano por el cabello, intentando disipar el calor que subía por mi nuca. La rabia no era con ella. Era conmigo. Por perder el control. Por permitir el contacto. Por desear algo que debería haber sido secundario. La estrategia lo era todo. Hasta que dejaba de serlo.

Salió del baño sin mirar atrás, dejando que el sonido de la puerta neumática se cerrara con una respiración seca.

Me quedé ahí, solo, sintiendo el vendaje palpitar. Pero no era la herida lo que dolía, era lo que ella había dejado al descubierto al tocarla.

La tensión entre nosotros no era solo protección. Era riesgo y, en el fondo, yo lo sabía: ya había cruzado la línea y no había vuelta atrás.

La señal silenciosa de seguridad parpadeó en el panel lateral.

Salí del baño y atravesé el pasillo con los sentidos aún en estado de alerta. Ivana ya estaba en el área común, cerca de la puerta de salida, como si hubiera sentido lo mismo que yo.

—Prepárate. Vamos a salir —dije con voz firme, sin dejar espacio para discusiones.

Ella no preguntó a dónde ni por qué. Tomó la mochila con sus pocas pertenencias y me siguió sin mirar atrás.

Desactivé la cerradura con el código de seguridad. El mecanismo respondió con un clic seco y el peso de la estructura se desplazó. Del otro lado, Galip nos esperaba junto a una furgoneta blindada. Sus ojos pasaron brevemente por Ivana y luego se fijaron en mí. Un leve gesto de cabeza fue suficiente. Llegamos justo a tiempo.

—¿Alguien más se enteró del ataque? —pregunté mientras abría la puerta lateral.

—Por ahora, no. Pero no podemos garantizar por cuánto tiempo. El búnker fue comprometido. Tenemos que seguir. El protocolo cambió —respondió Galip, con voz de mando y precisión.

Asentí y subimos al vehículo.

El silencio dentro de la furgoneta blindada era tan espeso como el cemento que nos rodeaba. Las luces de lectura estaban apagadas. La carretera, o lo que quedaba de ella, pasaba bajo las ruedas como un susurro irregular, apagado por la estructura diseñada para atravesar zonas de riesgo sin ser detectada. Galip iba al volante con el cuerpo rígido, proyectando una sombra sobre la tenue luz del panel digital. Ivana estaba en el fondo, quieta, con los hombros rectos y la mirada siempre al frente.

Esperé el momento adecuado. Cuando pasamos el último punto de monitoreo y ya no había margen para distracciones, hablé:

—¿Ella vale todo esto?

Mi voz cortó el aire como una cuchilla. Sin emoción. Sin rodeos. Era una pregunta táctica. Una que necesitaba una respuesta más objetiva que el silencio tenso que ella cargaba desde que salimos del búnker.

Galip no respondió enseguida. Cuando lo hizo, sus ojos encontraron los míos en el retrovisor. Había algo ahí: ni sorpresa ni desaprobación. Solo esa neutralidad calculada de quien sirve en la cima de la cadena.

—Se lo estás preguntando a la persona equivocada —respondió con calma—. Yo solo sigo órdenes.

—Las órdenes vinieron de Emir. Y tú sabes más que yo sobre ella —dije, manteniendo el tono bajo—. Así que repito: ¿ella vale esto?

Galip respiró hondo. Sus ojos volvieron a la carretera. Pasaron unos segundos antes de que respondiera. Cuando lo hizo, su voz fue precisa.

—Ivana Yazgan es hija de uno de los hombres más discretamente involucrados en el tráfico de información sobre corporaciones privadas en los últimos veinte años. Su padre operaba como enlace entre grupos rivales y gobiernos interesados. Vendía datos. Y usaba a su hija como fachada inocente. Pero ella vio, escuchó y aprendió. Lo que sabe no está en documentos. Está en su cabeza, y tú sabes lo que eso significa.

Asentí. Lo sabía muy bien. Ningún sistema es más vulnerable que el humano. Y cuando un archivo camina, respira y decide a quién entregarle lo que sabe, se convierte en una amenaza.

—Ella ya sabe demasiado —murmuré.

—Exacto —dijo Galip tras una pausa—. Y no se va a detener ahí. Es inteligente. Observadora. Está haciendo conexiones incluso sin acceso total a la estructura. Y si cae en manos equivocadas, no necesitarán que abra la boca: la van a exprimir, forzar, manipular... y cuando nos demos cuenta, el nombre Arslan va a aparecer en lugares en los que nunca debió estar.

—Por eso Emir me asignó esto.

—Sí. Y no solo para protegerla. Sino para contenerla. Desde todos los frentes. Tú eres el mejor para hacerlo.

Guardé silencio.

Eso no era nuevo. Pero dicho así, tenía un peso diferente.

Ivana seguía callada, con los ojos fijos en la oscuridad más allá de la ventana. Fingía no escuchar. Sin embargo, yo sabía que cada palabra estaba siendo absorbida, procesada y archivada.

—¿Por cuánto tiempo se supone que debe seguir aislada? —pregunté.

—Hasta que tengamos la certeza de que lo que ella sabe no va a filtrarse. Y hasta que el nombre Arslan esté completamente blindado. Eso incluye mantenerla bajo vigilancia constante. Y bajo control.

Asentí una vez más. El panorama estaba claro. Era una pieza que no podía ser descartada, pero tampoco podía quedar suelta en el tablero.

Galip se giró por última vez antes de cerrar la conversación.

—Fuiste entrenado para ejecutar. No para dudar. No lo olvides.

Lo miré. Sin rabia. Solo con el compromiso que me fue enseñado desde niño.

—No he dudado.

La furgoneta continuó su curso por el camino oculto, desapareciendo entre árboles sin testigos. Ivana no dijo nada. Yo tampoco. Pero lo que no dijimos, sobre límites, obediencia y control, se impuso entre nosotros como una pared más.

Por ahora, bastaba con que ella siguiera existiendo, y eso era suficiente para un hombre que cumple misiones como yo.



Ivana YAZGAN

Capítulo 7

El coche desaceleró en algún punto en que la carretera ya no parecía una carretera. El mundo exterior era un borrón de neblina y vegetación densa, sin ninguna señal urbana visible. Durante horas, no vi carteles, letreros ni ningún rastro de civilización. Solo curvas interminables, selva cerrada y un silencio tan espeso como la incertidumbre que me envolvía desde que entré en este nuevo ciclo de huida.

Cuando finalmente se detuvo, me di cuenta de que estábamos frente a una estructura completamente camuflada en la ladera de una montaña. No había ventanas a la vista, solo una entrada metálica semicircular que se fundía con las rocas alrededor. Un claro rodeado de árboles altos nos ocultaba del cielo. Ningún ruido de ciudad, ningún sonido de motor más que el nuestro. Un escondite perfecto, o un cautiverio con buen aislamiento acústico, según se mire.

Bajé del vehículo con las piernas ligeramente temblorosas, más por tensión acumulada que por cansancio. El suelo estaba húmedo, cubierto de hojas secas y ramas partidas, y el aire tenía sabor a hierro y tierra mojada. Al respirar hondo, lo sentí más denso, más frío, y por un momento me pregunté si aún seguíamos en Turquía. Pero, en el fondo, ya sabía la respuesta.

Cem no dijo una sola palabra desde la última curva. Cuando Galip bajó del auto e intercambió algunas instrucciones rápidas con el conductor, Cem solo asintió. Ni una mirada hacia mí. Ninguna confirmación de que habíamos llegado. Solo gestos prácticos, postura rígida y un silencio que se volvía aún más afilado tras aquella conversación apagada entre él y ese tal Galip, el hombre que, claramente, respondía a alguien de más arriba.

Apenas entramos al nuevo búnker, noté la diferencia. Este no era como el anterior. El primer búnker, a pesar de su frialdad, todavía sostenía una ilusión de hogar. Había sofás, utensilios, hasta mantas. Este era crudo. Funcional. Cemento y acero. Puertas neumáticas. Pasillos angulosos. Luces frías en el techo y un zumbido constante saliendo de las paredes, tal vez del sistema subterráneo de energía o de los filtros de ventilación. Allí no había nada más que un propósito. Y el propósito, en ese lugar, no era darme consuelo. Era contenerme.

Cem pasó de largo cuando cruzamos el estrecho vestíbulo. Dejó las mochilas en un compartimento lateral, tecleó códigos en un panel y desbloqueó la puerta del cuarto donde, al parecer, nos quedaríamos.

La habitación tenía dos literas empotradas en la pared, una pequeña mesa, dos armarios cerrados con candados numéricos y una única pantalla embutida en el cemento que proyectaba imágenes falsas de cielo abierto, una ilusión para evitar que la mente colapsara por el encierro.

Ni siquiera me miró cuando dejó su mochila sobre la cama inferior y revisó el cargador de la pistola. Todo en Cem era gesto

contenido, precisión calculada. Pero desde que el otro hombre se fue, él parecía aún más concentrado. O más blindado, quizás. Como si algo le hubiera sido exigido y cada célula de su cuerpo estuviera ocupada en cumplir esa exigencia. Sin distracciones. Incluida, yo.

—Aquí no hay señal exterior —dijo finalmente, mientras trababa la entrada principal—. Ninguna conexión con el mundo. No salimos hasta que sea seguro. Hasta entonces, sigues las reglas. Sin excepciones.

Asentí con un gesto corto. No valía la pena provocar más rigidez. Sin embargo, su voz, sonaba distinta. No era solo seca. Era impersonal. Como si, al dirigirme la palabra, hablara con una misión. Un paquete. Un problema que debía vigilar.

Quise decir algo. Que no era una carga. Que no necesitaba ser vigilada como una bomba a punto de estallar. Que todavía tenía nombre, historia, decisiones. Pero guardé silencio. Porque sabía y reconocía el tipo de muro que estaba levantando, y lo peor era saber que, en parte, lo hacía por protección mutua.

Guardé mis cosas en silencio, sintiendo cómo mi cuerpo reaccionaba al nuevo espacio con una tensión involuntaria. Las paredes parecían más cercanas de lo normal, el techo más bajo y el aire, más escaso. Un lugar donde el tiempo desaparecería junto con la lucidez si no me mantenía alerta.

Me recosté en la litera superior, con el brazo cubriéndome los ojos por un momento. Intenté escuchar los sonidos del lugar, pero solo había zumbidos y, de vez en cuando, sus pasos: rítmicos, constantes, como una patrulla interna que no cesaba.

Cem estaba hecho de eso. De guerra, de vigilancia, de obediencia ciega a las órdenes que le entregaban. Y… yo era una de esas órdenes.

Aun así, no pude evitar el pensamiento que se escapó en medio del silencio de la habitación: *¿Me verá alguna vez más allá de la misión? Y si es así... ¿eso nos salvaría o nos destruiría?*



Cem
ARSLAN

Capítulo 8

La madrugada se arrastraba como un filo de navaja estirado sobre los minutos. El nuevo escondite, más pequeño y aún más claustrofóbico, vibraba con la energía residual de la tensión del día anterior. El enfrentamiento, el intercambio de disparos, la sangre… Ese tipo de cosas que mi cuerpo ya conocía, pero que dejaba marcas incluso cuando la misión parecía cumplida.

Ivana dormía, o al menos fingía hacerlo. Estaba recostada en la litera inferior, con el brazo doblado bajo la cabeza, el cabello esparcido sobre la almohada, el rostro medio oculto por la sombra que proyectaba la luz tenue de la pared. Su respiración era rítmica, contenida, pero yo no confiaba ni en los latidos de mi propio corazón cuando el aire todavía olía a pólvora e incertidumbre.

Permanecí en silencio por largos minutos, sentado frente a la mesa metálica con la notebook encendida frente a mí. Era el único acceso al mundo exterior, con conexión satelital. La luz azulada de la

pantalla era la única claridad que cortaba la oscuridad absoluta del refugio. Mis dedos se movían rápido, expertos, navegando por bases de datos cifradas con la naturalidad que solo dan los años de guerra con la información.

Su expediente no era fácil de rastrear, y eso ya decía mucho. Para alguien con acceso privilegiado, nombres como el de ella deberían aparecer con antecedentes simples y una historia lineal, pero lo que encontré fue un rastro de eliminaciones deliberadas, una cadena de inconsistencias, estadías breves en distintas ciudades, registros interrumpidos. El apellido Kaya aparecía vinculado a tres identidades fiscales distintas. Y una de ellas, se conectaba indirectamente con el nombre de una empresa bajo investigación por filtración de datos internacionales.

Entrecerré los ojos, atento. Tomé el celular y deslicé la pantalla. Mi dedo se detuvo sobre el botón para llamar a Emir. El nombre de mi hermano parpadeaba en el visor como una herida vieja. Parte de mí quería resolver aquello de forma directa: informe, voz seca, orden desde arriba. La otra parte, quería entenderlo por cuenta propia.

Fue entonces cuando escuché el clic seco de la puerta del compartimento lateral.

No me moví. No minimicé la pantalla. Solo me enderecé un poco, con los hombros tensos pero el rostro inmutable. Ivana estaba de pie en la penumbra del pasillo. Sus ojos se fijaron directamente en la luz de la notebook, luego subieron a mi cara. Sin sorpresa ni susto.

—Estás investigándome —dijo. No era una pregunta.

Cerré la notebook con un movimiento calmo y deliberado. El sonido del cierre retumbó en el búnker más alto de lo debido.

—Lo hago con todas las amenazas —respondí, con la voz controlada y fría.

Ella se acercó con pasos lentos pero decididos. La camiseta amplia le caía sobre un muslo y el pantalón de buzo estaba doblado a la cintura. Su rostro quedaba parcialmente iluminado y, aun así, su mirada seguía siendo penetrante.

—¿Por qué no me preguntas directamente, Cem? —cruzó los brazos, pero la tensión estaba en los hombros, no en las palabras—. ¿Por qué prefieres descubrir lo que soy a través de los otros?

Tardé en responder. No porque no lo supiera, sino porque odiaba admitir que esa pregunta me incomodaba más de lo que debía.

—Porque ya has mentido —dije, sin apartar la mirada—. Y mentir es fácil de repetir. Pero los rastros… los rastros dicen lo que la boca calla.

Ella esbozó una sonrisa leve, o quizás solo fue un gesto contenido.

—¿Y qué te dijeron mis rastros hasta ahora?

—Que eres más peligrosa de lo que pareces —mi voz salió baja, pero firme—. Y que no estás aquí por casualidad.

El silencio entre nosotros se estiró, denso, casi tangible.

Ivana no retrocedió. Tampoco avanzó. Solo me miró con una intensidad que conocía bien, porque era la misma con la que me miraba al espejo después de cada misión.

—Me ves como una amenaza. Pero tal vez solo no sepas cómo lidiar con alguien que te lee tan fácil como tú lees a los demás.

Respiré hondo. Sin embargo ella se fue antes de que pudiera decir algo. Con el mentón en alto, los pasos firmes, y un silencio que gritaba más fuerte que cualquier informe. Cuando la puerta se cerró tras ella, me quedé ahí, con los nudillos presionando la tapa de la notebook.

Permanecí unos segundos observando el punto exacto donde su presencia aún parecía vibrar en el aire. Cada frase que había dejado atrás seguía resonando, como un recordatorio incómodo de que mis métodos no funcionaban con ella. Ivana no era predecible. No era programable. Y quizá por eso... despertó una parte de mí que intentaba mantener dormida.

Me levanté de la mesa, cerré la computadora y caminé hacia el pasillo. La iluminación del búnker era tenue, programada para ahorrar energía y por seguridad, pero aun así distinguí su silueta junto a la puerta lateral, con los brazos cruzados y la mirada perdida.

Ella percibió mi presencia antes de que yo dijera nada, pero no se movió. Cuando me detuve a su lado, mantuve una distancia estratégica, lo suficientemente cerca como para oír su respiración contenida, lo bastante lejos para fingir que aquello aún era solo protocolo.

—Deberías descansar mientras puedas —dije, más por decir algo que por verdadera preocupación. Pero las palabras sonaron diferentes. Casi… humanas.

Ella giró el rostro con lentitud, los ojos brillando bajo la luz tenue del techo. No había provocación, ni desafío. Solo algo más crudo. Más directo.

—¿Y tú? ¿Vas a seguir siguiéndome en la oscuridad, creyendo que eso te protege de mí… o de ti mismo?

Aquello me golpeó como una bofetada. Respiré hondo, intentando contener la tensión en los hombros. El aire del búnker parecía más espeso y la luz, más débil. El espacio entre nosotros era menor de lo que debería ser cuando ella dio un paso hacia adelante.

Solo uno…

Pero fue suficiente para cambiarlo todo.

Su cuerpo quedó a escasos centímetros del mío y el calor que emanaba de su piel atravesó las capas de mi autocontrol como si estuviera hecho para eso. No me tocó. No hacía falta. Su sola presencia me envolvía de una forma que no permitiría a nadie más. Y cuando sus ojos se alzaron hasta los míos, no vi miedo. Vi una certeza que yo no podía ofrecer.

Mi mano se movió por instinto y casi rozó su rostro. Casi, pero la detuve a medio camino, curvando los dedos en el aire como si la cercanía me hubiese quemado.

Ella no se apartó.

—Cem, —susurró, como si supiera lo que estaba a punto de pasar incluso antes que yo.

Incliné el rostro por un segundo, dejando que mi nariz casi rozara la suya. El olor de su cabello, el sonido de su corazón acelerado, todo me atraía como una cuerda invisible. Y fue ahí cuando me detuve.

Cerré los ojos y giré el rostro, cortando el momento con la precisión de una hoja afilada.

—Esto no va a pasar —murmuré, más para mí que para ella —. No puede pasar.

Ella se quedó un segundo más, como si pusiera a prueba mi decisión, como si esperara que cediera. Pero no lo hice. No podía.

La misión estaba por encima de cualquier distracción, e Ivana, en ese momento, era cualquier cosa menos segura.

Me alejé sin decir nada más. Cada paso lejos de ella era como arrancarme la piel, pero mantuve el rostro neutro e imperturbable.

Porque sentir, en ese instante, sería lo mismo que fallar y yo no fui creado para fallar.



Ivana YAZGAN

Capítulo 9

El silencio en el refugio era un organismo vivo.

Respiraba con las paredes, con los tubos que se enroscaban en las estructuras metálicas, con el zumbido constante de los ventiladores que no dejaban de girar. Aunque estuviéramos enterrados a metros bajo tierra, seguía sintiendo el peso del mundo allá arriba, como si la tierra sobre nuestras cabezas presionara el pecho más de lo necesario. Sin embargo, no era el búnker. Era él…

Cem.

Desde el momento en que sus labios quedaron a centímetros de los míos, algo se rompió. No en el mundo que nos rodeaba, sino dentro de mí. Y quizás también dentro de él. La diferencia era que yo me permití sentir. Él no.

En las últimas horas, su presencia se volvió una ausencia intencional. Sus pasos resonaban por los pasillos, siempre medidos.

Hablaba lo mínimo. Comía rápido. Dormía o fingía hacerlo, sin quitarse la camiseta, como si mantener la armadura fuera necesario incluso en un lugar donde solo quedábamos nosotros dos, y el miedo.

El silencio entre nosotros se volvía cada vez más filoso.

La temperatura del refugio oscilaba. El sistema de calefacción crujía en el techo a cada hora. Odiaba ese sonido. Era como el chasquido de algo a punto de ceder.

Me senté al borde de la cama, los pies sobre el suelo frío, la mirada perdida en la pared de enfrente, donde el revoque descascarado dejaba ver el cemento detrás. Pasé la mano por mi cabello suelto, aún húmedo tras una ducha rápida que no había logrado limpiar la sensación de él en mi piel. Su respiración, su calor, la tensión no resuelta… nada se iba. Ni con jabón, ni con negación.

Cem mantenía distancia con la precisión de un hombre entrenado para no sentir. Pero yo lo notaba. En sus ojos, cuando se quedaban un segundo de más. En sus puños cerrados cuando pasaba muy cerca. En la rigidez de su cuerpo al dormir en la misma habitación, pero del lado opuesto de la cama, como si yo llevara una bomba atada al pecho.

Tal vez la llevaba.

Porque con cada día que pasábamos ahí, sin saber qué ocurriría al salir, sin entender qué parte de mi pasado aún me volvía un blanco, me sentía menos resistente. Más expuesta. Y él también.

Me levanté y fui a la cocina improvisada. La luz era tenue, verdosa, colgaba sobre la encimera metálica como una lámpara de interrogatorio. Preparé un café suave, solo para ocupar las manos. La taza temblaba levemente, y no era solo por el frío que se colaba por las uniones del refugio.

Cuando Cem entró, con ese silbido neumático insoportable de la puerta, ni siquiera me miró. Pasó de largo, con los hombros tensos y la mirada dura.

No dije nada. Había aprendido que, a veces, el silencio decía más que cualquier provocación.

Pero se detuvo al otro lado del ambiente.

La tensión eléctrica se sintió en el aire.

Por un instante, creí que iba a decir algo. Lo que fuera, una orden, una crítica, una disculpa. Pero solo tomó la tablet de la mesada y se fue.

Sin una palabra. Sin una mirada.

Le di un sorbo al café y cerré los ojos.

Podría haber sido un soldado, un guardaespaldas, Arslan. Pero al final, no era más que otro hombre intentando ocultar que estaba tan perdido como yo. Y, lamentablemente, eso no hacía más fácil compartir el mismo aire. Solo hacía más difícil fingir que no lo deseaba.

Cuando la puerta se cerró, el sonido del silencio se hizo más fuerte.

Me quedé allí, varios minutos, con la taza entre las manos, como si ese calor tibio pudiera evitar que me congelara por dentro. El olor leve de café quemado llenaba la estrecha cocina. La bombilla del techo parpadeó una vez. Luego, volvió a su zumbido constante.

Todo el búnker parecía respirar con dificultad. O tal vez solo era yo.

Dejé la taza en la mesada, sintiendo los dedos temblar de agotamiento. No físico, sino emocional. Parte de mí quería gritar. Otra, tirarse en el suelo helado y dormir tres días. Pero al final, solo caminé. Mis pies me llevaron hasta la puerta del pasillo central, como si supieran adónde quería ir, incluso sin que yo lo dijera.

La tablet que Cem se había llevado estaba en la sala de comando. La luz ahí dentro era azulada, los monitores alineados como ojos fríos observándolo todo. Él estaba sentado frente a la

pantalla principal, con los brazos cruzados y la postura demasiado erguida para alguien que está descansando.

Lo observé un segundo, parada en la entrada. El brillo de las pantallas recortaba su rostro en sombras, marcando la mandíbula, la línea fruncida de las cejas, el cuello tenso. Cem era un hombre hecho de tensión contenida.

Di dos pasos hacia adentro.

—Cem.

No respondió. Ni se giró. Seguía analizando las imágenes, aunque no cambiaban desde hacía rato.

—Necesitamos hablar —insistí, notando que la voz me salía más firme de lo que esperaba.

Por fin me miró por encima del hombro. Su mirada era neutra. Técnica. Como si yo fuera una pieza que dejó de funcionar. Un problema a contener, no a comprender.

—¿Sobre qué? —preguntó, seco.

Caminé hasta un costado de la mesa. Crucé los brazos, sintiendo el abrigo demasiado liviano para ese ambiente helado.

—Sobre lo que pasó. O, lo que casi pasó.

Nada en su rostro se movió. Pero el silencio duró demasiado para ser casual.

—No pasó nada —dijo al fin, volviendo la vista a la pantalla—. El objetivo sigue siendo el mismo: seguridad, extracción y silencio. Lo sabes.

—Sé cuál es la misión —retruqué—. Pero eso no cambia el hecho de que hay algo aquí. Entre nosotros. Y tú, actúas como si ignorarlo hiciera que desapareciera.

Él se quedó en silencio, y eso fue lo que realmente me irritó.

—Puedes ser soldado, Cem. Puedes ser una máquina, si es lo que quieres. Pero no puedes convencerme de que eso no significó nada.

La tensión en su mandíbula fue la única respuesta. El pecho le subía y bajaba lento. Aún no me miraba.

—Que signifique algo no cambia nada, Ivana —dijo al fin, con la voz baja, cortante—. Y los sentimientos… son distracciones. Las distracciones matan.

Me quedé quieta. Sintiendo cómo esas palabras se clavaban en mi pecho como una hoja afilada. Él no gritaba. No perdía el control, pero su frialdad era una forma de violencia lenta.

Tragué saliva.

—Entonces vamos a morir todos congelados, ¿no?

Me di la vuelta antes de que dijera algo más. No por cobardía, sino porque, si me quedaba un segundo más, podría hacer lo impensable. En ese momento, preservarme era más urgente que ganar.

El pasillo me pareció más largo y el refugio, más estrecho.

La verdad dolía más que cualquier misión: yo quería ser más que una pieza en este juego, pero él, solo sabía ser el jugador.

Volví al cuarto, o a lo que llamaban cuarto ahí adentro. Cuatro paredes de cemento grueso, el techo bajo, las tuberías expuestas corriendo como venas por el metal. No era el colchón lo que me molestaba, era el peso de lo que sentía cada noche acostada en él. El peso de lo que casi pasó, y no pasó.

Me senté en el borde, con los pies descalzos tocando el piso helado. Los codos sobre las rodillas, la frente apoyada en las manos. Respiré hondo. Intenté no llorar. Pero tampoco traté de evitar el cansancio. Estaba demasiado impregnado.

¿Cuánto más iba a durar todo eso?

Allí, sin ventanas, sin un reloj confiable, el tiempo no era lineal. Era una espiral que se repetía. Día, noche, comida enlatada, tensión, vigilancia. Lo único que cambiaba era el silencio entre nosotros, que adquiría nuevas capas cada vez que Cem fingía que no había nada ahí: ni yo, ni el casi beso, ni siquiera él mismo.

Cerré los ojos un momento, intentando descansar, cuando lo escuché.

Un sonido distinto. Sutil, pero claro. Un pitido metálico, aislado, proveniente de la sala de control.

Me levanté enseguida. Mis sentidos se activaron al instante. Caminé por el pasillo angosto con pasos silenciosos y el cuerpo en modo de supervivencia. Cem ya estaba en la sala, con la mirada fija en uno de los monitores. Las imágenes del exterior se reproducían en tiempo real.

—¿Qué fue eso? —pregunté, acercándome despacio.

No respondió enseguida. Amplió una de las cámaras. La imagen era borrosa, pero lo suficientemente clara como para mostrar un punto de luz parpadeando entre los árboles. No era natural. No era algo que el viento hiciera mover. Era una señal.

—Podría ser un reflejo —dije, más para romper el silencio que por creerlo realmente.

—No lo es —respondió él, seco, como si cada palabra le pesara antes de salir—. Es alguien probando el alcance del sistema de vigilancia.

Se me revolvió el estómago.

—¿Nos encontraron?

No respondió. La tensión en su mandíbula, la manera en que sus ojos seguían fijos en la pantalla… ya eran suficiente respuesta.

—¿Y ahora?

Finalmente se giró hacia mí, con esa expresión que ya conocía: el Cem en modo operativo, frío, calculador, implacable.

—Ahora haz exactamente lo que yo diga.

Debería haberme enojado por cómo lo dijo. Por la falta de elección. Pero, por alguna razón que no entendí en ese momento, me sentí extrañamente segura. Como si, por primera vez en todo el día, alguien volviera a moverse.

La guerra silenciosa entre nosotros estaba lejos de terminar. Pero la de afuera, estaba a punto de comenzar. En ese búnker, rodeados de cemento, recuerdos y secretos, algo me decía que esa noche no sería tranquila para mí, y mucho menos para él.



Cem
ARSLAN

Capítulo 10

La primera señal no fue visual. Fue instintiva. Un desplazamiento sutil en el patrón del ruido exterior. Ese tipo de silencio que solo aparece cuando alguien intenta caminar demasiado sigiloso…

Yo estaba en la sala de control, con los ojos fijos en los monitores, pero mi atención ya había atravesado los muros de cemento reforzado. El búnker había sido diseñado para ser invisible, irreconocible e impenetrable, pero no existe lugar seguro cuando cargas un blanco en la espalda… o al lado.

Toqué el panel y amplié la imagen térmica del lado este. Tres figuras en movimiento, lentas, precisas, calculando el perímetro como depredadores tanteando una cerca. Exhalé despacio entre los dientes.

Nos habían encontrado. Y venían por nosotros.

Escuché pasos detrás de mí. No tuve que voltear para saber que era ella. Ivana estaba de pie en la puerta, su silueta recortada por la luz azulada de los monitores. Incluso en la oscuridad, podía sentir su tensión. El aire a su alrededor vibraba como un campo eléctrico.

—¿Qué fue eso? —preguntó, con una voz controlada, pero cargada de alerta.

—Tres hombres. Se están acercando. No son curiosos. Saben exactamente lo que están buscando.

Seguí digitando, activando protocolos manuales, reactivando sensores en modo de emergencia. Las cámaras laterales tenían puntos ciegos. Conocía cada uno y, por desgracia, ellos también parecían conocerlos.

—¿Cómo nos encontraron?

—Alguien los entregó —respondí, sin suavizar.

Las palabras innecesarias desperdician tiempo. Y cada segundo contaba.

Giré en la silla, me levanté y tomé el arma debajo del panel. La CZ P-10C estaba cargada, pero añadí un cargador extra al lateral de la cartuchera. Me la ajusté al cinturón y revisé el seguro.

—Ve al compartimento de seguridad.

—Cem, espera...

—Ahora.

Me acerqué, firme, y la conduje por el pasillo lateral. Dudó por medio segundo, pero cedió. Porque, a pesar del miedo, confiaba en mí. Y eso era más peligroso que cualquier arma del otro lado de la puerta.

El refugio de seguridad era angosto. Diseñado para mantener a una persona con vida, no para ofrecer comodidad. Sin ventanas,

sin ruidos. Solo cemento y control.

Antes de cerrar la puerta, la miré a los ojos.

—No abras la puerta a nadie que no sea yo. Y aun así, asegúrate.

Asintió. La mirada fija en la mía, como si buscara algo que yo no podía darle.

No allí. No ahora.

Cerré la puerta. Activé el seguro… y fui a la guerra.

La tensión estaba en las paredes, en las tuberías, en el zumbido de las luces de emergencia. Ellos vendrían con precisión, pero yo no tenía miedo. Estaba en estado puro de enfoque, instinto y letalidad. Sin embargo, lo que me incomodaba no era el ataque. Era la idea de que, del otro lado de esa puerta, había alguien que no era una misión. Ni un objetivo.

Era... una maldita vulnerabilidad y, si fallaba, no solo el refugio sería invadido.

La luz ambiental fue reemplazada por el brillo pulsante del modo de emergencia, tiñendo los pasillos en tonos rojos y blancos, alternando como un latido artificial. Mis pasos resonaban sordos sobre el piso de cemento pulido mientras avanzaba hacia la cámara de entrada. El búnker había sido construido para contener, no para combatir. Pero yo había reforzado esa zona semanas atrás, anticipando justo este escenario.

Llegué al acceso principal, donde las cámaras mostraban a uno de ellos bordeando el costado izquierdo con armamento pesado, un fusil corto con mira acoplada. No venían a hacer preguntas, ni a llevarse rehenes. Probablemente eran pagados por alguien con suficiente poder como para comprar lealtad y un buen disfraz.

Me posicioné al lado de la pared sintiendo la respiración controlada y el corazón reducido al ritmo de combate. Un segundo invasor apareció en la imagen: su perfil revelaba un corte militar

reciente, un tatuaje táctico en el antebrazo izquierdo. Probablemente un ex-Kaçak Özel o un mercenario post-Gürkan. Eran profesionales, pero no eran Arslan. Y eso hacía toda la diferencia.

El primer estallido de sonido fue un disparo seco que atravesó el silencio como una sirena violenta. Los cristales del compartimento externo se astillaron, a pesar de ser blindados. Gases de dispersión empezaron a invadir. El protocolo de esos bastardos era el de siempre: confundir, generar humo, entrar rápido. Pero olvidaron un detalle: yo no era un blanco fácil… y ese lugar era mi territorio.

Avancé por el corredor izquierdo con el arma en mano, usando la oscuridad y los pulsos de luz para desorientar a cualquiera que intentara seguirme. Doblé la esquina y vi al primero de ellos forzando la entrada por la traba manual. Disparé.

El sonido del disparo fue ahogado por el silenciador, pero no su impacto. Su cuerpo cayó con un golpe seco, esparciendo sangre sobre el suelo como un mapa mal trazado. El segundo giró de inmediato y disparó una ráfaga. Rodé hacia un costado, sintiendo el ardor caliente de una bala rozándome el brazo.

Me incorporé de golpe y lo alcancé en el hombro antes de que completara su siguiente movimiento. Tropezó, y en dos pasos ya estaba encima de él. Su arma cayó al suelo cuando mis rodillas impactaron contra su pecho. Intentó reaccionar con una navaja que sacó de la pierna, pero sujeté su muñeca, la forcé contra el cemento y sentí el hueso crujir. Gritó… y ese fue su error fatal.

El tercero apareció justo después, con pasos pesados, respiración agitada y el arma en alto. Me giré, desarmado tras perder la pistola en la pelea, y corrí hacia la pared lateral, donde estaba una de las barras de refuerzo estructural. Rompí el compartimiento con el codo y saqué la barra de hierro.

El impacto fue directo a su mandíbula.

Su arma disparó hacia el techo, fallando. La segunda estocada alcanzó su clavícula, quitándole el equilibrio. Cayó de

rodillas y, antes de que intentara reaccionar, inmovilicé su cabeza con un giro seco. El crujido fue breve, justo antes de que su cuerpo cayera, muerto.

Entonces… el silencio. No el del ambiente, las luces seguían parpadeando, la alarma aún seguía sonando, sino el que se instaló dentro de mí. Esa pausa que siempre llega después de un combate. El espacio entre el instinto y la consecuencia.

Mis dedos resbalaron del metal, empapado en sangre. Fue entonces cuando noté que el hombro palpitaba con más fuerza. Había un corte en la parte superior del brazo. No era grave, pero lo suficientemente profundo como para doler.

Recogí sus armas. Desactivé la cámara dañada. Y caminé de regreso, jadeando, los ojos aún atentos a cualquier nueva sombra. Ninguna señal de calor.

Por ahora… estábamos a salvo.

Pero cuando apoyé la mano en la puerta de la cámara de seguridad y escuché su respiración al otro lado, supe que esa batalla no había sido solo una cuestión de supervivencia.

Había sido personal.

No por el búnker. Ni por la misión.

Por Ivana.

Y por una maldita línea que ya no sabía si quería o podía seguir manteniendo intacta.

Las puertas reforzadas del compartimento interno se cerraron detrás de mí con un clic metálico, silenciando el mundo exterior, y el que latía dentro de mí. La sangre, caliente y viscosa, bajaba por mi antebrazo, oscureciendo la camisa ya rasgada. El pasillo estaba sumido en penumbra, apenas iluminado por las luces de emergencia que parpadeaban con ritmo irregular. Mis pasos resonaban con fuerza exagerada en las paredes, y por un instante, cada sonido parecía más grande. Más cargado. Más pesado.

En la sala central, la tensión seguía vibrando en el aire como una descarga eléctrica suspendida. El humo de los disparos recientes impregnaba el cemento, mezclado con el olor metálico de la sangre y el ozono del sistema de seguridad activado. Un lugar seguro, hasta que dejara de serlo.

Me apoyé en el lavabo del baño, respirando entrecortado. Giré el torso con cuidado, quitándome la camisa por encima del hombro herido, revelando el corte. No era profundo, pero sí irregular. El músculo estaba tenso, reaccionando al trauma. Me senté en el borde del lavabo, tratando de ignorar el ardor punzante, y extendí la mano hacia el armario de la pared para tomar el botiquín, pero antes de alcanzar la cerradura magnética, escuché cómo se abría la puerta neumática.

Ivana.

Estaba de pie en el umbral, las pupilas dilatadas bajo la luz fría, el cuerpo quieto, pero los ojos en movimiento. Me vio: la sangre, el corte, la camisa manchada, y noté el instante exacto en que se le fue el aire, como si el piso le hubiese fallado por un segundo.

—Estás herido —dijo con firmeza, aunque su voz se quebró al final. Una grieta que intentó ocultar, y no pudo.

Desvié la mirada.

—He tenido peores.

Ella se acercó sin esperar permiso. No preguntó si podía tocar, ni si quería ayuda. Solo actuó. Abrió el armario, tomó el botiquín y lo dejó sobre el lavamanos con movimientos seguros, casi quirúrgicos. Le temblaron un poco las manos al principio, pero al tocar mi piel, había una precisión inesperada. Como si su tacto fuera todo lo contrario a lo que el mundo me había exigido hasta ahora.

Sentí el ardor del alcohol en la herida abierta. El músculo se contrajo por reflejo, pero no dejé escapar ni un quejido. Ella lo

sabía. Sabía que resistiría hasta la última capa de dolor. Y aún así, parecía querer sanar algo más que el cuerpo.

—Deberías haberme dejado ayudarte —murmuró, sin apartar los ojos del corte.

—Estabas a salvo. Eso era lo importante.

—No soy de cristal, Cem —dijo, más bajo, casi como una súplica contenida—. No tienes que protegerme de todo.

—Sí tengo que hacerlo —respondí, y esta vez mi voz cargaba todo lo que había estado reprimiendo desde que ella subió a ese maldito auto por primera vez—. Porque si yo fallo, tú mueres, y eso no es una opción.

El silencio se instaló entre nosotros, pero no estaba vacío. Era denso. Cargado de todo lo que nunca dijimos en voz alta.

Ella siguió limpiando la herida, ahora con más suavidad. Como si, de pronto, no estuviera tocando solo un corte. Como si tocara algo más profundo. Como si viera lo que nadie más veía.

Nuestros ojos se encontraron cuando terminó el vendaje, con sus dedos todavía cerca de mi brazo. Nuestros rostros, a centímetros. El aire era denso y demasiado caliente en ese espacio cerrado. Los límites entre misión e impulso, entre órdenes y vulnerabilidad, empezaban a desdibujarse.

Su cabeza se inclinó apenas. Un gesto sutil. Un casi… y ahí fue cuando me aparté.

Desvié la mirada y la tensión en mi mandíbula se volvió piedra.

—Gracias —dije con voz baja, casi ronca.

Ella no insistió. No preguntó. Solo se alejó con la misma dignidad silenciosa de quien ya ha cargado con el peso de dar, y ser rechazada. Salió del baño con paso lento, dejando la puerta

entreabierta, como si supiera que, pese a todo, yo iba a necesitar una salida.

Me quedé allí, respirando entre sombras, con el brazo latiendo, y el pecho aún más.

Porque hay heridas que no se curan con gasas ni cinta adhesiva. Y esa… tenía nombre, ojos oscuros y una presencia que me atravesaba más que cualquier enemigo armado.



Ivana YAZGAN

Capítulo 11

Ningún resquicio de luz natural atravesaba esas gruesas paredes de cemento enterradas quién sabe en qué capa del subsuelo. Ya no sabía si seguíamos en Turquía. Podía ser cualquier país vecino, cualquier frontera cruzada con documentos falsos y coordenadas borrosas. Pero la geografía se había vuelto irrelevante. Lo que me rodeaba era el encierro. No solo físico, también emocional.

El refugio era limpio, funcional, estéril en su brutalidad. No había ni rastro de calidez que delatara presencia humana. Los muebles estaban empotrados. Los armarios, organizados con precisión casi militar. El aire era filtrado, frío, sin olor. Y el silencio, el silencio era como un segundo techo que descendía cada minuto, empujando todo hacia abajo, comprimiendo incluso lo que yo me negaba a sentir.

Desde el ataque, Cem se había cerrado aún más. Y no hablo de puertas ni de órdenes, sino a esa barrera invisible que él

levantaba cada vez que algo entre nosotros amenazaba con cruzar el límite de lo tolerable. Lo observaba siempre de pie, en vigilancia constante, los ojos fijos en los monitores, en los datos, en señales que ni siquiera nosotros comprendíamos del todo. Hablaba poco, comía aún menos, dormía casi nada. Y cuando nos cruzábamos en el pasillo, su mirada, que antes me analizaba como si buscara fisuras, ahora era una evasiva constante. Rápida. Como si mirarme demasiado me permitiera ver en él lo que trataba de ocultarse a sí mismo.

Me senté en la sala de comunicaciones, una cápsula de acero con demasiada luz blanca y muy poca humanidad. Había un terminal antiguo activado solo para accesos internos, sin conexión con ninguna red mayor. Tomé una de las tabletas restringidas, fingiendo que me interesaban rutas de escape o frecuencias satelitales. La verdad era que mi mente estaba anclada en otro tipo de información: su roce. Su retroceso. La forma en que parecía resistirse a mí con la misma fuerza con la que enfrentaría a un hombre armado y, eso dolía más.

Podía entender que necesitara mantener la misión como prioridad. Comprendía el peso de estar en medio de algo que me superaba. Sabía que había personas dispuestas a matar o morir por lo que yo sabía. Pero nada de eso anulaba el hecho de que, sola en ese refugio subterráneo, con un cuerpo que temblaba menos que el corazón, me sentía desechable. No por la misión. Sino por él.

Me levanté, cansada de esa pantalla sin sentido. Caminé hasta el compartimento donde guardábamos las mochilas del último cambio de refugio. Me arrodillé, abrí la mía y, entre ropa y objetos, saqué lo único que quedaba de mi vida anterior: una pulsera de cuentas de ámbar, descolorida, con el broche roto. Era de mi madre. El único objeto que había llevado conmigo desde que escapé. La puse sobre mi regazo y la observé durante largos segundos.

Entonces oí pasos.

Por el sonido, ya sabía que era él. Cem tenía una manera específica de moverse: precisa, contenida. Un cuerpo hecho para la acción, incluso cuando el mundo pedía pausa. Se detuvo en la entrada. No dijo nada. Solo miró. Yo seguí ahí, sentada, con los dedos sobre las cuentas desgastadas, intentando fingir que esa distancia no me dolía.

Pero dolía. Más que una bala o una huida desesperada.

Porque ahí, entre cuatro paredes seguras, lo que me amenazaba, era lo que sentía por él y la certeza de que él nunca se permitiría sentir algo por mí.

Guardé silencio hasta que comenzó a alejarse. Cem era experto en eso, en desaparecer justo antes de que algo se volviera demasiado cercano. Pero en ese momento, tal vez por la soledad acumulada o por el nudo en el pecho, me levanté sin pensarlo demasiado.

—¿Vas a seguir haciendo esto? —La pregunta salió seca, filosa, antes de que pudiera controlar el tono—. ¿Pretender que no está pasando nada?

Él se detuvo. No se dio la vuelta de inmediato. Su cuerpo se tensó, como si estuviera calculando el peso de mis palabras antes de decidir si valía la pena escucharlas.

—¿Qué parte, exactamente, crees que está pasando? —respondió despacio, aún de espaldas, con una calma que era pura fachada.

—Esa. —Di un paso adelante. El suelo resonó bajo mis pies—. La parte en la que me tocas como si quisieras algo más, y después retrocedes como si yo fuera un error estratégico.

Entonces se dio la vuelta, despacio. Su rostro estaba inmutable, pero los ojos, los ojos eran otra cosa. Más oscuros. Más cargados. Como si algo dentro de él estuviera a punto de quebrarse.

—Yo no tengo el lujo de querer nada, Ivana —dijo con voz baja, pero firme—. No en este contexto. No contigo siendo el centro de un blanco más grande de lo que te imaginas.

—¿Y crees que no lo sé? —le solté—. ¿Crees que no cargo el peso de cada paso desde que escapé? Me tratas como si no entendiera el riesgo. Pero yo vivo ese riesgo. Cada día. Y aun así, tú actúas como si yo fuera el problema.

—Porque lo eres —dijo. Y esa frase quedó suspendida en el aire como una condena—. Eres el punto inestable en la ecuación. Me desestabilizas. Me haces perder el control. y cuando pierdo el control... muere gente.

El silencio que vino después era un campo minado.

Debí haberme alejado. Debí haber aceptado esa excusa, pero no pude.

—¿Y prefieres mantener el control por encima de todo? —susurré—. Porque yo lo veo, Cem. Hay algo más allá del protocolo. Solo que no quieres enfrentarte a lo que sientes.

Me miró durante varios segundos. Y por primera vez, dudó. Apenas. Pero lo hizo. Un parpadeo más lento. Un músculo en la mandíbula que se contrajo como si contuviera una palabra no deseada.

—No sabes lo que siento —dijo al final—. Y es mejor así.

—¿Y si quiero saberlo?

Avanzó un paso. Solo uno, pero bastó para que la tensión entre nosotros se volviera física. El aire parecía calentarse entre nuestros cuerpos. Mi pecho subía y bajaba con fuerza, y había algo en sus ojos que jamás había visto: miedo. No al enemigo. No a la muerte. A mí. ¿Qué podría hacerle si me acercaba demasiado?

—Ivana, —Su voz sonó como una advertencia, pero se sentía más como una súplica.

No esperé. Me acerqué. Despacio, desafiante. Nuestros rostros quedaron a centímetros y pude sentir el calor de su respiración rozando mi boca.

—¿Me tienes miedo, Cem Arslan? —susurré—. ¿O miedo de por fin sentir algo?

Entonces lo vi. Por un segundo, se inclinó hacia mí. Sus ojos descendieron hasta mis labios. El deseo estaba ahí, visible, denso, latiendo como una vena a punto de estallar.

Pero retrocedió. Demasiado rápido. Casi con violencia.

Dio dos pasos hacia atrás y se giró, dándome la espalda.

—Esto no va a pasar —dijo, con la voz más baja ahora, como si hablara más consigo mismo que conmigo—. Tú eres una misión, Ivana. No quiero una confusión emocional.

—Para mí no —murmuré, quedándome donde él me había dejado—. Para mí... ya son las dos cosas.

No respondió.

Salió de la sala como una sombra. Silencioso. Entrenado para desaparecer. Y una vez más, me dejó con la respiración entrecortada y las piernas temblando.

Puede que su misión fuera protegerme, pero la mía parecía ser encontrar una forma de atravesar aquel muro de hielo infranqueable.

Me quedé allí unos minutos más, sola en el centro de esa sala sin ventanas, con las paredes de cemento pareciendo cerrarse con cada respiración. El aire era espeso, saturado de todo lo que no se había dicho, y aun así, su ausencia era más ensordecedora que cualquier palabra lanzada. Era como si Cem hubiera dejado un eco en el ambiente, o quizás dentro de mí, un residuo de algo inacabado, negado con tanto esfuerzo que dolía físicamente.

Respiré hondo y cerré los ojos. La tensión en el pecho aún vibraba como una corriente mal descargada. Necesitaba aferrarme a algo. A cualquier cosa que no fuera él. Me acerqué al terminal en la esquina de la sala, el mismo panel opaco que usábamos para chequeos internos. Estaba cifrado, pero Cem no había cambiado la clave principal desde el último refugio. Una parte de mí dudó, no era espionaje. Era autopreservación.

Tecleé algunos comandos, no porque esperara respuestas, sino porque necesitaba ver con mis propios ojos que la amenaza seguía siendo real y que…

Ahí estaban los registros. Accesos a la red corporativa, intentos de rastrear movimientos del holding rival, nombres de ejecutivos desaparecidos justo después de filtraciones confidenciales. Mi nombre, como siempre, vinculado a todo eso. Lo que sabía bastaba para derribar personas, destruir alianzas y comprometer contratos que valían miles de millones. Mi nombre aparecía junto a un código: ARK-05, marcado en rojo en documentos internos de los Arslan. Un aviso. Un punto de riesgo, demasiado sensible como para dejarlo a su suerte. Pero nada de eso era nuevo para mí.

Yo sabía quién era, lo que cargaba, y cuánto costaba saber demasiado en un mundo donde la verdad, cuando rozaba el dinero, podía matar.

Aparté la mirada de la pantalla. La luz blanca se reflejaba sobre el metal frío a mi alrededor y, por primera vez en mucho tiempo, reconocí cuán cansada estaba de cargar con todo sola. Ellos no me protegían por compasión. No me ocultaron por bondad. Me mantenían con vida porque, si desaparecía, todo el equilibrio de poder entre holdings que operaban en los márgenes de la legalidad colapsaría como un dominó mal acomodado.

Apoyé la espalda contra la pared, intentando contener las náuseas que subían lentamente. El corazón aún me latía rápido,

pero era otro ritmo. Un latido frío, porque sabía que, a partir de ahora, cualquier paso en falso sería fatal.

El búnker volvió a quedar en silencio y deseé que Cem regresara. No para protegerme. Sino porque sabía que estaba a punto de hundirme, y quizás, por mucho que él lo negara, era el único ancla que me quedaba.



Capítulo 12

El cielo era solo una pantalla negra del otro lado del cemento, pero mi mente sabía que todavía era de madrugada. El cuerpo, entrenado tras décadas de condicionamiento, no pedía descanso. La adrenalina del ataque anterior aún vibraba bajo la piel como un segundo pulso. Cada paso que daba por los corredores estrechos del nuevo búnker era silencioso, firme, calculado. Pero dentro de mí, había ruido.

Ivana...

Intentaba apartar la imagen de ella con los brazos cruzados sobre el sofá, el ceño fruncido por la desconfianza, la boca entreabierta, lista para soltar una nueva provocación. Intentaba olvidar la forma en que me había desarmado, no con un arma, sino con la mirada. La manera en que me obligaba a confrontar todo aquello que siempre había enterrado bajo órdenes, estrategia y deber. Pero no podía. Porque ella no era solo una protegida, ni una

testigo, Ivana Yazgan era una bomba de tiempo con un alma palpitante detrás del punto de mira. Y cada segundo a su lado hacía que la misión se volviera más difusa, más personal. Y eso… eso era inaceptable.

La pantalla del celular vibró. El nombre de Emir apareció breve, frío y directo. Como todo lo que venía de él. Respiré hondo antes de contestar.

—Cem —dijo mi hermano, con una voz más baja de lo habitual—. Te necesito en el canal seguro. Ahora.

No era una sugerencia, y yo sabía bien lo que eso significaba. El protocolo exigía total sigilo, incluso entre nosotros. Si Emir llamaba a través de un canal seguro, algo había cambiado.

Segundos después, ya estaba en la sala de comunicación. El espacio era pequeño, revestido con plomo, completamente aislado. La única fuente de luz provenía de la pantalla circular al centro de la mesa, donde el rostro de Emir apareció al instante, sumido en una penumbra azulada que revelaba que él también se encontraba en un entorno protegido.

—Detectamos un movimiento nuevo en el sector este —comenzó sin preámbulos—. El ataque no fue una coincidencia. Alguien dentro del holding Turgan quiere a Ivana, y están dispuestos a romper acuerdos antiguos para conseguirlo.

Asentí, manteniendo el rostro impasible. Sabía que vendrían. Sabía cuánto valía lo que ella sabía, aunque nadie quisiera admitirlo en voz alta.

—Galip reportó que neutralizaste a los intrusos —continuó—. Pero ahora hay una nueva preocupación. Su nombre apareció en una triangulación de datos clasificados, hecha desde adentro. Alguien está intentando exponer lo que ella sabe.

—Ustedes ya sabían que ella cargaba con información peligrosa —respondí, cruzando los brazos—. Lo sabían antes de meterme en esto.

—Sabíamos que era un riesgo calculado —replicó Emir, con la mandíbula apretada—. No sabíamos que era la pieza clave de una cadena de datos capaz de derribar al menos tres contratos que blindan nuestras operaciones en Europa del Este. Si se filtra algo, no solo perdemos dinero. Perdemos aliados.

El silencio se prolongó durante un tenso segundo.

—Por eso te llamo, Cem. Necesito saber si sigue bajo control.

No preguntaba por su seguridad física. Preguntaba por su lealtad, por hasta dónde yo podía contener a una mujer que crecía como una grieta en una represa vieja. No podía mentir.

—Es inestable —respondí con firmeza—. Pero no ha intentado escapar, ni contactar a nadie. No ha filtrado nada.

—Aún.

—Aún —repetí—. Pero es consciente del peso que carga. Ivana no es tonta. Si lo fuera, ya estaría muerta.

Emir asintió lentamente. La imagen parpadeó un segundo en la pantalla, como si la propia conexión dudara entre cortarse o sostener el hilo que nos unía.

—Tienes una semana —dijo al final—. O la traes completamente de nuestro lado, o la sacamos del juego.

La llamada terminó.

Me quedé ahí, inmóvil durante un largo rato, con el sonido apagado del canal seguro disolviéndose en el vacío.

O la traes completamente a nuestro lado…

Las palabras de Emir resonaban con más fuerza de la que deberían. Porque, por primera vez en mi vida, no sabía de qué lado estaba. Y lo peor: una parte de mí empezaba a sospechar que el único lado en el que quería estar… era el de ella.

Regresé al búnker con pasos controlados, pero algo en mí había perdido el eje. La conversación con Emir seguía retumbando

en las esquinas de mi mente, exigiendo una claridad que ya no podía ofrecer. Siempre funcioné bajo códigos. Reglas. Misiones con inicio, medio y final. Pero Ivana, ella no seguía ningún patrón. Desafiaba las órdenes solo con existir. Con mirar como miraba. Con respirar como si el mundo le debiera algo que jamás le pagó.

Cuando crucé el pasillo de cemento, tan silencioso como la recámara de un rifle, supe que ella seguía despierta. El búnker era denso, como si acumulara cada pensamiento no dicho en sus paredes. La luz era mínima, pero aun así, la vi sentada sobre el respaldo de la cama, con las piernas recogidas y los ojos fijos en mí, como si hubiera estado esperando mi regreso.

—Hablaste con él, ¿verdad? —La pregunta llegó seca, sin rodeos.

No respondí de inmediato. Solo la observé. El cabello suelto caía sobre un hombro con ese descuido que, en cualquier otra mujer, parecería fragilidad. En ella, significaba desafío. La camiseta que llevaba, una de las mías, le cubría hasta medio muslo, y aunque no buscaba provocar, había algo intensamente provocador en su postura. Como si supiera que estaba jugando con fuego, y aun así sostuviera el fósforo encendido entre los dedos.

—Siempre supe que no era solo una misión —continuó—. Pero ahora, ahora lo llevas en los ojos. Que estás a punto de enterrarme. O de usarme.

Crucé los brazos. El aire entre nosotros ya estaba demasiado cargado para que ese gesto fuera neutral. Di un paso al frente. Ella no se movió.

—Lo que sabes puede derribar a tres de las corporaciones más poderosas del Este. No eres solo una testigo, Ivana. Eres la falla en el sistema.

—Nunca quise ser parte de esto, pero mi padre me arrastró al centro de todo —respondió, firme—. Ahora quieren borrarme por saber demasiado. Pero soy más útil viva que muerta… y tú lo sabes.

La rabia contenida en sus palabras era un reflejo de la mía. El mismo tipo de frustración que crece cuando el deseo choca contra muros de lógica. Aun así, era imposible ignorar lo que esa mujer hacía con mi control. Porque no importaba cuánto me preparara, cuánto endureciera las órdenes, cuando ella me miraba así, todo lo que yo sabía se desmoronaba en silencio.

Di un paso más. Ella se incorporó desde la cama, dejando nuestros cuerpos a centímetros de distancia.

—¿Quieres saber quién soy, Cem? Pregunta. Pero mírame bien. No intentes descubrirlo en los archivos. Ellos no dicen lo que de verdad importa.

—¿Y qué es lo que importa, Ivana?

—Que estoy aquí. Que no huí. A pesar de saber que me ves como una amenaza. Incluso con esa arma invisible que mantienes apuntada hacia mí con cada frase.

Mi mandíbula se tensó. Sentí una presión en los hombros, en el cuello, en los puños. Pero lo que me sacudía no era el miedo. Era el hecho de que ella tenía razón y la forma en que dijo "amenaza" sonó como una invitación.

Cuando intentó pasar junto a mí, como si quisiera dar por terminada la conversación, la sujeté del brazo con la fuerza justa para obligarla a detenerse. Nuestras miradas se cruzaron y había algo ahí que gritaba: arder o retroceder. En ese instante, no fui soldado ni guardaespaldas. Fui solo un hombre.

La atraje hacia mí en un impulso que ya no cabía en el cuerpo. No hubo aviso. Ni tiempo para dudar. Fue bruto, urgente, cargado de todo lo que habíamos reprimido hasta ese momento. Mi boca encontró la suya como si no hubiera alternativa, como si cada segundo sin ese contacto hubiese sido un error que debía corregirse con lengua, con dientes, con deseo arrancando de raíz cualquier lógica.

Mis manos se enredaron en su cabello, tirando con firmeza hasta hacer que echara la cabeza hacia atrás. Ella jadeó con los ojos entrecerrados, la boca entreabierta, y antes de que el sonido escapara por completo, la devoré. Invadí sus labios con furia contenida, con un hambre que rozaba el descontrol. Nuestras lenguas se encontraron en un choque feroz, sin dulzura ni suavidad: era saliva, sobresalto, respiración agitada y un deseo que no pedía permiso.

Gimió contra mi boca y los sonidos ahogados venían cargados de una excitación que me dejó más duro todavía. Sus dedos subieron por mi pecho, por debajo de la camiseta, arañando con uñas cortas hasta llegar a mi nuca, tirando con fuerza, como si me quisiera más adentro, más cerca, más suyo…

Mis manos bajaron por su espalda, explorando cada curva con la precisión de quien ha memorizado ese cuerpo desde lejos. Alcancé su cadera, la apreté sin piedad, atrayéndola contra mí hasta que nuestras pelvis se encontraron con un roce seco y delicioso. Estaba caliente, tan caliente que parecía incendiar cada centímetro de mi autocontrol. La sentía temblar, pero no de miedo, sino de provocación. Y yo estaba al borde de perder la guerra contra mí mismo.

Me separé de su boca lo suficiente para morderle el labio inferior. Ella soltó otro gemido y respondió clavando los dientes en mi cuello. Eso me hizo retroceder un paso, pero no soltarla. Nuestros cuerpos seguían pegados. Ella jadeaba contra mi pecho, su aliento caliente golpeaba mi clavícula y su sabor… su sabor estaba en mí como una maldita marca invisible.

El beso duró más de lo que hubiera sido seguro, y aun así, fue poco. Suficiente para encender el incendio. Insuficiente para apagar nada.

Cuando nos separamos, nuestras miradas seguían atrapadas. El aire entre los dos era denso como humo. El pecho subía y bajaba

con violencia. Los músculos latían. La sangre rugía donde no debía. Pero el silencio fue lo que más gritó.

Porque eso no debía haber pasado.

Sin embargo, lo sabía con una certeza brutal: aunque solo hubiera sido un instante, yo ya estaba *jodidamente marcado*. Por ella, por ese beso y por todo lo que significaba.

El silencio después del beso fue más ruidoso que cualquier disparo que haya escuchado en el campo. Me quedé frente a ella, respirando agitado, con el cuerpo aún tenso por el impulso, por la entrega, por el colapso de mi estructura. Ivana seguía quieta, con los labios entreabiertos y la mirada nublada por un deseo que reconocía, porque era el mismo que ardía en los míos. Pero ella era más que eso y ese era el problema.

Me alejé lentamente, como si cada paso exigiera un esfuerzo físico descomunal. Pasé la mano por el cabello, tratando de calmar la sangre que seguía rugiendo en las venas, buscando una frialdad que ya se me escapaba demasiado rápido. La temperatura del búnker se mantenía constante, regulada por circuitos precisos, pero dentro de mí, el aire era demasiado pesado, demasiado caliente, demasiado inestable…

—Esto fue un error —dije con voz ronca. Evité mirarla por demasiado tiempo. Cuando por fin lo hice, Ivana me observaba con la cabeza en alto y los puños cerrados a los costados. Había dolor en sus ojos y algo más peligroso: expectativa.

—No pareces arrepentido —respondió, sin levantar la voz. El golpe vino sutil, afilado—. Solo pareces asustado.

Sentí el estómago contraerse, pero no lo demostré. ¿Miedo? No. Era algo distinto, más corrosivo. Era saber que si me permitía seguir, ya no habría misión. Solo estaría ella.

—El miedo es un lujo, Ivana —respondí, al fin—. Y yo no puedo darme el lujo de sentir nada por ti.

Ella rió. No fue una risa ligera ni burlona. Fue un sonido breve, de incredulidad.

—Esto no fue "nada", Cem. Lo sabes. Cada célula de tu cuerpo reaccionó como si yo fuera todo lo que intentaste evitar desde que me trajiste aquí.

Ella tenía razón, y precisamente por eso necesitaba ponerle fin a eso antes de que nos hundiéramos más. Crucé los brazos con firmeza, adoptando la postura que me mantenía entero desde los diecinueve años: pecho erguido, mirada fría y la espalda recta como una armadura.

—La misión sigue. Vas a cumplir cada protocolo necesario para asegurar que sigas con vida hasta que decidan qué hacer contigo.

—Entendido —murmuró, con la mirada volviéndose a endurecer—. Soy un paquete que debe entregarse, una amenaza bajo contención, y tú solo eres el soldado que carga la caja.

—Exacto.

Por un instante, pareció que iba a decir algo, pero se contuvo. Y eso fue peor que cualquier grito. Ver a Ivana retroceder me golpeó como un puñetazo en el pecho. Porque sabía que era culpa mía. Que el beso, la tensión, la entrega… todo eso había encendido en ella una chispa que en ese momento yo apagaba con brutalidad.

Se dio vuelta hacia el otro lado de la sala, se sentó en el borde de la cama, alejándose con el cuerpo, con el alma, con lo poco que quedaba de ese puente que recién empezaba a formarse entre nosotros. La observé durante algunos segundos, luego me acerqué al terminal. Necesitaba rastrear los próximos pasos y alejarme de ella, aunque solo fuera unos metros. Porque sabía lo que venía después, conocía ese patrón y, en el fondo, ya era demasiado tarde para fingir que ese beso no lo había cambiado todo. Aunque ninguno de los dos tuviera el valor de decirlo en voz alta.



Ivana YAZGAN

Capítulo 13

El olor de él aún estaba en mi piel cuando desperté. Un rastro amargo de deseo mezclado con frustración, como si el beso de la noche anterior hubiera dejado marcas no solo en mis labios hinchados, sino en lo más profundo de mí. Me giré lentamente de lado, sintiendo las sábanas ásperas del búnker pegadas al sudor seco en mi espalda. El colchón aún conservaba la marca de su cuerpo, aunque él ya se había ido antes de que amaneciera. Cem no dejaba huellas. Ni cuando pasaba demasiado tiempo en un lugar. Ni cuando dejaba un desastre dentro de uno.

Me quedé ahí durante minutos que no supe contar, sintiendo el frío metálico de la estructura presionar contra la piel. Su ausencia en esa habitación era un vacío físico. El espacio, que antes parecía sofocante, ahora era demasiado grande, y por más que intentara convencerme de que todo eso había sido solo un error de cálculo, una chispa en medio del caos, mi cuerpo contaba una historia distinta.

Y mis pensamientos también…

Ese beso no había sido planeado, no formaba parte del juego, ni era necesario para la misión o la supervivencia. Sin embargo, ocurrió. Con la furia de algo que llevaba días, tal vez semanas, acumulándose entre miradas demasiado largas, silencios demasiado densos y roces que terminaban antes de tiempo. No fue amor ni ternura, solo un deseo crudo, y fue real. Quizá por eso dolió más cuando, tras el impacto, él se alejó como si todo eso fuera descartable.

Me levanté sin apuro. Me duché intentando arrancarme de la piel el calor que él dejó, pero fue inútil. El tacto de sus manos seguía adherido a la memoria del cuerpo. Las yemas de sus dedos sabían el camino de mi cintura, de mi cuello… Mi boca recordaba con exactitud cómo su lengua invadió la mía, y por más que intentara racionalizarlo, aquello ya no era solo físico. Era un grito antiguo, el clamor de alguien que llevaba mucho tiempo sin ser tocada como si fuera más que un problema que debía resolverse.

El agua caía tibia sobre mis hombros, escurriéndose por la espalda como un alivio momentáneo para el peso que cargaba. Cada gota se llevaba un poco de ansiedad, pero no lo suficiente como para disolver lo que seguía atorado entre las costillas desde la noche anterior. Cerré los ojos y apoyé la frente contra los azulejos fríos de la ducha. Quería silencio, pero su nombre seguía golpeando dentro de mi cabeza, mezclado con el calor que la memoria de ese beso aún dejaba latente bajo mi piel.

Fue entonces cuando el sonido seco de la puerta al abrirse con fuerza me atravesó como una cuchilla. Me giré en un sobresalto, con el corazón latiendo tan rápido que por un segundo pensé que había gritado, pero no lo hice. Él entró con el arma en mano, la mirada recorriendo cada rincón del baño como si esperara encontrar a un enemigo saliendo de las baldosas.

—¿Qué fue eso? —pregunté, con la voz entrecortada, entre el susto y la confusión. Una mano fue instintivamente a cubrirme los

pechos, la otra se aferró a la toalla colgada al lado de la pared, pero ya era tarde. Él ya me había visto, y no parecía ni remotamente perturbado por mi desnudez.

—Creí haber escuchado algo extraño en los sensores del corredor oeste —dijo con la respiración firme, pero sus ojos, sus ojos dudaron por una fracción de segundo. Una fracción suficiente para hacerme cuestionarlo todo.

Bajó el arma lentamente, pero no retrocedió. Se quedó ahí, rígido, como si intentara controlar hasta el propio flujo de sangre. Su mirada seguía fija en la mía, y no en mis ojos, exactamente. Fue esa vacilación, ese microsegundo de quiebre en su mirada militar, lo que encendió dentro de mí una parte que no quería confrontar.

El vapor llenaba el aire entre nosotros, transformando el baño en un campo de tensión. La toalla se deslizó de mi mano, pero no me importó. Di un paso al frente, desnuda, mojada, con el cabello pegado al cuerpo y el corazón golpeando con fuerza contra las costillas. Cem no se movió, pero su rigidez aumentó. Los hombros se tensaron aún más, y los dedos alrededor del arma apretaron con más fuerza. Él era un campo minado, y yo estaba cruzando la línea.

—¿Y encontraste lo que estabas buscando? —pregunté, con la voz más baja, cargada de algo que no sabía nombrar. Tal vez un desafío. O solo la necesidad desesperada de entender por qué él huía de mí como si yo fuera el verdadero peligro.

—Nada —respondió, seco—. Falsa alarma.

Di otro paso. El suelo mojado bajo mis pies hacía un sonido leve, pero suficiente para llenar el silencio entre nosotros. Su mirada por fin subió y me recorrió por completo. Sin la defensa de la ropa, sin la protección de la distancia.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí? —susurré.

No respondió.

El arma, por fin, bajó del todo. Pero sus ojos seguían fijos en mí, como si yo fuera la amenaza más inmediata e imposible de contener. El deseo estaba ahí: palpable, tan espeso como el vapor. Por un segundo, creí que volvería a ceder. Que sus manos me tocarían como la noche anterior. Que su boca volvería a devorarme con esa brutalidad deliciosa. Pero él respiró hondo, como si absorbiera la última dosis de autocontrol que le quedaba, y se alejó un paso. Solo uno. Pero fue suficiente para levantar una muralla invisible entre nosotros.

—Vístete —dijo por fin—. Y activa el sistema de alarma interno al salir. No podemos correr riesgos.

Entonces se dio la vuelta y se fue, como si nada hubiera pasado. Como si la imagen de mi cuerpo desnudo, mojado, al borde del contacto, no se le hubiera quedado pegada a la piel con la misma fuerza que se grababa en mi memoria.

Me quedé ahí un momento más, sintiendo el frío volver a mi piel, y entendí que el verdadero peligro no estaba del otro lado de aquel búnker. Estaba aquí dentro, en la forma en que él me miraba... y en cómo yo ya no quería que dejara de hacerlo.

El eco de la puerta aún resonaba en el pasillo cuando mi cuerpo se movió por instinto. Ya no había espacio para dudas ni barreras. La toalla cayó de mis dedos y me quedé ahí, desnuda, con la piel aún caliente por la ducha, el vapor escurriéndose por los mechones mojados de mi cabello, pegado a la espalda y entre los senos. Caminé con los pies descalzos sobre el suelo frío, como si cada paso fuera un desafío, una promesa de que iba a cruzar esa línea… y no iba a volver.

La manija giró con un clic suave. Él estaba de espaldas, quitándose el arma del cinturón, con los músculos del hombro tensos, y cuando me oyó, giró despacio, como si ya supiera que era yo. La mirada que me lanzó no era de sorpresa. Era puro conflicto: deseo contra deber, carne contra control. Cem se quedó quieto, con

el pecho subiendo y bajando de forma irregular y, por un instante, el silencio entre nosotros fue más íntimo que cualquier caricia.

Me acerqué sin decir nada, solo sintiendo el calor de su cuerpo irradiar hacia el mío. Estábamos a centímetros cuando extendió el brazo y me tocó. Primero la cintura, luego la espalda, y después sus manos grandes bajaron hasta mis nalgas con una firmeza que me hizo jadear. Su tacto era preciso, dominante, como si trazara cada centímetro de mi piel para poseerla, para marcarla.

—¿Esto es lo que quieres? —murmuró, con la respiración rozando mi boca.

Le respondí con la lengua, invadiendo su boca en un beso cargado de hambre cruda y necesidad acumulada. Nuestros labios se chocaron con fuerza, los dientes rasparon, las salivas se mezclaron, el sabor del otro se hizo uno solo, como si ya no existiera diferencia entre dónde terminaba yo y empezaba él. Su lengua era insistente, húmeda, dominadora, explorando mi boca con un ritmo que me hacía perder el equilibrio. Me aferré a sus hombros anchos, sintiendo los músculos tensos bajo mis dedos, y lo atraje más, hasta que mi cuerpo quedó completamente pegado al suyo.

Me levantó de un solo movimiento, sujetando mis muslos con fuerza, encajándome contra su cuerpo. Sentí su miembro duro, palpitante, presionando entre mis piernas, caliente incluso por encima del pantalón. Me restregué contra él, rozando mi sexo húmedo con esa rigidez que pedía entrar. Caminó conmigo en brazos y me arrojó sobre la cama, boca abajo, esparciendo mi cabello como si fuera un altar que estaba a punto de profanar.

Antes de que pudiera girar, se arrodilló detrás de mí y clavó los dientes en una de mis nalgas, mordiéndome con fuerza y arrancándome un gemido ronco. Sus manos separaron mis piernas con brutalidad deliciosa y su lengua encontró mi sexo de una vez, lamiendo despacio y profundo, deslizándose entre mis labios hinchados hasta alcanzar mi clítoris con la punta firme y precisa. Aspiré el aire entre los dientes, temblando, arqueando la cadera sin

poder evitarlo. Me saboreaba como si quisiera romperme de puro placer.

—Cem —susurré, casi suplicando, pero no se detuvo. Su lengua se movía rápido, luego lento, girando con presión hasta que mi cuerpo se contrajo sin control. Cuando estiré la mano para atraerlo hacia mí, me giró de espaldas y se quitó el pantalón de un tirón, liberando su miembro: grueso, erecto, palpitante. Mis ojos bajaron hasta él y mi boca se abrió, hambrienta.

Se subió sobre mí, apoyando las rodillas a ambos lados de mi cuerpo, y rozó la punta en la entrada de mi sexo. Estaba tan mojada que entró con facilidad, enterrándose de una sola estocada hasta el fondo, soltando un gemido ahogado que estalló contra mi cuello. Sus manos sujetaban mis caderas con fuerza, los dedos hundidos en la carne, marcándola. Las embestidas comenzaron fuertes, rápidas, punzantes. El sonido de nuestros cuerpos chocando llenaba el cuarto, solo opacado por los gemidos, la respiración agitada y los insultos susurrados entre besos.

Se inclinó sobre mí y atrapó uno de mis senos con la boca, succionando con fuerza, mordiendo el pezón entre lamidas húmedas. El dolor y el placer se mezclaron en un escalofrío que me atravesó por completo. Le agarré el cabello con fuerza, como si fuera el único ancla que me impedía derrumbarme.

—Más —gemí, con la voz entrecortada—. Dame más.

Cem me giró de lado, levantó mi pierna hasta apoyarla en su hombro y volvió a penetrarme con salvajismo. Cada estocada me arrancaba el aire de los pulmones. Mi piel ardía, los músculos se contraían, y mi sexo lo apretaba con tanta fuerza que parecía no querer soltarlo nunca. Cuando el orgasmo llegó, fue como un incendio interno, haciéndome temblar las piernas, arqueando el cuerpo, con un grito ahogado atrapado en la garganta mientras me deshacía debajo de él.

Cem siguió, incansable, como si solo pudiera detenerse al explotar él también. Su rostro estaba tenso, sudado, y sus ojos

clavados en los míos mientras su respiración se deshacía en gemidos bajos. Embistió más profundo, más fuerte, hasta que todo su cuerpo se estremeció con un último impulso violento, y entonces acabó, temblando, clavando los dientes en mi hombro, rodeándome con sus brazos fuertes como si el mundo fuera a arrancarme de él.

Nos quedamos así, unidos, pegados, respiración contra respiración y sudor contra sudor.

Aunque nadie dijera nada, nuestros cuerpos ya lo habían dicho todo: con brutalidad, con hambre, con una verdad que ninguna mentira ni ninguna huida podrían borrar.



Cem
ARSLAN

Capítulo 14

El día aún no había amanecido cuando me levanté. El suelo de cemento frío del búnker bajo mis pies era un recordatorio incómodo de que, por más seguro que fuera ese lugar por fuera, por dentro empezaba a desmoronarse. La luz azulada del amanecer se filtraba por las rendijas de la persiana metálica, proyectando sombras rígidas y fragmentadas contra las paredes desnudas de cemento. El techo bajo, reforzado con vigas expuestas, parecía más cercano esa mañana, como si hasta el aire pesara más. Tenía los ojos abiertos desde hacía horas, aunque el cuerpo suplicara por descanso. Dormir junto a ella había sido un error. Un error cálido, sudado, inevitable… e irreversible. Ivana dormía de lado, con el cabello suelto deslizándose sobre la almohada militar con la misma naturalidad con la que me arrastró hacia su propio caos. Su respiración era rítmica, casi tranquila, pero había tensión en sus músculos incluso dormida. Como si su cuerpo supiera que el

descanso era una mentira mal contada. Como si supiera que, al despertar, el mundo volvería a ser cruel.

Me puse el pantalón en silencio, dejando la camisa tirada sobre la silla metálica junto a la pared. Caminé descalzo hasta la diminuta cocina improvisada, donde la heladera portátil zumbaba bajo en un rincón. Llené un vaso con agua filtrada del bidón y me apoyé con la cadera en la encimera de acero, ignorando el café y los impulsos. La sed era de control, no de líquido.

Mis ojos recorrieron el búnker con precisión entrenada: cada rincón, cada mota de polvo fuera de lugar, cada señal de que alguien, en algún momento, podría habernos seguido hasta ahí. La noche anterior había sido demasiado intensa. Fui más allá de la misión, del escudo, de lo que me permití durante años. La toqué. Permití que me tocara de vuelta. Eso no era parte del protocolo. No era protección. Fue entrega, y no podía permitirme entregar nada.

Me senté frente a la vieja laptop que usamos solo cuando es necesario. Una máquina fría, funcional, equipada con un sistema de monitoreo y cifrado de emergencia offline, algo que solo un paranoico sabría configurar. Sin embargo, en ese momento, parecía latir bajo mis dedos, como si ella misma anunciara la amenaza. Tecleé los comandos de verificación, activé el escaneo del perímetro digital, revisé el historial del sistema interno de cámaras y de los sensores térmicos distribuidos alrededor del búnker. Al principio, todo parecía estar en orden, hasta que la pantalla parpadeó. Una IP externa había hecho un escaneo superficial del sistema unas dos horas antes. Disfrazado, casi imperceptible, como quien tantea los límites antes de invadir por completo. No fue un error. Fue una advertencia. Alguien allá afuera estaba tratando de localizarnos. O peor: ya lo había hecho.

Cerré la laptop con lentitud, como si el gesto mismo pudiera contener la intrusión. Respiré hondo, apoyando los antebrazos en las rodillas, con los pies firmes sobre el cemento helado. Tenía los puños cerrados, la mandíbula tensa y los pensamientos girando sin descanso.

A veces, llega un punto en el que la misión deja de ser una misión y se convierte en algo personal. Yo crucé esa línea. No cuando acepté protegerla, sino cuando la toqué como si fuera mía. Eso nos volvía vulnerables. Y en mi mundo, la vulnerabilidad era sinónimo de muerte.

Me levanté con el mismo silencio que me había acompañado durante toda la madrugada. Volví al cuarto y la encontré aún dormida, las sábanas sintéticas enredadas en sus piernas, la marca de mis dedos todavía visible en su cintura. La imagen me golpeó con una mezcla insoportable de deseo y arrepentimiento. Tenía que alejarla. No por desprecio. Porque tenerla cerca era como encender un fósforo en un barril de gasolina. Su presencia convertía el búnker en una trampa. Me acerqué a la cama más por impulso que por lógica y, por un segundo, solo uno, permití que mi mano rozara el contorno de su hombro desnudo. Su piel estaba tibia, viva, ajena a la tormenta que se formaba en el horizonte. El toque duró poco, pero fue suficiente para torturarme el resto del día.

Cuando despertara, yo ya me habría reconstruido. Otra vez blindado, frío, distante y preciso, como siempre fui. Como necesitaba volver a ser.

Con ese peso sobre los hombros, me dirigí a la pared oculta detrás del armario metálico. El celular de emergencia seguía donde lo había dejado, sellado dentro de una caja de plomo incrustada en el cemento, apagado desde hacía días. Lo tomé con la cautela de quien manipula dinamita y lo conecté a la red segura que Emir había configurado años atrás: un laberinto de cifrado que solo nosotros dos sabíamos navegar. La pantalla se encendió, pálida, casi reticente, como si hasta el aparato supiera que esa llamada no traería nada más que órdenes, y consecuencias.

Esperé a que la señal se estabilizara, luego marqué el número de uso restringido. El código silencioso sonó tres veces antes de que atendieran.

—Cem —dijo la voz al otro lado, antes de que yo dijera una sola palabra. La autoridad contenida en una sola sílaba era inconfundible. Mi hermano mayor. El hombre que había forjado su alma en el hierro de nuestra familia.

—Tenemos un problema —respondí, directo—. Alguien accedió a la red. Intentaron un escaneo externo. No fue amateur.

Hubo un breve silencio. Pude imaginar a Emir de pie en su oficina, los dedos entrelazados bajo el mentón, los ojos entrecerrados mientras proyectaba posibilidades en tiempo real. Él era así, un estratega que siempre veía cinco jugadas por delante. Pero ni siquiera él podría calcular la dimensión exacta de lo que Ivana cargaba.

—La Turgan se está moviendo —dijo al fin, con un tono más bajo—. Y ella sigue siendo una pieza demasiado expuesta. Sabes lo que tienes que hacer.

Esa frase cayó como plomo en mi pecho. Lo sabía. Por supuesto que lo sabía. El plan era simple: trasladarla. Llevarla a otro núcleo. Una de las casas seguras en Esmirna, donde quedaría bajo custodia del equipo legal hasta que decidieran qué hacer con los archivos. Un lugar neutro, frío e inhóspito. Donde ya no tendría voz. Ni cercanía. Ni a mí.

—¿Cuándo? —pregunté, aunque ya sabía que la respuesta estaba decidida.

—Hoy por la mañana. Estaremos listos para recibirla. —Emir no preguntó cómo estaba. No quiso saber sobre el trayecto ni las condiciones. Sabía que, conmigo, seguía respirando. Y eso era suficiente.

Guardé silencio por demasiado tiempo, tal vez. Porque su siguiente frase no vino como una orden, sino como un recordatorio:

—No te involucres, Cem. Sabes lo que está en juego.

La mano que sostenía el teléfono temblaba ligeramente, el tipo de temblor que nunca llega a la superficie. *No te involucres*. Como si ya fuera tarde. Como si su olor no siguiera impregnado en mi almohada. Como si no acabara de salir de una habitación donde su piel todavía guardaba las marcas de mis manos.

—Será entregada —dije por fin. La voz me salió demasiado firme, incluso para mí.

—Perfecto —respondió Emir—. Estamos enviando las coordenadas. Usa la ruta dos. Sin desvíos.

La línea se cortó.

Y con ella, algo dentro de mí también.

Cumplir la orden era lo correcto.

Pero por primera vez en mucho tiempo, lo correcto no me parecía ni de cerca lo más seguro.

La luz de la pantalla aún iluminaba la pared desnuda cuando apagué el teléfono y lo guardé de nuevo en la caja empotrada en el cemento. El búnker se sentía más cerrado, como si el cemento mismo hubiese escuchado cada palabra intercambiada con mi hermano. La promesa seca. La obediencia implícita. El cumplimiento del deber, incluso cuando todo en mí gritaba que no. Respiré hondo, pero el aire era demasiado denso. Olía a metal y frustración. La selva allá afuera parecía respirar conmigo, ahogando cualquier impulso de arrepentimiento antes de que siquiera naciera.

No dudé al cruzar el pasillo estrecho hasta el cuarto. La duda era un lujo que no podía darme, no cuando estaba a punto de entregar a una mujer que había dejado marcas en mí que ni el ejército fue capaz de dejar. Empujé la puerta con firmeza contenida. La luz del pasillo se derramó sobre su rostro, e Ivana ya estaba despierta.

Sentada al borde de la cama, con las sábanas hasta la cintura, me miró como si ya supiera. Los ojos verdes entrecerrados,

el cabello desordenado, la piel aún marcada de sudor y tacto. Por un segundo, un solo segundo, el recuerdo de la noche anterior me golpeó como una llamarada. El sonido de su respiración en mi oído, el sabor de su piel, la forma en que su cuerpo respondía al mío sin resistencia. Tragándome todo eso, hablé sin rodeos:

—Prepárate. Salimos de aquí en quince minutos.

Sin explicaciones. Sin razones. Era más fácil así.

No respondió de inmediato. Solo me sostuvo la mirada demasiado tiempo, como si intentara atravesar la coraza que me había vuelto a poner. La coraza fría. La máscara del soldado. Vi sus dedos apretar la sábana, los hombros tensarse. No era ingenua. Sabía que algo había cambiado.

—¿Por qué? —preguntó, con la voz baja y cortante.

—Es el protocolo —mentí, y aunque la voz sonó firme, por dentro se quebraba—. Detectamos movimiento. No podemos quedarnos.

Se levantó con lentitud, sin romper el contacto visual. Tomó la ropa de la silla y se puso la blusa con movimientos contenidos. Su cuerpo temblaba levemente, no de miedo, sino de indignación muda. Al pasar junto a mí, deteniéndose a la altura de mi hombro, susurró con voz seca:

—Me están transfiriendo, ¿no es así?

Guardé silencio. Negarlo era inútil. Confirmarlo, más de lo que podía soportar.

Ella rió. Un sonido breve, sin alegría. Luego siguió de largo sin mirarme, fue hasta la mochila junto a la pared. El cierre sonó demasiado fuerte en aquel ambiente denso, como un tajo. Ivana metió sus cosas con prisa, con una furia controlada. Al terminar, levantó el rostro hacia mí y dijo con una voz casi serena, esa serenidad que precede la guerra:

—Si solo soy un paquete, al menos dime eso mirándome a los ojos.

Me quedé inmóvil. El pecho me dolía, pero el cuerpo no se movía. Porque si daba un paso, si la tocaba otra vez, no iba a poder entregarla. Y tenía que hacerlo. Ya estaba decidido.

Así que hice lo de siempre. Me tragué el dolor, aparté el rostro y dije:

—Tenemos que irnos.

El sonido de la puerta al abrirse resonó como una sentencia. Y supe, en ese instante, que aunque su cuerpo aún estuviera allí… una parte de mí ya había empezado a sangrar.



Ivana YAZGAN

Capítulo 15

El asiento del auto era demasiado rígido. El cinturón apretaba mi pecho con una insistencia molesta, y el zumbido constante del motor se mezclaba con la furia sorda que rugía dentro de mí. La carretera frente a nosotros era una franja infinita de cemento pálido, recortada por árboles secos que cubrían las colinas. El cielo, aún sin decidirse por un color, parecía debatirse entre el azul y el acero.

Dentro del auto… el silencio era el arma más filosa.

Cem conducía con los ojos fijos en el asfalto, los hombros tensos, como si llevara un campo de batalla entero cargado en la espalda. No había dicho ni una sola palabra desde que me ordenó salir del búnker. Ni una mirada. Ni una explicación. Nada, y tal vez eso era lo que más me carcomía. Porque no era rabia lo que sentía. Era una especie de abandono envuelto en orgullo. Yo no había pedido ser protegida, no había solicitado refugio, y sin embargo, ahí

estaba: siendo transportada como una mercancía de alto riesgo, sin derecho a tener voz.

Mi mano se cerraba en un puño sobre la pierna, intentando contener el impulso de decir algo. Lo que fuera. Una provocación, una ironía, un grito. Pero la garganta estaba demasiado cerrada. Tal vez era el sabor de la noche anterior todavía ardiendo en las comisuras de mi boca. O la imagen de él dejándome sola justo después de haberme tomado con una intensidad que no combinaba con el abandono.

—¿Vas a seguir fingiendo que no me ves? —solté, sin apartar la mirada de la carretera.

No respondió. Solo apretó más fuerte el volante, haciendo que sus nudillos se volvieran blancos.

—Perfecto —murmuré, cruzándome de brazos—. Entonces así es. Una noche y luego el silencio. De verdad te tomas en serio eso de "misión cumplida".

Fue entonces cuando me miró: rápido, directo, cortante, pero sin decir nada.

Solté una risa amarga. Quería que me odiara, que me gritara algo de vuelta. Cualquier cosa era mejor que esta ausencia. Porque esta indiferencia no era protección. Era cobardía.

El auto aceleró en la siguiente curva. La vegetación del borde se distorsionaba a medida que avanzábamos, y estaba a punto de disparar otra frase envenenada cuando lo noté, algo no estaba bien.

—Cem, —lo llamé, más bajo.

Él ya lo había sentido.

Sus ojos estaban demasiado enfocados y sus músculos, aún más tensos. En un movimiento rápido, apagó el GPS y miró por el retrovisor.

—Abróchate bien el cinturón —ordenó, y esta vez, su voz venía cargada con algo que reconocí de inmediato: alerta.

—¿Qué pasa?

No respondió. Solo pisó el acelerador con violencia, haciendo que mi cuerpo se hundiera en el asiento.

Fue entonces que lo oí. El chirrido de neumáticos detrás de nosotros. Dos vehículos: negros, grandes, sin placas, aparecieron por el retrovisor como depredadores al acecho.

—Mierda… —gruñó, sacando un arma de debajo del panel con la misma naturalidad con la que se respiraba.

En cuestión de segundos, estábamos siendo perseguidos. La carretera se estrechaba y el primero de los vehículos ya se alineaba a nuestro costado. Alguien apareció por la ventana: encapuchado y armado.

Cem giró el volante con una precisión quirúrgica y nos lanzó por una salida lateral de tierra. El auto derrapó, volaron piedras, y mi cuerpo fue arrojado hacia un lado. Me aferré al respaldo con todas mis fuerzas.

—¡Agáchate! —gritó.

Me encogí en el asiento, tratando de contener el pánico que me subía por la garganta. Los disparos llegaron segundos después. Dos. Tres, Los impactos golpeaban la carrocería como si fuéramos un tambor perforado.

Cem frenó en seco y salió con el arma lista. El motor aún rugía cuando él ya estaba afuera, disparando contra el vehículo que intentaba rodearnos. No vi todo: solo destellos. El sonido seco de los tiros. Un grito ahogado de uno de los atacantes. El cuerpo de Cem en movimiento, letal, ágil, como una máquina de guerra. Rodó por el suelo, recargó, disparó de nuevo. Los neumáticos del auto enemigo estallaron. Uno de los hombres intentó correr. Cem lo alcanzó de un tiro en la pierna.

Yo temblaba. El pecho me subía y bajaba con fuerza. Pero mis ojos no pestañeaban.

Cuando todo se calmó, cuando los autos enemigos estaban inutilizables y los hombres, heridos o reducidos en el suelo, Cem volvió. Su rostro estaba sudado, cubierto de polvo, pero el arma seguía firme en su mano.

Abrió la puerta y me miró.

—¿Estás bien?

Debería haberle gritado. Golpeado. Dicho que no, que no lo estaba. Que estar ahí, en ese limbo entre protección y desprecio, me consumía más que cualquier emboscada. Pero solo pude asentir. Porque en ese instante, mientras volvía a manejar en silencio, me di cuenta de que el mundo allá afuera no era el único que intentaba destruirme.

Él también era un arma y yo… una mujer que ya no sabía si quería huir de él o caer de nuevo entre sus manos.

Condujo durante horas sin decir una palabra, con las manos firmes en el volante y la mirada fija en el camino como si estuviera hecho de algo más que cemento. Como si persiguiera una ruta invisible que solo él conocía. Yo también guardé silencio, no por rendición, sino por agotamiento. El ataque lo había revuelto todo dentro de mí: miedo, rabia, deseo, orgullo, todo mezclado en una masa densa que pesaba en el pecho.

Cuando el paisaje empezó a cambiar y los carteles dejaron de tener sentido, entendí que nos habíamos salido del plan. Y aunque mi boca quería preguntar, algo en su cuerpo me dijo que no era el momento. Cem respiraba como quien sostiene una cuerda estirada al límite. Como si una pregunta fuera suficiente para cortarlo por dentro.

El hotel apareció como una sombra entre la niebla: pequeño, antiguo, con luces amarillas que titilaban bajo un cartel que apenas

se leía. Frenó en la entrada de tierra y bajó del auto sin mirarme. Solo dijo:

—Toma tus cosas.

No protesté. Estaba demasiado cansada para discutir y demasiado alerta para fingir que eso era solo una parada más. El vestíbulo estaba vacío, cargado, con un olor agrio a lavandina mal disuelta. Cem habló con el recepcionista rápido y sin rodeos. Cuando volvió, me dio la llave sin siquiera mirarme. Solo dijo:

—Solo había una habitación disponible.

Me tragué la respuesta. Por supuesto que solo había un cuarto. Por supuesto que solo había una cama. Todo el universo parecía conspirar para empujarnos al borde del colapso.

Subimos sin decir palabra. El pasillo era angosto, alfombrado con moqueta gastada. El silencio entre nosotros pesaba más que los pasos. Cuando abrió la puerta, el cuarto era tal como lo había imaginado: paredes color beige sucio, cortinas pesadas cerradas, un armario con el espejo roto y una cama, grande, pero única.

Solté mi mochila en un rincón y fui directo al baño. No quería que viera cómo me temblaban las manos. Ni la forma en que la garganta se me cerraba con todo lo que quería decir y no podía. Abrí la canilla. Dejé correr el agua hasta que se puso tibia y me mojé la cara, intentando lavar no solo el polvo, sino también la rabia, el miedo, el olor de él que seguía pegado a mi piel.

Cuando salí, él ya había dejado las armas sobre el escritorio. Estaba de espaldas, de pie, mirando la cortina como si el mundo de afuera todavía intentara alcanzarlo, y quizá así era.

—Sé que te desviaste de la ruta —dije, cruzándome de brazos, apoyada en el marco de la puerta—. Sé que vamos a pasar la noche acá porque crees que estoy en peligro.

No se dio vuelta.

—¿Estoy equivocada?

—No —respondió, después de un silencio demasiado largo—. No lo estás.

—Entonces ¿por qué actúas como si yo fuera una carga?

Se giró despacio y había algo en sus ojos que me desarmó. No era frialdad. Era cansancio y culpa. Algo que dolía más que cualquier silencio.

—Porque lo eres —dijo con voz baja—. Una carga que me niego a soltar, y eso me vuelve peligroso.

Me quedé ahí, sin aire ni suelo. La verdad estaba tan desnuda como nosotros esa noche. Pero no había espacio para los sentimientos. Solo tensión, una cama y el tiempo escurriéndose entre nosotros sin piedad.

—Duerme del lado que quieras —murmuró, tomando la toalla y entrando al baño—. Solo cierra la puerta.

Me quedé en medio de ese cuarto mal iluminado, intentando entender por qué el mayor peligro no era lo que nos perseguía… sino lo que ya nos había alcanzado por dentro.



Capítulo 16

El baño olía a jabón neutro y a óxido viejo. El agua goteaba por mi cuello hasta empapar el borde del pantalón de jean, pero no me molesté en cambiarme. El cansancio se aferraba a mi cuerpo como una segunda piel, mezclado con el sudor seco de la pelea y la memoria reciente de sus dedos hundidos en mí mientras los disparos nos rodeaban horas antes. Podía soportar la sangre, el peso del arma, el rugido del motor a toda velocidad, pero lo que tenía clavado en el pecho era otra cosa. Algo para lo cual ni la guerra, ni el protocolo, ni las misiones me habían preparado.

Me lavé el rostro y salí del baño. La única luz encendida era la del velador junto a la cama. Ivana estaba sentada, dándome la espalda, hojeando una revista olvidada. Su cuerpo parecía tenso, con las piernas cruzadas y esa blusa fina que no abrigaba nada. No dijo ni una palabra cuando me vio. Por ahora, eso era mejor. No porque quisiera distancia, sino porque no tenía fuerzas para resistirme si se acercaba otra vez.

Tomé el celular de emergencia y caminé hasta la ventana. Corrí un poco la cortina gruesa que apagaba los ruidos de la calle. Necesitaba ese gesto. Ver el mundo afuera me hacía sentir menos atrapado. Marqué el código y llamé a Emir. Uno, dos, tres tonos hasta que atendió.

—Cem.

—Tuve que desviar la ruta —dije sin rodeos.

Del otro lado, el silencio bastó para saber que ya estaba recalculando todo.

—¿Por qué?

—Nos interceptaron. Dos vehículos. Intento de captura confirmado.

Pausa.

—¿Ella está bien?

Miré su reflejo en el espejo del armario. Tenía la mandíbula tensa y los ojos fijos en un punto inexistente.

—Sí.

—¿Dónde están?

—Fuera de la ruta. Estamos de paso.

—Tienes doce horas. Luego necesitamos la transferencia completa.

—Entendido.

Colgué antes de escuchar más.

Volví al sillón en el rincón del cuarto y me senté con los brazos cruzados, observando su sombra en la pared. El ventilador de techo zumbaba, pero no lograba cubrir lo que de verdad llenaba ese espacio: el silencio entre dos personas que se habían tocado más de la cuenta y dicho menos de lo necesario.

Ella se levantó sin hablar y cruzó el cuarto hasta su mochila. Buscaba algo, quizá un cargador, quizá una excusa para no mirarme. Pero la rigidez en sus hombros decía mucho más que cualquier palabra. La tensión seguía allí. Bastaba una chispa para que estallara.

—No debiste desviarte —dijo de espaldas—. Dejaste en claro que yo solo era un paquete. No tenías que hacer nada más que seguir el plan.

—¿Y dejar que nos atraparan en el camino?

—Nunca me diste opción —replicó, girando con los ojos encendidos—. Solo me arrastras de un escondite a otro como si mi existencia fuera un problema.

Me puse de pie despacio. Planté los pies en el suelo. La mandíbula tensa.

—Tu existencia es lo único que me está costando la poca cordura que me queda.

Ella parpadeó, sorprendida. Por un segundo, se rompió algo. Pequeño, casi invisible, pero real.

—Entonces… ¿por qué sigues aquí, Cem?

No contesté.

Porque ni yo mismo sabía si lo hacía por protección… o por adicción.

Seguía ahí, en medio del cuarto, respirando agitada, con la boca entreabierta y las palabras tambaleando en sus labios. La tensión era un campo eléctrico a punto de estallar. Y supe que si daba un paso, uno solo, no podría contenerme. Pero no hizo falta. Ella gimió cuando mi mano subió por su espalda, le agarró la nuca e inclinó la cara para dejarme entrar más profundamente.

Su cuerpo era una maldita adicción. Suave, cálido, perfilado por curvas que parecían diseñadas para provocar. Sus pechos

redondos me rozaron el pecho, haciéndome sentir sus pezones duros bajo la fina tela de su camiseta, que le arranqué sin preguntar. Toqué cada uno de ellos con las palmas abiertas, sintiendo su peso perfecto en las manos, y luego bajé la boca hasta su pezón izquierdo, chupándolo despacio, luego con fuerza, hasta que jadeó contra mi hombro. La forma en que arqueó la espalda cuando la mordí... me puso enfermo de deseo.

Quería más, lo quería todo.

Deslicé la mano entre sus muslos y sentí el calor de su sexo incluso antes de tocarlo. Cuando mis dedos se deslizaron dentro de sus bragas, encontré su sexo húmedo, palpitante y abierto como si me hubiera estado esperando desde la primera mirada que intercambiamos. Gimió suavemente, casi avergonzada de lo mucho que su cuerpo me deseaba. Pero ese sonido... ese sonido me destrozó.

—Penétrame —susurró, con la voz quebrada—. ¡Ahora!

Perdí el control. Le arranqué el resto de la ropa con las manos y la di vuelta, empujándola contra la pared. Ella apoyó las manos allí, jadeando, moviendo las caderas, y yo me arrodillé detrás de ella, besando cada curva de su culo, mordiendo lentamente el lateral de su muslo antes de lamerle el clítoris con avidez. Con cada movimiento de mi lengua, ella gemía más fuerte, temblorosa, gritando mi nombre entre suspiros que sonaban como sucias confesiones de placer. La sujeté por las caderas y la lamí por todas partes: desde el clítoris hasta la entrada, hasta que sentí que sus piernas flaqueaban y que su sabor se deslizaba por mi boca como una adicción líquida.

Cuando me levanté, me quité los pantalones a toda prisa y la penetré de una sola vez. Ella gritó y yo gruñí, porque aquel ajuste... era perfecto. Mi miembro se deslizó con facilidad, enterrándose profundamente, arrancándole más gemidos que me volvieron loco. La agarré del pelo, tiré de su cabeza hacia atrás y la penetré con fuerza, con embestidas largas y precisas, mientras le decía al oído lo

mucho que me volvía loco, lo mucho que soñaba con verla así, completamente rendida.

Luego le di la vuelta y la tiré sobre la cama. Me subí encima con todo mi cuerpo, besando su vientre, el interior de sus muslos, sus pechos de nuevo y la línea de su cuello... Temblaba debajo de mí, con los ojos vidriosos y las uñas arañándome los hombros como pidiéndome que fuera más profundo, más rápido, más rudo. Y lo hice. La tomé de nuevo, por delante, con los ojos fijos en los suyos mientras la penetraba profundamente y cada embestida le arrancaba nuevos gemidos, y cuanto más gemía ella, más la deseaba yo. Apoyé una de sus piernas en mi hombro y continué, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba a mi alrededor, cómo sus músculos internos se contraían mientras gritaba mi nombre.

—Eso es... —susurró, entre el llanto y el placer—. No pares... no pares...

La agarré por las caderas y la apreté más contra mí. Acabó con espasmos, apretando mi miembro dentro de ella con una intensidad que me arrancó un gruñido ronco. Mis dedos se clavaron en sus muslos mientras yo también acababa, penetrando hasta el fondo, con las caderas temblorosas y gotas de sudor cayendo por mi cuello. Nuestros cuerpos se desplomaron el uno sobre el otro, jadeantes, empapados, pero aun así... no era el final.

No para mí.

El cuarto giraba en una penumbra suave, iluminado apenas por la luz tenue del velador, proyectando nuestras siluetas entrelazadas sobre las paredes. La cama crujía bajo nosotros, y el aire estaba impregnado de todo lo que habíamos sido en esos minutos: deseo, piel, urgencia. Una tormenta que aún no terminaba de pasar.

Ella me miró con los ojos entrecerrados, la respiración aún agitada y los labios entreabiertos. Había un brillo cálido sobre su piel, en el arco de sus senos, en las clavículas, en la curva de su cintura. Me incliné otra vez hacia ella, besando su cuello, su pecho,

el centro de su abdomen. Murmuró algo entre dientes que no entendí por completo, pero que sonó a mezcla de súplica y desafío.

—¿No te cansas...? —susurró, con una sonrisa ladeada.

—¿De ti? Nunca —respondí, antes de tumbarme entre sus piernas y volver a sumergirme en su sexo húmedo y sensible, donde su sabor aún me volvía loco. Pasé la lengua lentamente, saboreando cada respuesta de su cuerpo. Sus dedos se enredaron en mi pelo, sus piernas se cerraron alrededor de mi cabeza. Gemidos bajos y continuos, dulces como el veneno. Tuvo otro orgasmo, estremeciéndose, hundiendo sus caderas contra mi cara y solo entonces me moví hacia arriba, besando cada parte de su piel en el camino, como un adicto al olor de su propia perdición.

Esta vez, la puse de lado, encajando mi cuerpo detrás del suyo, y volví a penetrarla, más despacio, más profundamente, con una mano entre sus piernas, estimulando su clítoris mientras la otra la sujetaba por las caderas. Ella gemía entre dientes, con la espalda apretada contra mi pecho y el pelo pegado a mi cuello.

—Cem... así... —gimió, con la voz quebrada, suplicando sin decirlo todo.

Agarré sus pechos por debajo, sentí la suavidad y el peso, los pezones aún duros, y aumenté el ritmo de mis embestidas. El sonido de nuestros cuerpos chocando llenó la habitación: húmedo, obsceno y necesario. Cuando volvió a acabar, su cuerpo se desplomó sobre el colchón, pero no me detuve. Continué, la puse boca abajo, me subí encima de ella y volví a penetrarla profundamente, sintiendo cómo se abría a pesar de estar agotada.

La cama crujía, el aire era tenue y el mundo exterior ya no existía.

Intentó darse la vuelta, pero le sujeté las muñecas por encima de la cabeza y le metí la verga, con fuerza, hasta que sentí que todo mi cuerpo perdía el control. Cuando acabé por segunda

vez, fue con la frente pegada a la suya, los ojos abiertos, viendo los suyos brillar de sudor, cansancio y deseo saciado.

Los dos estábamos temblando.

Incluso después de todo, otra vez, todas las capas de orgasmos y gemidos y calor, todavía había algo en mí que la quería más. Como si lo que nos destruyó... fuera exactamente lo que nos mantuvo vivos.

Caímos uno al lado del otro, jadeantes, las sábanas enredadas a nuestro alrededor, las almohadas en el suelo y el mundo entero suspendido en el filo entre la culpa y el deseo.

Ella cerró los ojos y yo me quedé allí, mirando al techo, sabiendo que había cruzado la última línea. Porque en ese momento... ya no podía renunciar a ella.



Ivana YAZGAN

Capítulo 17

El sonido que me despertó no fue el de la puerta ni el de la cama crujiendo. Fue la voz grave, apagada, al otro lado de la delgada pared del cuarto de hotel. Cem hablaba en voz baja, con ese tono contenido de quien dice lo que no debe decirse en voz alta. Por un instante, pensé que estaba soñando. Mis ojos todavía pesaban, todo el cuerpo me dolía por lo de la noche anterior: un dolor íntimo, bueno, punzante…

Giré el rostro en la almohada, sintiendo el corazón latir más rápido sin una razón clara, hasta que capté las palabras que me arrancaron el sueño de golpe:

—Emir, sí, logré despistar a los dos vehículos.

Pausa.

—No. Ella no lo sabe.

Otra pausa. Un ruido de frustración ahogado.

—Vamos a seguir con la transferencia. Fuera de Turquía. Solo necesito más tiempo. Unas horas.

Sentí el estómago revolverse, el cuerpo tensarse bajo las sábanas aún desordenadas con los rastros de él.

Fuera de Turquía...

La frase retumbó con fuerza, martillando en mi cabeza como una sentencia. Ni siquiera necesitaba escuchar el resto. Sabía exactamente lo que significaba: me estaban descartando, silenciando, sacando de la ecuación sin darme oportunidad de defenderme y, en el fondo, eso ni siquiera debería sorprenderme. Fui ingenua. Un error que nunca debí haber cometido. Confiar en los Arslan, ¿Cómo pude? Sabía quiénes eran. Sabía lo que hacían. No era solo sobre los enemigos de la familia. Sabía tanto de ellos como de Turgan. Sabía del derramamiento de sangre, de los negocios, de las transacciones que jamás serían documentadas de forma oficial. Sabía de los cuerpos que nunca serían encontrados y, aún así… caí.

¿Había sido real lo de anoche? ¿O solo un descanso conveniente entre deber y deber?

La respiración se me quedó atrapada en el pecho. Me levanté en silencio, con los pies descalzos tocando la alfombra gastada del cuarto, y me acerqué a la rendija de la puerta entreabierta que daba al pasillo. Cem estaba ahí, de espaldas a mí, con el celular en una mano y la otra cerrada a un lado del cuerpo.

—No. No voy a entregarla en persona. Hagan la interceptación durante el trayecto. Ella no puede asociar esto conmigo.

Las palabras me golpearon como un puñetazo. En ese instante, entendí que lo que sentía por él… ni de cerca era el peligro más real.

—Sí. Conozco las consecuencias.

Entonces colgó y volvió a entrar sin verme, se pasó una mano por el cabello corto como si pudiera lavarse la culpa con ese gesto. Di un paso hacia atrás, en silencio, y me recosté en la cama como si aún estuviera dormida. Cerré los ojos, controlé la respiración, pero nada dentro de mí estaba en calma.

Apretaba los dientes, y el sabor metálico de la traición me subía por la garganta como hielo. Mi cuerpo todavía ardía por sus caricias, sus besos, la forma en que me susurraba el nombre en la oscuridad, como si yo fuera algo que él quisiera conservar,

¿Y ahora? Ahora era un riesgo logístico. Una transferencia. Un archivo que debía ser eliminado con elegancia.

Él se sentó al borde de la cama sin decir una palabra. Tal vez pensaba que yo seguía dormida, o simplemente no tenía el valor de mirarme a la cara. Pero yo estaba ahí, despierta, escuchando todo y, si antes había miedo, en ese momento solo quedaba rabia.

El colchón se hundió bajo su peso cuando se sentó al borde de la cama. Sentí su mano rozar, casi sin querer, la curva de mi cadera bajo la sábana. Ese toque, que en cualquier otra circunstancia habría bastado para que me girara y me acurrucara en él, se había convertido en un ancla que me negaba a cargar.

Respiró hondo. Esa respiración pesada, densa, que ya había aprendido a reconocer como señal de que estaba tomando decisiones. Decisiones que, una vez más, no me incluían.

—Ivana —llamó, con la voz baja, casi ronca, como si midiera cada sílaba—. Tenemos que movernos. Pronto.

Fingí un movimiento lento, como quien se despierta. Parpadeé varias veces, acomodé el cuerpo, me aseguré de parecer somnolienta y vulnerable. Cuando, en realidad, cada célula de mi cuerpo vibraba en estado de alerta. Mi cerebro giraba, procesando posibilidades, rutas y riesgos.

—Está bien —respondí, con voz baja, fingiendo confusión—. ¿Qué pasó?

Él no contestó de inmediato. Se levantó, caminó hasta la mesa, recogió la pistola, revisó el cargador con ese mismo ritual meticuloso que yo ya había memorizado. Creía que yo no entendía lo que eso significaba. Creía que no veía los movimientos. Pero sí los veía. Yo sabía, sabía demasiado. Tanto de los Arslan como de Turgan.

Comprendí que, al final, no había una diferencia real entre ellos. Solo cambiaba quién sostenía la correa.

Confiar en ellos fue mi error más estúpido, pero creer en él, en Cem Arslan, con esos ojos negros que parecían devorarlo todo, incluso mis defensas, ese fue el error que iba a costarme más caro.

—Recibí una actualización —dijo, sin mirarme—. Tenemos que cambiar la ruta. Nos vamos antes de que anochezca.

Hablaba como si estuviera protegiéndome, como si todo fuera una simple operación de seguridad. No sabía que yo acababa de escucharlo planear mi entrega y que ya entendía que era una moneda de cambio, cuidadosamente envuelta.

—Está bien —murmuré, empujando la sábana y sentándome al borde de la cama—. Dame unos minutos para arreglarme.

Asintió sin siquiera mirarme. Ese gesto, tan pequeño, tan frío, me atravesó más que cualquier bala.

Mientras él organizaba nuestras cosas, revisando armas, documentos, dinero y ruta, mi mente trabajaba a toda velocidad.

Huir…

Necesitaba huir. Antes de que me entregara, antes de despertar esposada en algún avión privado, cruzando fronteras sin nombre, o de que lo que quedaba de mí desapareciera en el rastro de silencio que los Arslan sabían construir tan bien.

Mis manos temblaban ligeramente, pero las escondía mientras me ponía las zapatillas.

Mi mirada se enfocaba en cada rincón de la habitación: la ventana, la puerta, el pasillo y el estacionamiento que daba a la carretera. Tenía que esperar. Ser lo que ellos creían que yo era: pequeña, frágil, controlable. Pero no lo era.

—Diez minutos —avisó, arrojando la mochila sobre la cama—. Y nos vamos.

Asentí, tragando saliva. Mientras él me daba la espalda, entendí que amar a Cem Arslan nunca fue una posibilidad real. Solo fue otra sentencia. Y en ese momento, era hora de huir de ella.

—Solo necesito ir al baño antes de que salgamos —dije, con la voz en el tono más neutro que pude, metiendo las manos en los bolsillos como si no tuviera nada en mente más allá de lavarme la cara, peinarme y seguir el viaje como una buena rehén disfrazada de pasajera.

Cem ni levantó la vista. Estaba inclinado sobre el mapa abierto en el celular, escribiendo coordenadas, cruzando datos, ajustando la ruta, o, quién sabe, preparando mi propio secuestro.

Solo asintió con el mentón, ese movimiento seco que ya conocía tan bien. Ese lenguaje silencioso de quien se comunica más con el cuerpo que con palabras.

Atravesé la habitación, caminé hasta la puerta del baño y la cerré, girando la llave con un clic que, para mí, sonó como el estallido de una bomba.

Adentro, el olor a agua estancada, azulejos húmedos y jabón barato invadió mis fosas nasales. Apoyé las manos en el lavabo, respiré hondo y enfrenté mi reflejo en el espejo rajado. Mis ojos eran otros. Ya no quedaba rastro de aquella mujer que, horas atrás, gemía su nombre como si fuera una plegaria sucia. Solo quedaba una versión antigua de mí, que sabía exactamente lo que tenía que hacer.

Revisé la ventana. Pequeña, alta, pero no inalcanzable. El postigo estaba medio trabado, pero lo forcé con ambas manos hasta

que cedió con un chasquido seco. El corazón me latía con urgencia. Mis dedos resbalaban, pero reforcé el agarre, impulsé el cuerpo y subí, metiendo primero el torso, luego las piernas, raspándome la rodilla con el marco áspero.

Caí del otro lado con un golpe sordo. La tierra del área de servicio lastimó las palmas de mis manos. Por un segundo, permanecí inmóvil, esperando un grito, una señal de que él se había dado cuenta. Por suerte, eso no pasó. Solo se oía el ruido lejano de los autos en la carretera y el viento agitando las hojas secas.

Miré a ambos lados y corrí como quien huye de su propia condena. Crucé la parte trasera del hotel, pasé por una cerca de madera podrida y llegué al borde de la carretera, sintiendo el asfalto vibrar bajo mis pies. El sonido de los neumáticos cortando el viento era más fuerte que mi respiración.

Levanté el brazo y agité la mano, desesperada, al primer vehículo que apareció. Un camión de carga desaceleró con un chirrido de frenos, y el conductor, un hombre de mediana edad con una gorra descolorida y un cigarrillo colgando de la boca, bajó la ventanilla.

—¿Está todo bien, señorita? —preguntó, con desconfianza.

—Por favor. Lléveme con usted —mi voz tembló, pero no había tiempo para disimular—. Solo necesito salir de aquí. ¡Rápido!

Él me miró. Observó mi cuerpo de pies a cabeza. Vio el rasguño en la rodilla, la camiseta holgada, el cabello revuelto y esa mirada que no podía ocultar el pánico.

—Suba —dijo, destrabando la puerta.

No lo pensé dos veces. Entré, cerré la puerta de un golpe y, cuando el camión volvió a tomar la ruta, miré por el retrovisor externo, viendo el hotel quedarse atrás. El corazón me latía con tanta fuerza que sentía que iba a romperme el pecho. Mientras el mundo pasaba rápido del otro lado del vidrio, una sola frase se

repetía en mi cabeza, sin piedad: Amar a Cem Arslan fue mi error más peligroso y solo me queda sobrevivir.



Capítulo 18

El reloj del celular parecía burlarse de mí. Tres minutos. Cuatro. Cinco, y ella no volvía. El sonido de las cañerías, que debería estar goteando si realmente siguiera ahí, no se oía. Tampoco se escuchaban pasos, ni el chirrido de la puerta, ni el clic de la cerradura. Solo un silencio extraño,

Me levanté de la silla, sintiendo cómo los músculos del hombro se tensaban al instante, como si ya supieran que algo estaba mal. Golpeé suavemente la puerta con los nudillos. Dos veces, firme.

—Ivana —llamé, manteniendo el tono controlado—. ¿Todo bien ahí?

Nada. Ni una respuesta. Ni un ruido.

Esperé tres segundos. Tal vez cuatro, El tiempo suficiente para que mi respiración empezara a cambiar, para que ese viejo

instinto comenzara a zumbar en mi cabeza como una alarma ensordecedora.

Golpeé otra vez. Más fuerte.

—Ivana. —Mi voz ya no era tranquila.

Silencio.

La sangre me martillaba en las sienes y la mandíbula se me trabó. Di un paso atrás, respiré hondo y, sin pensarlo dos veces, arremetí con el hombro contra la puerta. El estruendo fue seco, la madera crujió y cedió en el segundo intento, abriéndose de golpe con un chirrido violento que rompió el silencio de todo el piso.

El baño estaba vacío. El olor encerrado de azulejos húmedos y productos de limpieza me golpeó primero. Mis ojos escanearon el lugar en fracciones de segundo: el lavabo vacío, la toalla tirada en el suelo y la ventana abierta…

Sentí el pecho hundirse.

Corrí hacia ella, abrí el postigo al máximo y miré hacia afuera. La piedrilla estaba esparcida, con marcas de pisadas borrosas y la cerca baja del fondo medio rota.

—¡Carajo! —Mi voz salió como un gruñido gutural, casi un grito ahogado—. ¡Mierda, puta madre!

Salté por la ventana sin pensarlo. Me rasgué las manos con el borde y los pies resbalaron en la tierra, pero caí de pie. Mi mirada rastreaba todo a mi alrededor y el corazón latía con la urgencia más pura. Corrí hacia el fondo, rodeé el estacionamiento, pasé la cerca, los arbustos secos y la basura amontonada en un rincón. Pero no había nada. Ninguna señal de ella. Ninguna sombra, ni respiración, ni una maldita pista.

Giré sobre mí mismo, buscando en todas direcciones, sintiendo el sudor frío bajándome por la nuca. El pecho me subía y bajaba como si acabara de salir de una persecución, pero el pánico venía desde dentro, no de afuera.

Se fugó. Me engañó y lo peor… *me dejó.*

—¡Mierda! —grité, pateando un balde de plástico tirado en un rincón, que voló y golpeó contra la pared con un estruendo seco.

Saqué el celular del bolsillo, con los dedos temblorosos, deslizándome por la pantalla. La cabeza me giraba. Necesitaba rastrearla, encontrarla, traerla de vuelta y, por encima de todo, entender por qué se había escapado *de mí.*

El teléfono me ardía en la mano como si estuviera hecho de hierro al rojo vivo. Deslicé el dedo por la pantalla, pero tardé más de lo necesario en buscar el número de mi hermano. Parte de mí me pedía no hacerlo. No darle esa información, no abrir esa herida ni soltarla sobre la mesa como si fuera un reporte más, un simple detalle logístico de una misión que se había desviado, pero no era solo eso.

Durante unos segundos, consideré… ocultarlo. Buscarla solo. Encontrarla antes de que se volviera oficial. Antes de que el error dejara de ser mío y pasara a ser nuestro, de la familia, de la operación, del maldito apellido que cargábamos.

Tal vez… solo tal vez, parte de mí lo deseaba por otro motivo. Un motivo al que me negaba a ponerle nombre. Uno que amenazaba con invadir espacios que nunca dejé que nadie pisara. Un motivo que, por un instante demasiado fugaz, se parecía demasiado *a un sentimiento*. A apego. A algo cercano a… no.

Corté el pensamiento como si cortara un cable a punto de explotar. No. Eso no era amor. No podía ser. No podía darme el lujo de confundir obsesión con emoción, protección con entrega. Ella era un riesgo, un objetivo y un peso que necesitaba neutralizar, no cargar.

Sin embargo, ya era tarde. Sabía que esperar unos minutos más sería ponerle una sentencia en la frente. Porque, desde el momento en que estuviera oficialmente fuera del radar, no tardaría

en atraer otras miradas. Y no todas eran como las mías. No todas querían protegerla.

Respiré hondo. El sonido del aire en mis pulmones se sintió pesado, sucio, más difícil de tragar que cualquier carga que haya levantado en la vida.

Marqué. Una. Dos. Tres llamadas. Emir respondió.

—Cem —su voz llegó firme, directa, sin espacio para rodeos —. Actualízame.

Cerré los ojos, apreté el celular contra la oreja como si eso hiciera todo menos real.

—Tuvimos… un problema.

El silencio del otro lado no fue una sorpresa. Pude imaginar a Emir sentado, con los dedos entrelazados y el rostro duro como piedra, esperando a que terminara de destruirme.

—Habla.

Tragué saliva, apretando la mandíbula hasta que oí mis propios dientes rechinar.

—Ella… —casi no podía decirlo—. Ella se escapó.

El silencio que vino después pesaba más que cualquier grito. Más ensordecedor que cualquier disparo.

—¿Cómo que se escapó, Cem? —su voz bajó el tono, cargada, peligrosa—. Decime que entendí mal.

Cerré los ojos. El nudo en la garganta me apretaba tanto que casi no me dejaba respirar.

—Se encerró en el baño. Salió por la ventana de atrás. El perímetro estaba limpio. Sin movimiento de vehículos, sin rastros claros. Estoy en el terreno. Ya revisé todo. —Respiré hondo, llevándome los dedos al puente de la nariz—. Desapareció.

Del otro lado, silencio. Pero yo lo sabía. Podía escuchar el rechinar de su mandíbula incluso a través de la línea.

—Tú… —su voz llegó más baja, cargada de decepción, de rabia, de incredulidad—. ¿Me estás diciendo que dejaste que la mujer escapara? ¿Después de todo, Cem?

Apreté el puño libre con tanta fuerza que los nudillos crujieron.

—Ya estoy en el terreno. Voy a encontrarla.

—Vas a encontrarla. Porque si no lo haces… —el tono bajó a ese registro que conocía demasiado bien. Ese tono que precedía órdenes que nadie podía rechazar—, Turgan la encontrará, y si eso pasa, ya no habrá nada que podamos hacer por ella.

Colgó.

El silencio volvió a tragarse todo.

Guardé el celular en el bolsillo, pasé las manos por el cabello y solté un grito ronco, ahogado, que se quedó atascado en la garganta, mezclado con un nombre que no me atrevía a pronunciar en voz alta.

Ivana…

Maldita sea.

Estaba perdida, pero no por mucho tiempo. Porque si tenía que poner esta ciudad de cabeza, recorrer cada calle, romper cada puerta, amenazar a cada maldito camionero que cruzara esta autopista…

No importaba lo que pasara, iba a encontrarla.



Ivana YAZGAN

Capítulo 19

El camión desaceleró, rechinando contra el asfalto viejo, hasta detenerse cerca de una estación de servicio aislada, de esas que parecen olvidadas en medio de la nada. El olor a diésel, caucho quemado y tierra seca invadió mis fosas nasales antes incluso de que abriera la puerta.

El conductor: un hombre callado, con una gorra descolorida y una mirada desconfiada; tiró del freno de mano y me miró, sin sonreír, sin preguntar nada más. Tal vez entendió, desde el primer segundo, que no era asunto suyo lo que yo hacía allí. Que las mujeres que aparecen en la carretera, con las rodillas raspadas, el cabello revuelto y los ojos llenos de pánico, no huyen de cosas pequeñas, y es mejor no involucrarse.

—Gracias, de verdad —dije en voz baja, pero firme—. Por detenerte. Por ayudarme.

Asintió, se quitó el cigarrillo de la boca, sacudió la ceniza por la ventana abierta y respondió, seco:

—Si alguien pregunta, nunca te vi.

—Nunca me viste —repetí, empujando la puerta.

Salté del camión, escuchando el crujido de la grava bajo mis pies. La mochila, demasiado liviana para alguien que se supone está cruzando fronteras, se sacudía sobre mi hombro, cargando un peso que no estaba en las cosas, sino en lo que llevaba dentro.

El camión arrancó, desapareciendo en el horizonte con el ronquido grave del motor mezclándose con el viento. Me quedé parada unos segundos, observando el lugar, intentando absorber el entorno. Estación vieja, dos surtidores de combustible, una cafetería decadente que parecía sacada de una película mala, y más adelante, una carretera de un solo sentido que se perdía en un horizonte seco. Ningún auto en ese momento, ningún sonido más allá del viento y el zumbido bajo del generador de la estación.

Respiré hondo. Mi pecho aún subía y bajaba al ritmo de la adrenalina, pero allí, necesitaba pensar. Rápido y con frialdad.

¿Cuáles eran los siguientes pasos?

Correr sin saber a dónde era suicidio. Necesitaba dinero, transporte y desaparecer de una forma que ni Cem, ni Emir, ni nadie fuera capaz de rastrear. Sabía que podían hacerlo y sabía de lo que los Arslan eran capaces, porque también sabía demasiado sobre ellos. No era solo Turgan. Nunca lo fue,

Por un segundo, su imagen cruzó mi mente. La forma en que me miraba en la oscuridad, cómo me tocaba, cómo decía mi nombre entre los dientes como si fuera algo valioso. *Como si yo fuera suya...*

Fue entonces cuando la rabia me golpeó con fuerza. No contra él, sino contra mí. Porque, en el fondo, sabía desde el principio que los Arslan no eran de fiar. Que jamás pondrían a una mujer por encima de la familia, del imperio y de las alianzas que

sostenían su nombre. ¡Fui estúpida! Lo suficientemente idiota como para pensar que podía ser distinto. Que él podía ser distinto. Que esa mirada, ese toque, esa obsesión, era amor.

Pero no lo era. No podía serlo. Estaba sola, otra vez, y esta vez era peor. Porque sabía exactamente en lo que me había metido, y aun así, lo hice.

Apreté los ojos y tensé la mandíbula.

¡No! ¡Basta! Ese fue el error. Un error que casi me mata...

Sacudí la cabeza y volví a mirar alrededor. Tal vez la cafetería decadente tuviera algo útil. Quizás un baño donde pudiera cambiarme de ropa, porque confiar en los demás era el tipo de lujo que nunca debí permitirme. Entonces, con una última mirada a la carretera, una única certeza me golpeó:

Si creen que pueden atraparme, van a aprender que sé correr. Y que nadie sobrevive tanto tiempo entre monstruos sin aprender a convertirse en uno también.

La campanita de la puerta tintineó cuando empujé el vidrio agrietado. El olor a grasa rancia, café recalentado y desesperación barata me golpeó de inmediato, como un puñetazo en el estómago. El ambiente parecía detenido en el tiempo, con dos mesas ocupadas: una por una pareja que no cruzaba más que miradas vacías, y otra por un hombre solo, masticando lentamente algo que parecía haber sido frito hace décadas.

Detrás del mostrador, una mujer de mediana edad, con el cabello teñido de un rubio grisáceo y cara de haber visto el infierno y vuelto, limpiaba una taza con un trapo sucio, como si ese acto fuera más un mecanismo de supervivencia que una necesidad real.

Mis ojos recorrieron el lugar con la precisión que se aprende a la fuerza. Revisé entradas, salidas, cámaras, patrones de movimiento, quién representaba una amenaza, quién podía ayudarme y, sobre todo, quién podría arruinarme.

La única cámara estaba sobre la caja registradora y no parecía funcionar desde hacía años. Las salidas eran la puerta principal y otra puerta lateral, medio escondida, que probablemente conducía a la cocina o a un depósito. Las personas allí, no prestaban atención a nadie. Gente demasiado ocupada lidiando con su propia miseria como para interesarse en la de los demás.

Perfecto.

Me acerqué al mostrador con la mirada baja, como quien quiere volverse invisible.

—¿El baño? —pregunté con voz neutra y controlada.

La mujer levantó el mentón, me miró de arriba abajo, evaluándome… Observó mis rodillas raspadas, la camiseta ancha, el cabello desordenado, y suspiró como si estuviera cansada de preocuparse.

—Al fondo. Puerta de la derecha.

Asentí y seguí sin mirar a mi alrededor. Mis manos todavía temblaban, pero me esforzaba por mantenerlas firmes. Me estaría mintiendo si dijera que ya no estaba nerviosa, y si había algo que no podía permitirme, era engañarme a mí misma…

Pensar en eso hizo que el nombre de Cem apareciera en mi mente, pero me obligué a borrarlo con todas mis fuerzas.

En el baño, cerré la puerta con llave y apoyé la espalda contra ella, dejando escapar el aire en un suspiro que parecía llevarse la mitad del peso que cargaba.

El espejo agrietado mostraba una versión de mí que apenas reconocía: sucia, con el cabello enmarañado, los ojos hundidos, rojos, llenos de rabia y adrenalina. Pero viva y libre, al menos por ahora.

Abrí la mochila y la revolví por completo. Saqué una camiseta cualquiera, vieja, negra, sin estampado, y un pantalón de jean arrugado. Me quité la ropa sudada y la tiré a la basura. Me até el

cabello en un moño desordenado, me lavé la cara y estiré el cuello de la camiseta hasta verme un poco distinta. Lo suficiente como para no ser reconocida de inmediato.

En un lateral interno de la mochila, dentro del forro rasgado a propósito, saqué un pequeño fajo de billetes enrollados y sujetos con una banda elástica. Era todo lo que tenía. Todo lo que quedaba de los años en los que aprendí que confiar en cualquier sistema, banco o cosa digital, era cavar tu propia tumba.

₺19.480,00.

Contado, separado en billetes grandes y pequeños, preparado exactamente para emergencias como esta. No era mucho, pero alcanzaba al menos para desaparecer un tiempo.

Salí del baño y caminé hasta la caja. La mujer alzó la vista, entrecerrando los ojos, analizándome como quien mide si vale la pena meterse en el problema de otra persona.

—¿Pasa algún transporte por aquí? —pregunté, forzando un tono casual, como si hiciera eso todos los días—. Un autobús, una van, lo que sea.

Ella mordió la punta del cigarrillo apagado entre los labios, pensó unos segundos y respondió:

—Pasa un autobús de línea a las diez, pero es arriesgado. Mucha inspección. Si quieres, a veces paran unas vans en la carretera. Clandestinas. ¿Adónde vas?

—A cualquier lugar lejos de aquí —respondí, sin dudar.

Me miró unos segundos más, luego se encogió de hombros.

—Entonces espera afuera. Mantente atenta a la ruta. Si tienes suerte, alguien se detiene.

Asentí y pedí un café. No porque lo quisiera, sino porque quedarme ahí sin consumir llamaría más la atención que cualquier

fuga. Me senté en la mesa del fondo, junto a la ventana, y observé. La gente iba y venía... *camioneros... rostros indiferentes...*

Mi cerebro giraba, mapeando salidas, evaluando cualquier sombra sospechosa, cualquier movimiento fuera de lugar. Porque sabía que el reloj corría, que él… *Cem…* ya estaría buscándome, y esta vez, no podía permitir que me encontrara.

Está bien. Entonces ¿qué sigue? ¿Autostop? ¿Autobús? ¿Robar una moto si hace falta…? Desaparecer en lo que sea que me vuelva polvo.

Por encima de todo, una certeza martillaba en el fondo de mi mente:

No puedo ser encontrada. Ni por Turgan. Ni por los Arslan. Y, sobre todo… por Cem.

Porque si él me encontraba, no sabía qué me mataría primero: si la bala, la cárcel o lo que todavía quedaba entre nosotros dos.

El café estaba amargo, débil, y probablemente viejo desde la mañana anterior, pero mantuve la taza entre las manos como si sostuviera una excusa, un disfraz. Observaba la ventana sin pestañear, con la mirada clavada en el flujo inconstante de la carretera.

Durante algunos minutos, nada. Solo el sonido del viento empujando hojas secas sobre el asfalto y el zumbido distante de motores que no se acercaban. El pecho subía y bajaba con un ritmo extraño, entre la calma forzada y la ansiedad que me carcomía por dentro.

Hasta que lo oí.

Primero un rugido grave de motor, luego las luces bajas recortando la curva de la ruta. Una van vieja, blanca, con la pintura descascarada en los costados, desaceleró cerca de la carretera. Las

ruedas temblaron al detenerse frente a la estación. En el parabrisas, un cartel de cartón escrito a mano con marcador negro:

"Konya – Aksaray – Niğde"

Respiré hondo. El corazón me latía en la garganta.

Perfecto. Ni tan cerca de Estambul como para llamar la atención, ni tan lejos como para parecer una huida desesperada, pero sí lo suficientemente lejos para ganar tiempo.

Me levanté de la mesa, dejé unas monedas y ajusté la mochila al hombro. Me acerqué con cautela, observando. El conductor: un hombre de unos cincuenta años, delgado, con barba gris y un cigarrillo colgando del labio, conversaba con otro pasajero sentado en los asientos delanteros. Adentro, dos mujeres mayores y un chico de unos diecinueve o veinte años, con gorra, mirando el celular, desconectado del mundo.

Me detuve al lado de la puerta abierta y el hombre me miró de arriba abajo, evaluando como quien ya sabe que la gente que aparece así, en medio de la ruta, no va exactamente de visita familiar.

—¿A dónde, señorita? —preguntó, mordiendo el filtro del cigarrillo, con los ojos entrecerrados.

—Hasta Niğde —dije sin pensarlo—. Si es posible.

Me observó un segundo más, luego golpeó el tablero, como quien cierra un trato sin demasiadas vueltas.

—Doscientos —respondió seco—, en efectivo.

Metí la mano en la mochila, saqué el dinero y se lo entregué sin discutir. Lo contó rápido, lo metió en el bolsillo de la chaqueta y abrió más la puerta.

—Sube.

Asentí.

El olor dentro de la van era una mezcla de gasolina, cuero viejo y cigarrillo. Me senté en el asiento del medio, junto a la ventana, abrazando la mochila contra el pecho como si eso pudiera protegerme del mundo, o de mí misma.

El conductor cerró la puerta, pisó el acelerador y la van retomó la carretera, ganando velocidad, dejando atrás la estación, el café, mi última oportunidad de volver atrás.

Mirando por el espejo lateral, vi el cartel de la estación volverse pequeño hasta desaparecer en el horizonte, y con él, todo lo que había vivido. Todo lo que aún me ataba. Todo lo que todavía, tercamente, se parecía a él. *A Cem…*

Por primera vez, entendí con absoluta claridad que no podía confiar en nadie.

Si quieren atraparme… que lo intenten. Porque no voy a caer fácilmente.



Capítulo 20

El sonido del motor parecía retumbar directamente dentro de mi cráneo, latiendo al mismo ritmo que la pulsación que golpeaba en la base del cuello. Mis manos apretaban el volante con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos, casi entumecidos. Tenía la mandíbula trabada, los dientes apretados, el pecho subiendo y bajando como si el aire se hubiera vuelto más denso, más pesado, imposible de inhalar.

Ella escapó… de mí. Sin siquiera dar una maldita explicación. *¿Por qué?*

Esto ya no tenía que ver con Emir, ni con proteger información, ni con la seguridad o el maldito protocolo. *Era personal…*

Deslicé los dedos por la pantalla del tablero, revisando cámaras de carretera, peajes, rastreo de matrículas, pero nada. Ni una señal. Ni una sombra. Ella sabía cómo desaparecer. Ivana

conocía las reglas de este juego mejor que nadie, porque vivió demasiado tiempo huyendo de hombres como yo.

Apreté la radio.

—Quiero todo el perímetro cubierto, los últimos cinco kilómetros —gruñí—. Revisen estaciones, camiones, furgonetas, lo que sea que se haya detenido por aquí en las últimas dos horas.

Del otro lado, la respuesta fue automática:

—Entendido.

Pero yo ya sabía que no iba a ser fácil. Ivana no era cualquier civil en pánico. No era solo una chica escapando de un ex. Estaba entrenada, quizás no para matar, pero sí para sobrevivir. Y eso siempre ha sido más peligroso.

Miré alrededor, con las manos temblando, no de miedo, sino de frustración. La estación seguía ahí, quieta, inmóvil, con ese maldito olor a gasolina y café rancio impregnando todo. Bajé del auto, cerré la puerta con un portazo más fuerte de lo necesario y entré a la cafetería.

La mujer del mostrador levantó la vista, arqueando una ceja mientras masticaba la punta de un cigarrillo apagado.

—Viste a una mujer —dije con la voz más dura que el acero —. Jeans, camiseta negra, cabello castaño recogido, mochila pequeña.

Ella se mordió el interior de la mejilla y cruzó los brazos.

—Hoy vi a mucha gente —respondió, seca.

Apreté los dientes. Cerré el puño.

—No juegues conmigo —Di un paso al frente, bajando la voz a ese tono grave, áspero, que cualquiera reconoce como una advertencia—. Respóndeme.

Respiró hondo, sostuvo mi mirada, y soltó:

—Subió a una furgoneta. Una vieja. De esas que ni deberían circular ya. Iba para Niğde, Aksaray, tal vez más lejos. —Entrecerró los ojos—. No le pregunté el nombre. Ni a dónde iba. Ni quiero saberlo.

El pecho se me infló. La mandíbula se me trabó hasta doler.

Volví a presionar el botón de la radio.

—Rastreen furgonetas clandestinas en la ruta 300. ¡Ahora! Quiero confirmación de cualquier salida del perímetro en las últimas horas.

La radio chisporroteó.

—Copiado.

Regresé al auto, cerré la puerta mientras sentía que el control se me escurría por una rendija tan estrecha que ya ni sabía si seguía sujetándolo o si estaba a punto de reventarlo.

Porque ella me estaba desafiando, humillando, volviendo loco, y en ese instante supe con una claridad brutal, imposible de negar, que ya no se trataba solo de capturarla.

Era hacerle entender que, por más que supiera correr, por más que fuera buena escondiéndose, nadie se escondía de mí.

Especialmente... ella.

***

El olor de la carretera se volvía más ácido, sucio e irritante con cada kilómetro que avanzaba. Polvo, aceite quemado, gasolina, y esa maldita sensación de que ella estaba ahí, lo suficientemente cerca para sentirla, pero lo suficientemente lejos para escurrirse una vez más.

Mis manos apretaban el volante como si pudiera arrancarle respuestas. La radio del tablero zumbaba con actualizaciones inconexas, información incompleta, voces que iban y venían.

Ninguna decía lo que necesitaba escuchar. Ninguna decía: "Está aquí".

Saqué el teléfono satelital, ese que ni los fantasmas de la red podían rastrear. Marqué rápido. Una, dos, tres llamadas. Él contestó.

—Tufan —dije, seco—. Necesito ojos en la ruta 300. Salida hacia Niğde. Quiero todas las cámaras, todos los conductores, cada maldito peaje, estación, restaurante, taller o motel.

La risa corta del otro lado no me sorprendió.

—Creí que tú no cazabas mujeres, Cem —La voz era arrastrada y cínica.

—No cazo mujeres —gruñí—. Cazo problemas. Y este, es grande. —Hice una pausa—. Te pago el doble. Tú me das pistas, yo te lleno de dinero.

El silencio que siguió fue respuesta suficiente.

—En cinco minutos te llamo.

Corté la llamada y aceleré.

La aguja del velocímetro casi tocaba el rojo. Mis ojos estaban clavados en la carretera, pero mi cabeza giraba aún más rápido. Sabía que ella no tomaría una ruta obvia. Ivana conocía bien cómo funcionaban los controles. Evitaría peajes, tomaría atajos, desvíos, senderos que ya ni aparecían en los mapas.

Me detuve en un cruce, sobre la banquina. Bajé del auto. La mano se fue instintivamente al arma en el costado. Miré alrededor. Dos furgonetas viejas, una tienda, una cafetería en ruinas.

Entré en la cafetería.

El encargado era un chico flaco, con una camiseta manchada y ojeras tan profundas que parecían cavar su propia tumba.

—¿Viste a una mujer por aquí? —pregunté con un tono áspero, exigente—. Jeans, camiseta negra, cabello castaño recogido, mochila pequeña.

El chico me miró. Dudó, y en ese microsegundo de duda, ya sabía que la había visto.

Me acerqué lo suficientemente despacio para que entendiera que, si no respondía, iba a meterse en problemas.

—No sé… —balbuceó, y mi mano golpeó el mostrador con fuerza, haciéndolo dar un salto.

—Mírame —le incliné la cara, sujetándole el mentón con dos dedos—. No te estoy preguntando. Te estoy dando una oportunidad de seguir vivo. ¿La viste o no?

Tragó saliva, con los ojos bien abiertos.

—S…sí. Paró acá, sí. Preguntó si había transporte.

—¿Y en qué se fue?

—En moto. —El tipo abrió más los ojos—. Un hombre, no sé quién. Paró a cargar combustible y ella fue hasta él. Hablaron, él aceptó llevarla. Pero te juro, no escuché a dónde iban. ¡Lo juro!

Hundí la mandíbula, respiré hondo, tragándome las ganas de estrellarlo contra la pared.

Saqué un billete y lo tiré sobre el mostrador.

—Esto nunca pasó.

Salí bufando.

Tomé la radio.

—Amplíen el radio de búsqueda. ¡Ya! Está usando transporte alternativo. Moto, camión, lo que sea que no esté registrado. Revisen todo. Quiero caras, quiero rutas, quiero cualquier sombra que haya dejado.

La radio chispeó.

—Recibido, señor.

Pero, en el fondo… En el fondo, ya lo sabía.

Ella es buena. Demasiado buena, ¡Mierda!

Ivana sabía cómo desaparecer, cómo borrar huellas, cómo camuflarse, y sabía exactamente cómo escapar de hombres como yo. ¡Carajo! Eso me estaba carcomiendo por dentro, desgarrándome, sacándome de mí mismo.

Porque cada kilómetro que avanzaba sin encontrarla, era una confirmación más de que, por primera vez, estaba dos pasos detrás. Y eso, para mí… era inaceptable.

El celular vibró en el bolsillo como si fuera una bomba a punto de estallar. El nombre en la pantalla me heló la sangre. *Burak Arslan. Mi padre. Mi jefe…* El hombre capaz de convertir cualquier conversación en sentencia, y cualquier silencio, en ejecución.

Atendí.

—Cem —Su voz pesó sobre mis hombros como una maldita losa de cemento—. Explícame qué está pasando. Elige tus palabras con cuidado.

Cerré los ojos un segundo, respiré lento, sujetando la mandíbula para no rechinar los dientes.

—Tuvimos una ruptura de protocolo y ella escapó —dije con la voz baja, firme, controlada.

Silencio. Y después, ese tono que conocía desde chico: cuando los retos dejaron de ser por malas notas y pasaron a ser sobre lealtad, honor y negocios donde no hay margen para errores.

—Lo entiendes, ¿no, hijo? —la voz bajó una octava, más cargada, más pesada—. Ella sabe demasiado.

Apreté el puño. El nudo en la garganta subió.

—Estoy al tanto.

—No, Cem —interrumpió, seco, cortante—. No estás. Si lo estuvieras, ella no estaría suelta. —El sonido de un vaso apoyado con fuerza sobre una mesa retumbó por la línea—. ¿Entiendes lo que

ella carga? ¿Lo que vio? ¿Lo que sabe? Esto puede arruinar años de trabajo, negocios, socios, lavados, contratos, nombres que ni imaginas, Cem. No tienes idea hasta dónde llega esto.

Mi pecho subió y bajó una, dos, tres veces. El aire dolía al entrar.

—Estoy manejándolo —respondí seco, manteniendo el tono, respirando entre dientes.

—No —la palabra cayó como una sentencia—. No lo estás. Porque si lo estuvieras, ella ya estaría camino a Izmir, como se había planeado. Pero no lo está… —Y entonces se hizo ese silencio espeso, denso, hasta que remató—: Si ella habla. Si escupe aunque sea el 10% de lo que sabe, se terminó.

Las manos me temblaban, pero lo oculté. No podía mostrar ni una grieta.

—Ya llamé a dos hombres de confianza. —Su tono se endureció por completo—. Si en veinticuatro horas no está en tus manos, Cem, deja de ser tu problema y pasa a ser el mío.

Cerré los ojos. El estómago se me dio vuelta.

Deja de ser tu problema…

Yo sabía lo que eso significaba. Era una orden de ejecución. Un cuerpo perdido en algún valle sin nombre.

—No es necesario —mi voz era baja, contenida, pero con una tensión que ardía en la garganta—. Yo lo voy a resolver.

Silencio.

—Tienes veinticuatro horas —dijo, finalmente—. O lo resolveré yo.

La llamada se cortó.

Me quedé ahí, quieto, con el teléfono todavía pegado a la oreja, mirando mi reflejo en el vidrio del tablero del auto. Mi rostro

estaba tenso, la mandíbula apretada, y los ojos, negros, hundidos, consumidos por algo que ya no sabía cómo nombrar.

Ella ya no era solo una mujer escapando. Se había convertido en una sentencia colgando de un hilo demasiado fino.

Si no la encuentro, si no lo resuelvo, mi propia familia hará lo que siempre ha hecho. La limpiarán. La borrarán. La arrancarán del mapa como si nunca hubiera existido.

Y esa idea… apretaba mi pecho de una forma que ni la guerra, ni los disparos, ni la muerte habían logrado antes.

Porque esta cacería ya no era solo personal. Era una carrera contra todos.



Ivana YAZGAN

Capítulo 21

Bajé del autobús abrazando la mochila contra el pecho, como si fuera una extensión de mi propio cuerpo. La tela ya estaba gastada, sucia, olía a polvo, gasolina y miedo. Cada paso sobre ese empedrado irregular pesaba más de lo que debía, como si el mismo suelo quisiera recordarme que yo no pertenecía a ese lugar, que no encajaba, que todo lo que era, todo lo que cargaba, estaba fuera de contexto.

Mis ojos recorrieron la plaza principal con la misma precisión que aprendí a desarrollar la primera vez que tuve que huir de algo, o de alguien. Bancos de madera astillada, postes oxidados, una tiendita en la esquina opuesta, una farmacia, una gomería, una iglesia en el centro que parecía más una maqueta que un templo. Autos viejos, voces dispersas, pasos apresurados de gente que ni se daba cuenta de que, en ese mismo momento, yo estaba ahí, mezclada, escondida al aire libre.

El nombre falso salió de mis labios con una naturalidad que asustaba. No tuve que pensarlo, ni dudar. Ya no era Ivana la que estaba ahí, ni la mujer que, hasta hacía pocos días, todavía creía que el peligro terminaba en los límites de Turgan. Sabía, desde el instante en que escapé de aquella habitación de hotel, que ya no se trataba solo de ellos.

La mujer de la pensión apenas levantó la vista. Estaba sentada detrás de un mostrador viejo, rodeada de papeles, tazas de té a medio terminar y cuentas vencidas. Sus ojos se deslizaron por el documento falso que le pasé sobre la madera y, por un segundo, sentí que el corazón se me detenía. Pequeñas grietas en la pared, el tic-tac de un reloj descompuesto que ya no seguía el tiempo real, y ese silencio… ese silencio de quien ve algo que no encaja, pero que por pereza o cansancio elige ignorar.

Me entregó una llave oxidada, colgando de un pedazo de madera astillada con el número cuatro grabado a mano.

—Último del pasillo. Escalera a la derecha —murmuró sin emoción, sin mirarme siquiera—. Baño compartido. Si quieres una toalla, tienes que pagarla.

Asentí, sujetando la mochila con más fuerza, y seguí el camino que me indicó. Cada paso sobre el piso de madera crujía como un aviso. Cada crujido sonaba como un grito mudo de que yo estaba ahí. Presente. Visible. Frágil.

Cuando empujé la puerta del cuarto, lo primero que me golpeó fue el olor. Madera vieja, humedad, polvo acumulado y esa mezcla agria de productos de limpieza vencidos con el sudor de decenas de otros rostros que, antes que yo, probablemente también estuvieron huyendo de algo, o de alguien.

La habitación era pequeña. Simple. Una cama individual contra la pared, con un colchón demasiado delgado, cubierto por una sábana descolorida que había tenido días mejores. Una cómoda torcida. Una ventanita con vista al callejón trasero: estrecho, lleno de basura, cajas de cartón apiladas y un silencio incómodo que

parecía vibrar en el aire, como si ni el viento se animara a pasar por ahí.

Dejé la mochila en el suelo, cerré la puerta detrás de mí, y recién entonces me permití soltar el aire que venía conteniendo desde que bajé del autobús. Las manos seguían temblando. El cuerpo entero vibraba en un estado constante de alerta, como si cualquier ruido, cualquier sombra, cualquier voz fuerte, fuera la señal del fin de esta huida.

Me acerqué a la ventana, la empujé hasta que se abrió con un chirrido agudo y respiré el aire de afuera. Pero ni el olor de la calle, ni el viento tibio, ni el sonido distante de motos y pasos aliviaron el nudo en el pecho. Porque, en el fondo, sabía que eso no era libertad. Era solo una pausa entre ser capturada… y ser encontrada.

Mirando ese cielo nublado, esa ciudad que no sabía mi nombre, una sola frase martillaba en mi cabeza, una y otra vez, como un mantra sucio, cruel y real: *él va a encontrarme.*

Porque si hay algo que aprendí sobre los Arslan… es que siempre encuentran.

Por más que quisiera sentir rabia, lo que ardía por dentro era algo peor… *decepción*. No con él, sino conmigo. Me sentía traicionada, sí, pero la verdad cruda era que fui tan estúpida como para creer que Cem pondría cualquier cosa por encima de los intereses de su familia. Que me elegiría, que me protegería. Pero los Arslan no aman gratis. Aman como luchan: con dominio, con estrategia… y con consecuencias.

Tardé más de lo que debía en salir de esa habitación. Me quedé sentada al borde de la cama, los codos apoyados en las rodillas, las manos sosteniéndome la cabeza, como si eso bastara para evitar que explotara. El silencio no ayudaba. En realidad, lo hacía todo peor: llenaba el espacio con ese zumbido molesto del propio corazón latiendo más fuerte de lo que debería, del cerebro golpeando pensamientos en espiral, sin tregua.

Pero quedarme ahí, quieta, era una sentencia… si no de muerte, al menos de locura.

Me levanté, me puse la mochila, respiré hondo y empujé la puerta, dejándola cerrarse detrás de mí con ese chirrido áspero que sonaba más fuerte de lo necesario, como si hasta las paredes quisieran recordarme que yo no pertenecía a ese lugar. Bajé las escaleras despacio, observando todo. Cada detalle, rendija y posible vía de escape.

Afuera, la ciudad seguía su propio ritmo, uno que para mí ya no tenía sentido. ¿Cómo era posible que la vida siguiera, que la gente simplemente continuara existiendo, sonriendo, cruzando calles, comprando pan, cargando bolsas, discutiendo de fútbol en la esquina, mientras mi mundo entero se derrumbaba? Mientras cada célula de mi cuerpo vibraba en estado de alerta, como si me fueran a arrancar la piel en cualquier momento.

Crucé la plaza con pasos medidos. Cada mirada que se cruzaba con la mía me parecía más larga de lo normal, más curiosa de lo aceptable. En mi cabeza, todos sabían. Cada rostro desconocido parecía llevar una pregunta no dicha: *"¿Qué hace ella aquí?"*. Y, aunque sabía que parte de eso era paranoia, la otra parte, la que sobrevive, no podía darse el lujo de ignorar su propia intuición.

Caminé hasta el mercado, no porque necesitara muchas cosas, sino porque necesitaba ser vista. Ser recordada, pero de forma neutra. Camuflada en la rutina de cualquier persona normal. Tomé pan, una botella de agua y algunas frutas. Compré una revista cualquiera, de esas que nadie lee. El cajero me miró, evaluó mi rostro, mis gestos, como hace cualquier empleado en un pueblo cuando ve a alguien que no conoce.

—¿Está de paso? —preguntó, con ese tono casual que, al mismo tiempo, es la forma más inocente e invasiva de entrometerse.

Sonreí con ese gesto que aprendí a usar para momentos así: falso, educado, perfectamente construido.

—Vine a cuidar a una tía. Está enferma —mentí, deslizando las monedas sobre el mostrador.

Asintió, sin más preguntas. Como si con eso fuera suficiente. Y ahí entendí algo que ya debería haber tenido claro: la gente no quiere la verdad. Solo necesita una excusa creíble para no tener que involucrarse.

Salí del mercado y seguí caminando, cruzando calles, observando, mapeando. Vi una cafetería modesta, de esas que venden café, sándwiches y platos del día. En la ventana, un cartel: "Se busca ayudante. Medio tiempo". El tipo de trabajo que cualquier pueblo ofrece a quien esté lo suficientemente desesperado para aceptarlo.

Lo anoté mentalmente. Tal vez, si necesitaba quedarme más de unos días, iba a necesitar dinero. Más que eso, iba a necesitar una rutina, un disfraz, algo que me volviera invisible a ojos ajenos.

Seguí hasta la farmacia. Entré y compré un kit básico: pasta de dientes, cepillo, jabón y champú. La mujer en la caja me miró igual que todos: con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Al final, sin embargo, estaba más interesada en su propia vida que en la mía.

Salí y me senté en un banco de la plaza, observando el flujo de la ciudad. Estaba funcionando. Por ahora… Una chica cualquiera, con una mochila cualquiera, viviendo una vida prestada, escondida detrás de un nombre que no era mío, en un lugar que jamás imaginé pisar.

Sin embargo, mientras fingía estar ahí: tranquila, distraída, relajada, mis ojos no dejaban de moverse. Mis manos tampoco. El pecho no bajaba la guardia, porque el miedo no desaparecía… nunca. Solo aprende a esconderse contigo.

En el fondo, lo sabía. Incluso allí, sentada, respirando, fingiendo, construyendo una máscara… él iba a venir.

Cem…

Y si no era él, sería alguien peor.

El camino de regreso a la pensión se sentía más largo de lo que debería. Las calles, que antes parecían chicas y apretadas, ahora se alargaban como si el tiempo jugara conmigo, estirando cada segundo, cada paso, cada respiración. El calor seco del atardecer se pegaba a la piel, haciendo el aire más denso, más espeso, casi irrespirable. Las suelas de mis zapatillas raspaban el adoquinado, acompañadas por el eco apagado de mis propios pensamientos, que giraban en espiral, como una película gastada que nunca termina.

Subí los escalones de la pensión con el cuerpo más pesado que cuando salí. Cada músculo estaba al borde de un límite invisible, entre el agotamiento físico y el colapso emocional. El olor a madera vieja, humedad en las paredes, barniz desgastado y cortinas sucias me golpeó apenas empujé la puerta del cuarto. Por alguna razón, ese olor que antes solo me resultaba desagradable, ahora me revolvía el estómago. Había algo más, algo agrio, ácido, sofocante.

Tiré la mochila al suelo, respiré hondo y me senté al borde de la cama, pasándome las manos por la cara, apretando las sienes, tratando, en vano, de organizar el caos que se amontonaba en mi cabeza. Pero era inútil. Como empujar agua con las manos: cuanto más intentaba contenerla, más se escurría.

Cerré los ojos por un segundo. Solo uno, para respirar, para volver a mi cuerpo y recordarme que, aunque el mundo se cayera a pedazos, yo seguía ahí. Seguía respirando. Pero apenas la oscuridad me envolvió tras los párpados, un leve mareo, sutil y extraño, me golpeó. Una especie de vértigo silencioso que me hizo tambalear, como si el piso hubiera cedido apenas unos centímetros.

Abrí los ojos de golpe, aferrándome al colchón, con el pecho subiendo y bajando en un ritmo que de pronto parecía desacompasado. Apreté los ojos, respiré hondo, tratando de tragar esa sensación, esa punzada incómoda en el centro del estómago, no

era dolor, exactamente. Era más bien un malestar, una náusea tibia, arrastrada, que subía por la garganta pero no se concretaba.

Me levanté de un impulso, caminé hasta la ventana, la abrí y respiré el aire de la calle, como si ese viento seco pudiera arrancarme no solo ese malestar, sino todo. La persecución, el miedo, el pasado, su nombre, su sombra, todo.

Pero no lo hizo. El aire entró sucio, pesado y caliente. Por más que quisiera convencerme de que era solo estrés, solo cansancio, solo la falta de sueño, de comida, de estar escapando de un hombre que conocía cada uno de mis pasos…

Cerré la ventana, me arrastré de nuevo hasta la cama y me acosté de lado, abrazando la mochila como si fuera un ancla, una barrera, una línea invisible entre yo, y lo que me perseguía.

Mi mirada quedó perdida en la pared manchada, en las grietas que trepaban como raíces secas hasta el techo. En ese silencio espeso, donde solo el sonido de mi propia respiración llenaba el espacio, una única frase empezó a formarse, gota a gota, como agua que perfora una piedra.

Me pasa algo...

No sabía qué. No quería saberlo todavía, no estaba lista para eso… Porque, por ahora, la prioridad era una sola: seguir respirando.



Capítulo 22

El problema de quien siempre ha vivido bajo control es que, en el segundo en que ese control empieza a escurrirse, no queda nada más que un precipicio. Yo estaba ahí, al borde, mirando hacia dentro, con los puños cerrados, los dientes apretados y la mandíbula tan tensa que sentía que iba a estallar por dentro. Porque ya no se trataba solo de capturarla. Ya no… Se trataba de lo que esta maldita cacería estaba haciendo conmigo.

La radio zumbaba en el tablero, escupiendo información que siempre llegaba dos segundos más tarde de lo que yo necesitaba. Siempre tarde. Siempre incompleta. Mis ojos recorrían el mapa abierto en la tablet del asiento del copiloto, cruzando rutas, revisando bifurcaciones, caminos secundarios, puntos ciegos que ella podría haber usado. El problema era simple: ella no estaba usando rutas obvias. Sabía exactamente cómo esconderse de alguien como yo.

¡Carajo! Esto me estaba carcomiendo.

Aceleré. El motor rugió y los neumáticos chirriaron al tomar la curva cerrada de esa carretera perdida en medio de la nada. Las manos me sudaban, aunque el clima era seco. Todo mi cuerpo vibraba en un estado de alerta tan agudo que cualquier otro hombre, cualquiera, ya se habría quebrado. Pero yo no…

Yo nunca me quiebro.

Frené de golpe al ver la gasolinera adelante. Pequeña, sucia, olvidada, con un taller mecánico pegado al costado y un bar de carretera con más letreros rotos que letras enteras. Me bajé antes de que el motor siquiera se apagara. Crucé la puerta del taller y ni siquiera dejé que se cerrara antes de atravesar directo hasta el mostrador.

—Ella estuvo aquí —dije. No era una pregunta. Era una sentencia. Directa como una bala.

El hombre del mostrador era bajo, con el pelo ralo, barba a medio crecer y camisa manchada de grasa. Ni tiempo tuvo de fingir. Su mirada lo delató antes de que la boca se abriera. El pánico subió a su rostro, dejando su expresión en un punto incierto entre el miedo y la duda de si valía la pena mentirme.

Me incliné sobre el mostrador con el rostro duro.

—Quiero la verdad —dije entre dientes—. Créeme, no te conviene mentirme.

Tragó saliva. Miró hacia los costados, como si alguien allí pudiera salvarlo. Como si, en ese rincón olvidado del mundo, existiera la mínima chance de que alguien impidiera lo que haría si tardaba dos segundos más.

—Ella… sí, estuvo aquí… —balbuceó—. Preguntó por algún transporte. Un tipo se detuvo a cargar gasolina y se fue con ella. Pero lo juro, no sé a dónde.

Entrecerré los ojos, respiré profundo. La mandíbula crujió. Me incliné aún más, hasta que casi pude oler su aliento.

—¿Quién era el tipo?

—Uno de los camioneros. Hace fletes a… a Aksaray, a veces. No sé el nombre. ¡No sé!

Mi mano golpeó el mostrador con una fuerza tal que las herramientas colgadas detrás de él saltaron del soporte.

—Sí lo sabes. Ráscate la memoria antes de que tenga que hacerlo yo, a mi manera.

Levantó las manos, temblando.

—Era… un tal Faruk. Hace traslados, pero, no sé si era para la ciudad. Quizás hacia el interior. Quizás… ni siquiera para acá.

Inspiré profundamente, me incorporé, ajusté el arma en la cintura. Saqué un fajo de billetes, lo tiré sobre el mostrador sin apartar la mirada.

—Si alguien pregunta, ella nunca pasó por aquí.

Me di la vuelta, salí del taller y empujé la puerta del bar de al lado. El olor a cigarrillo viejo y grasa rancia me golpeó en la cara.

Vi a tres tipos jugando a las cartas, dos camioneros en la barra y, en una esquina, un hombre que no encajaba ahí. Limpio, demasiado arreglado. Con cara de quien intentaba pasar desapercibido, pero desentonaba como un animal de traje en medio del monte.

Mis ojos se clavaron en él en el preciso instante en que intentaba disimular apartando la mirada.

Turgan...

Lo supe en cuanto apartó la mirada. Ya no estaba solo en esta cacería. Ellos también estaban en el juego. Y la querían… Y lo que es peor, probablemente ya sabían que yo la había perdido.

La sangre me subió tan rápido que ni sentí cuando mi mano fue al arma. Crucé el bar en tres pasos, lo agarré del cuello de la camisa y lo estampé contra la pared con tanta fuerza que el cuadro del menú se vino abajo, estallando en vidrios y astillas.

—¿Quién te mandó? —le gruñí, con los ojos clavados en los suyos, temblando.

—Yo... no sé de qué estás hablando...

Mi puño encontró su boca antes de que pudiera terminar la mentira. El estallido de sus dientes contra la pared me dio más satisfacción de la que debería. Le sujeté el rostro, lo arrastré hacia mí y presioné el cañón del arma justo bajo su mandíbula, forzando hasta que escuché la piel rechinar.

—Te lo voy a preguntar una vez más. ¿Vas a hablar ahora o quieres hacerlo sin dientes?

Lo vi temblar. El miedo brotaba de cada poro.

—Me mandaron, me mandaron a chequear movimientos. ¡Solo eso! ¡Lo juro! —balbuceó—. La orden es encontrarla…

Lo solté de un empujón seco. Su cuerpo se deslizó por la pared hasta el suelo, escupiendo sangre y temblando entero. El bar entero quedó en silencio. Las cartas en la mesa, las cervezas olvidadas en la barra, todo congelado, entendiendo que eso no era una pelea de borrachos. Era otra cosa. Una de esas que terminan con gente desaparecida y sin respuestas para la policía.

Guardé el arma, me acomodé la chaqueta, me pasé las manos por el cabello y miré hacia la puerta, al horizonte, a esa carretera que se perdía en el medio de la nada.

Seguía huyendo de todos... huyendo de mí. Y eso hacía que cada músculo de mi cuerpo vibrara con algo que no era solo ira. *Era desesperación*...

Porque si ellos estaban tan cerca como yo, en el mismo juego, en el mismo mapa, en la misma maldita cacería… Tal vez no

llegaría a tiempo y esa idea me dolía más que cualquier cosa.



Ivana YAZGAN

Capítulo 23

La primera puntada vino mientras doblaba la ropa recién lavada… *si es que a eso se le podía llamar ropa limpia.*

Mis manos apretaban la tela del jean desgastado y, de repente, un tirón seco, breve, en el centro del vientre, me hizo doblar el cuerpo, contener el aliento, cerrar los ojos como si aquello pudiera ser solo uno de esos dolores aleatorios que el estrés arranca del cuerpo cuando ya no puede con todo.

Pero no se me pasó…

Se quedó ahí, como una cuchilla incrustada, sin cortar del todo, pero presionando. Y con ella vino esa oleada caliente que sube desde el estómago hasta la garganta. No era hambre, no era sed, ni ansiedad… era otra cosa.

Un malestar silencioso, tibio, que no llegaba a convertirse en vómito, pero que seguía ahí, subiendo y bajando, latiendo, como si

cada célula de mi cuerpo intentara avisarme, gritando desde dentro que algo estaba terriblemente fuera de lugar.

Cerré los ojos, me llevé las manos al rostro, respiré profundo, intentando ignorarlo. Solo era estrés, otro colapso del sistema nervioso, o una reacción al miedo que me seguía como una sombra, al cansancio que me quemaba los músculos, al hambre que fingía no tener. Pero en el fondo, allí donde habita la verdad que nos negamos a afrontar, algo susurraba que no era eso.

Me puse de pie, crucé el cuarto pequeño con pasos temblorosos y empujé la ventana, dejando que el viento de la mañana entrara trayendo ese olor agridulce de ciudad: mezcla de pan recién horneado, polvo, aceite de motor y hojas secas arrastradas por la vereda. Me apoyé en el marco de madera, lo agarré con ambas manos y dejé que mi mirada se perdiera en el horizonte, en los techos torcidos, las antenas oxidadas, los autos viejos que pasaban lento por la calle empedrada.

El pecho subía y bajaba con un ritmo raro, desacompasado, como si hasta el simple hecho de respirar pidiera más de lo que yo podía dar. En ese espacio vacío entre el miedo y el colapso, una memoria se dibujó con suavidad, casi cruel, como quien no tiene prisa pero tampoco piedad.

El atraso…

Los días pasando…

La última vez, su cuerpo sobre el mío, su olor, su toque, la forma en que Cem me sujetaba, como si me deseara tanto que doliera, y yo, como si, por un segundo, hubiera creído que, en ese espacio entre guerra y deseo, existía algo que fuera solo nuestro.

Apreté los ojos. Sacudí la cabeza, como si eso pudiera espantar no solo el pensamiento, sino también el pasado.

¡No! No… No ahora. No así.

Pero el cuerpo no miente…

Los mareos, las náuseas, ese sabor metálico en la boca, el cansancio que no se va, no importa cuánto duerma, cuánto coma, cuánto intente convencerme de que todo está bajo control. Porque no lo está.

Había perdido el control desde el momento en que me lancé a los brazos de Cem Arslan. Y lo peor de todo era que cada vez me parecía más imposible recuperarlo.

En ese instante, de pie frente a la ventana, mirando una ciudad que ni siquiera sabía quién era yo, sosteniéndome del marco con tanta fuerza que los nudillos se pusieron blancos, solo pude susurrar, con la voz quebrada, el pecho apretado y la garganta seca, eso que me había negado a pensar desde la primera señal:

No puede ser…

Pero lo era.

Allá en el fondo, donde una no puede mentirse a sí misma… yo ya lo sabía.



Capítulo 24

Su nombre era Azad. Lo supe incluso antes de que el informante abriera la boca. La forma en que describió al hombre: ropa demasiado discreta, barba milimétricamente recortada, ojos que no parpadean, un acento que se le escapa incluso cuando intenta sonar local... fue suficiente. Ya había oído ese nombre en operaciones sucias, en charlas de pasillo, en informes codificados. Especialista en limpieza silenciosa. Eliminación sin dejar rastros. Estándar Turgan. Azad no venía a investigar. Venía a ejecutar.

Ivana está aquí, en algún lugar de esta ciudad olvidada, y si no me muevo más rápido...

Sacudí la cabeza para apartar pensamientos que solo me enfurecían más por dentro.

Salté del auto con el arma en la mano y la mirada cruzando la calle. La neblina de la mañana aún no se había disipado del todo, y los sonidos de la ciudad llegaban amortiguados por esa bruma

húmeda que parecía compactarlo todo. Entré por el callejón detrás de la cafetería, donde uno de los dueños juró haber visto a un "turco demasiado silencioso" rondando los alrededores del mercado. Yo conocía ese patrón. Ellos observaban antes de atacar. Reconocían rutas de escape, puntos ciegos, tiempos de reacción. Eran como depredadores entrenados.

El sonido llegó primero. Pasos firmes. No apresurados, ni torpes, solo precisos.

Doblé la esquina justo a tiempo para ver la sombra. Un hombre alto, postura recta y hombros que delataban preparación física. Se giró con naturalidad, y no fue sorpresa lo que apareció en su rostro. Sabía quién era yo.

—Arslan —dijo, como quien saluda a un viejo conocido.

—Ella no es tu misión —solté, sin dudar, sujetando el arma con firmeza y el dedo en el gatillo.

—Es una amenaza —respondió con esa calma que solo carga quien ya ha matado en silencio—. Y cuando las amenazas saben demasiado, mueren.

El chasquido vino antes del disparo. Se lanzó hacia un lado, esquivando con una precisión quirúrgica, y la bala golpeó el muro de cemento, soltando chispas y polvo. Vino directo hacia mí antes de que pudiera volver a apuntar. Solté el arma y dejé que el instinto se apoderara.

Primero lancé un puñetazo recto. Luego, él me lanzó un golpe cruzado que intentó darme en la mandíbula, pero lo bloqueé con el antebrazo. El impacto vibró hasta el hombro.

Ese tipo no era ningún aficionado, era rápido, sabía lo que hacía y dónde golpear.

Tropiezos, giros, choques contra el muro. Mis puños impactaron su abdomen con fuerza, sentí el aire escaparle por la

boca en un suspiro ronco, pero contraatacó con un codazo en mis costillas que me hizo parpadear un segundo.

—¿La estás protegiendo por orden? ¿O porque echaste a perder la misión? —escupió, empujándome contra unas cajas metálicas.

—Porque si alguien la toca, le arranco los ojos con las manos —rugí, dispuesto a cumplir esa amenaza.

La rabia vino como una ola. Me lancé sobre él y caímos al suelo. Hubo intercambio de golpes, patadas, gruñidos secos, huesos estallando, manos buscando control. Intentó alcanzar el cuchillo en su tobillo, pero clavé mi peso sobre su brazo hasta sentir el crujido del hueso fracturándose. El grito fue breve. Estaba demasiado entrenado para ceder al dolor. Pero lo vi dudar.

Y eso bastó.

Mi mano alcanzó su cuchillo. Giré, presioné, le encajé la punta en el cuello mientras hundía la rodilla en su pecho.

—Si te levantas de nuevo, —mi voz era grave, mortal—, te mato.

—¿Vas a dejar que ella lo arruine todo, Cem? ¿Vas a permitir que los destruya desde dentro?

—Ya es tarde —murmuré—. Ya lo hizo.

Me incorporé despacio, respirando hondo, sintiendo la sangre chorreando de mi mano, de mi boca, de mi mentón. Miré alrededor, recogí mi arma del suelo y lo dejé allí. Herido, pero vivo. Porque, por más que quisiera matarlo, hacerlo solo aceleraría la siguiente orden. Enviarían más...

Tenía que moverme rápido. Antes de que alguno de ellos encontrara a Ivana, o antes de que mi propio padre decidiera que no valía la pena seguir esperando.



Ivana YAZGAN

Capítulo 25

El olor de la clínica me golpeó incluso antes de cruzar la puerta. Esa mezcla de alcohol, desinfectante, papel viejo y algo indefinible que solo estos lugares cargan. Un aroma que siempre parece balancearse entre la cura, y la sentencia.

Todo mi cuerpo reaccionó de inmediato. Las manos sudaban, la respiración se volvió corta y, por un segundo, las piernas amenazaron con fallar. Pero no podían.

La mujer detrás del mostrador tenía el pelo rubio recogido en un moño flojo, una bata blanca arrugada y unas ojeras que decían más sobre su vida que cualquier biografía. Apenas me vio, levantó los ojos y me miró de arriba abajo. En esa mirada lo entendí todo. El juicio silencioso. *¿Quién es ella? ¿De dónde viene? ¿Por qué no parece de aquí?*

Tragué saliva, me acomodé la mochila al hombro e hice lo que aprendí desde que empecé a huir: mentir con la misma naturalidad

con la que se respira.

—Quiero una consulta rápida, particular, y sin registro. —Deslicé el dinero doblado sobre el mostrador, el suficiente para que entendiera que las preguntas no eran parte del trato—. Me dijeron que aquí no piden muchos requisitos.

Ella miró el dinero, luego me miró a mí y suspiró. Ese suspiro largo de quien ya vio demasiado y entendió que, a veces, es mejor no saber.

—Toma asiento. Veré si la doctora puede atenderte.

El banco de plástico estaba frío y crujía bajo mi peso. Mientras me sentaba, mis ojos recorrieron el lugar, memorizando todo: la puerta de emergencias, el pasillo que llevaba a los consultorios, la salida trasera y el guardia viejo, distraído, más interesado en el partido de fútbol en la radio que de quién entraba o salía.

Las manos me temblaban, las piernas no paraban de moverse, como si el cuerpo intentara expulsar por fuera todo lo que mi mente ya no podía procesar. Tenía miedo de ser reconocida, de que alguien buscara una ficha, hiciera una llamada, de que una sombra conocida cruzara esa puerta y terminara todo. Pero, en el fondo, sabía que no era solo por eso. No era solo miedo de los otros, era miedo de mí. De mi cuerpo. De lo que yo no quería aceptar.

Me llamaron por mi nombre, el falso. Me puse de pie al instante, como si cada segundo extra en ese banco fuera una amenaza. Crucé el pasillo y entré al consultorio, donde la doctora me esperaba detrás del escritorio. Era una mujer de unos cincuenta años, con el cabello canoso y un rostro marcado más por la dureza que por la edad. Me observó, me escaneó, como si ya supiera por qué mujeres como yo, las desesperadas, llegan así.

Tragué saliva antes incluso de escuchar su pregunta.

—¿Cuánto tiempo llevas de retraso?

Desvié la mirada.

—Dos semanas, tal vez más. —Mi voz salió más baja de lo que quería—. Tuve… algunos síntomas.

No hizo ningún comentario ni emitió ningún juicio. Se limitó a asentir, levantarse, ponerse los guantes e indicar la camilla que había en un rincón de la habitación.

—Recuéstate, súbete la blusa y baja un poco el pantalón. Vamos a quitarnos la duda.

Obedecí. El gel frío sobre el vientre me hizo arquear la espalda. La pantalla se encendió y, durante unos segundos, solo se escuchó el sonido del aparato funcionando. Ruidos técnicos. Clics de botones. El transductor deslizándose sobre la piel. Y entonces, apareció.

El sonido… Un latido, pequeño, acelerado, irregular… vivo.

Por un segundo, sentí que todo mi cuerpo se quebraba. La garganta se cerró, el aire desapareció, el pecho se hundió, y el mundo se volvió distante, blanquecino, como si me hubieran arrancado de mí misma y lanzado afuera, viéndolo todo desde lejos, sin poder tocar, ni correr, ni hacer absolutamente nada más que existir ahí, atrapada dentro de mi propio terror.

La doctora no dijo mucho. Solo giró ligeramente el monitor, mostró ese puntito que palpitaba, ese destello intermitente que, aunque diminuto, parecía más grande que el universo entero.

—Aparentemente —dijo con voz seca—, estás entre siete y ocho semanas. El desarrollo coincide.

—Siete… —repetí, sin poder terminar.

Asintió, limpió el aparato, me entregó una hoja doblada -la ecografía-, y volvió al escritorio como si se tratara de un lunes cualquiera.

—¿Quieres indicaciones? —preguntó, como si habláramos del clima.

Negué con la cabeza.

—No.

Me vestí, limpié las manos, agarré la mochila y guardé la ecografía como quien guarda una bomba a punto de estallar. Y salí.

No esperé más. Crucé el pasillo, empujé la puerta con tanta fuerza que casi golpeó la pared, y solo entonces noté que las piernas me temblaban tanto que sentí que me iban a fallar en cualquier momento.

Caminé sin rumbo, sin saber hacia dónde o si realmente avanzaba o solo huía de lo único que no podía evitar: de mí, de lo que llevaba dentro. Aunque negara lo que sentía por Cem por mi propia supervivencia, ese bebé nunca me permitiría olvidarlo.

Me dolía el pecho, todo el cuerpo vibraba con una intensidad imposible de nombrar, y mientras apretaba ese pedazo de papel dentro de la mochila, ese papel que lo cambiaba todo, una única frase retumbaba en mi cabeza, más fuerte que cualquier otro pensamiento, cualquier miedo o cualquier recuerdo de él: *¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer ahora?*



Cem
ARSLAN

Capítulo 26

El sabor metálico de la sangre seguía en mi boca. Respiraba entrecortado, pesado, como si el aire se hubiera vuelto cemento, atravesando la garganta en bloques ásperos, como si quisiera asfixiarme desde adentro. Las manos me dolían, no solo por el impacto de los golpes, por los nudillos que aún latían tras la pelea, sino porque todo mi cuerpo estaba tan tenso que parecía a punto de romperse.

Caminaba de un lado a otro en ese galpón abandonado, con los puños cerrados, la mandíbula apretada y la cabeza girando como un maldito reloj a punto de estallar.

El olor a aceite quemado, a óxido, a polvo viejo y a sudor estaba impregnado en todo: en las paredes, en la ropa, en la piel, y aunque mis ojos escaneaban cada rincón, cada rendija, cada sombra de ese lugar, la verdad era que ya no quedaban enemigos allí. Solo yo. Solo la maldita mierda que yo mismo había provocado.

El celular vibró en el bolsillo y lo saqué sin pensar. Deslicé la pantalla y, en el mismo instante en que vi el nombre en el visor, supe que lo que venía no traería nada más que más peso, más cuerdas apretándose alrededor de mi cuello.

¡Carajo!

Respiré hondo, contuve el aire en el pecho, cerré los ojos por un segundo, solo el tiempo suficiente para recordarme que no podía, bajo ninguna circunstancia, mostrar debilidad. Entonces, atendí.

—Cem. —El tono de mi padre no tenía preguntas, ni preocupación, ni reproches. Era simplemente... frío—. Dime que lo resolviste.

Apreté el celular con tanta fuerza que sentí crujir los tendones de la mano.

—Todavía no. Pero estoy cerrando el cerco. —Mi voz salió más seca que el polvo del camino.

Silencio. Un silencio tan denso que pareció llenar cada rincón del galpón, cada espacio vacío entre los huecos de la madera y cada célula de mi cuerpo.

—Te lo advertí. —Su voz bajó el ritmo, se volvió más grave—. Esto no es personal. No se trata de ella, ni de vos, Se trata de nuestros negocios. —Escuché su respiración pesada, impaciente, a través de la llamada—. Dejaste que esto se te fuera de las manos y ahora me obligas a tomar una decisión que no quería tomar.

El estómago se me revolvió y el pecho se tensó de tal forma que sentí que la caja torácica iba a estallar desde dentro.

—¿A qué te refieres? —pregunté, aunque ya lo sabía. Porque, en el fondo, siempre supe que este momento llegaría.

—Si no resuelves esto antes de mañana… —Su voz no tembló ni un instante—, lo haré yo.

Tragué en seco. La otra mano se cerró sobre la rodilla y me impulsé hacia adelante, como si eso pudiera sostener el mundo antes de que se me viniera encima.

—No —respondí en un tono bajo, obligándome a sonar controlado—. Ya estoy en eso. Ella no es un riesgo. Yo voy a,...

—¡Tú nada! —interrumpió, áspero y frío—. Crees que vas a hacerlo, pero no. Porque ya no estás pensando con la cabeza. Estás pensando con esa debilidad de mierda que ella te metió ahí dentro. —Escuché el chirrido de su silla al arrastrarse por el suelo, tan fuerte que tuve que apartar el teléfono del oído—. Si ella habla, si dice un nombre, un contrato, una sola información, no es Turgan la que cae. Somos nosotros. ¿Entiendes lo que eso significa?

La sangre me subió tan de golpe que sentí las venas palpitar en la base del cráneo.

—Te dije que voy a resolverlo —escupí entre dientes, cada palabra saliendo con más veneno que aire—. Ella no va a hablar. Ella no…

—Basta, Cem. —Su voz bajó de volumen. Pero se volvió aún más pesada—. Tienes doce horas. O mando a alguien que lo resuelva. Y no va a ser para hablar, ni para negociar, Va a ser para hacerla desaparecer. Y si hace falta… —Esa maldita pausa, llena de todo lo que nunca se dijo, de todo lo que siempre estuvo implícito.

El pecho se me hundió. La mandíbula tembló. El puño golpeó la mesa de metal con tanta fuerza que sentí la piel rasgarse.

—Tú no harás eso.

—Voy a hacer lo que sea necesario —respondió, seco—. Si tuvieras la mitad de mi sangre, ya lo habrías hecho tú también.

El silencio que quedó después tenía cuerpo. Era como un cadáver en medio del cuarto, ocupando espacio, robando oxígeno, aplastando costillas. Caminé hasta la pared, la golpeé con fuerza, sentí los dedos entumecerse. Después pateé una lata oxidada,

derribé todo, respiré profundo, intentando sacar aire como si estuviera ahogándome en mi propio colapso.

Mi propia familia quería su sangre y, en el fondo... en el fondo, sabía que si no hacía algo rápido... ellos lo harían.

Y si eso pasaba… no tenía idea de cómo iba a sobrevivir.



Ivana YAZGAN

Capítulo 27

La ecografía estaba escondida en el fondo de la mochila, doblada tantas veces que parecía que, si la apretaba un poco más, tal vez desaparecería, tal vez borraría de mi realidad aquello que, hasta ese momento, me negaba a nombrar.

Caminaba por la vereda de adoquines como quien avanza sobre un campo minado, con las manos aferradas a las correas de la mochila tan fuerte que los dedos dolían, los nudillos estaban blancos, palpitantes, y la piel parecía a punto de romperse. Cada paso traía una nueva duda, cada mirada ajena aumentaba mi paranoia, y en cada esquina crecía esa certeza punzante de que el mundo entero estaba por venirse abajo sobre mí.

El olor de la ciudad, que antes era solo polvo, pan viejo y aceite quemado, se había vuelto más denso, más asfixiante, más ácido, como si cada partícula del aire cargara veneno, y como si cada molécula me recordara que yo no pertenecía a ese lugar, que

mi presencia ahí no solo era incómoda, era una cuenta regresiva, un error a punto de estallar.

Mis manos temblaban, el estómago se me revolvía en una secuencia que ya no sabía si era hambre, náuseas o solo el cuerpo derrumbándose, tratando de avisarme que no se puede cargar el peso del mundo sobre la espalda, mucho menos cuando ese peso tiene latidos propios. Toqué mi vientre casi sin darme cuenta, como por instinto, como si el cuerpo ya supiera lo que mi cabeza todavía se negaba a aceptar. En el instante en que sentí ese contacto, esa palma temblorosa, tibia, presionando mi abdomen, una ola de desesperación subió tan fuerte que tuve que detenerme en medio de la vereda, cerrar los ojos, respirar hondo, tratar de no caer, de no gritar.

Ya no se podía fingir…

Ya no se podía negar…

Ya no se trataba solo de mí…

Huir ya no era un acto de supervivencia. Era proteger algo, o a alguien, que aún no tenía rostro ni nombre, pero que, de alguna forma absurda y aterradora, ya era mío.

La garganta se me secó. Las piernas flaquearon por un segundo, pero me obligué a seguir. Miré a los costados, respiré lo más profundo que pude y continué. Sin saber hacia dónde, ni por cuánto tiempo. La única cosa que tenía clara, con una brutalidad áspera y aplastante, era que no podía detenerme. Porque si me detenía, ellos me encontrarían.

Él me encontraría.

Porque lo sentía en el aire, en la piel, en la base del cuello, en lo más profundo de los huesos, esa presencia, como una presión invisible que me venía siguiendo desde el momento en que salí por la ventana de ese cuarto de hotel, con los pies descalzos, el corazón latiendo más rápido que el tiempo y la certeza de que, desde entonces, cada paso era un vaivén entre vivir, o dejar de hacerlo.

El mareo volvió, seco, ardiente, raspando la garganta, quemando la boca, y tuve que sostenerme del poste en la esquina para no derrumbarme ahí mismo. La gente pasaba, algunos miraban, otros fingían no ver, porque, en el fondo, eso es lo que hace la mayoría. No quieren saber, no quieren involucrarse, solo quieren que no te derrumbes en su camino.

Cerré los ojos, contuve el aire en el pecho, me mordí el labio hasta sentir el sabor de mi propia sangre y, cuando el vértigo pasó, volví a caminar. Un paso, otro, y otro más. Todo el cuerpo dolía, las piernas se sentían como madera, la espalda ardía, el pecho palpitaba, y la cabeza parecía girar en un bucle infinito de posibilidades, ninguna viable, ninguna segura, ninguna que me garantizara que al día siguiente aún estaría respirando.

Necesitaba desaparecer, pero desaparecer de verdad…

Ya no alcanzaba con esconderme en pensiones mugrosas, en ciudades perdidas, con nombres falsos que solo me compraban unas horas más de respiro. Tenía que cruzar una frontera, volverme un fantasma, convertirme en alguien que nunca existió. *Pero ¿cómo? ¿Cómo, si ya ni siquiera mi cuerpo era solo mío? ¿Cómo… si ahora… había otro cuerpo dentro del mío, obligándome a luchar no solo por mí, sino también por él?*

El pecho se me oprimió de nuevo, la mano volvió a posarse sobre el vientre y, en ese instante, con la respiración temblorosa, los ojos nublados y el corazón completamente fuera de ritmo, lo entendí. Ya no se trataba solo de correr, se trataba de proteger, y si tenía que cruzar el infierno para hacerlo, así sería.



Cem
ARSLAN

Capítulo 28

El silencio dentro del auto no era solo ausencia de sonido. Era una presencia viva, densa, que se metía en cada rincón, en cada resquicio, en cada milímetro del aire entre mí y el mundo allá afuera. Mis manos apretaban el volante con tanta fuerza que los tendones sobresalían, palpitantes, como si, al apretar un poco más, pudiera romper ese cuero al medio y desgarrarlo junto con el resto del autocontrol que venía desmoronándose desde el segundo en que ella huyó.

Mi mirada seguía fija. El pecho subía y bajaba con un ritmo desacompasado. Sentía que tenía entre las manos una bomba sujeta por hilos delgadísimos, a punto de estallar y destruirlo todo, incluso a mí mismo.

Entonces la vi...

En la vereda de enfrente, cruzando con pasos rápidos y cortos, el cuerpo encorvado, replegado sobre sí, como quien intenta

hacerse invisible. Llevaba una mochila al hombro, la cabeza gacha, las manos temblorosas sujetando las correas como si eso bastara para sostener un mundo que se le venía abajo. El cabello recogido en un moño desprolijo, la misma chaqueta que conocía, ese andar que reconocería incluso en medio del infierno.

¡Era ella!

El estómago se me contrajo, el pecho estalló, la sangre se disparó tan rápido que sentí que iba a romperme las venas por dentro, y el mundo entero desapareció. Solo quedaba ella... ese fantasma escapando, ese pedazo de mí tratando de salir de mi alcance.

Solté el volante, salí del auto sin siquiera apagar el motor, la puerta se cerró de un portazo seco y fuerte que hizo girar a algunas personas en la calle, pero no me importó. Ya no me importaban ni los disimulos ni la contención ni nada, salvo cruzar esa maldita calle y cerrar de una vez el cerco que ella creyó, durante demasiado tiempo, que podría evitar.

Ella se dio cuenta, pero ya era tarde. Su cuerpo se tensó, trastabilló, los ojos buscaron una ruta de escape, cualquier salida, cualquier grieta... pero no la había.

—Corre. Intenta... —murmuré, casi en un susurro, más para mí que para ella, con los ojos ardiendo, las manos temblorosas y todo el cuerpo vibrando como un cable pelado—. Solo inténtalo. Dame ese gusto.

Lo intentó. *Claro que lo hizo*. Se dio vuelta, apuró el paso, intentó doblar en la esquina y yo fui detrás.

No necesité más de tres pasos para alcanzarla. Le agarré el brazo con tanta fuerza que sentí la tela de la chaqueta desgarrarse y, debajo, la piel caliente, temblorosa, palpitante bajo mis dedos. Trató de soltarse, de forcejear, empujó, arañó, pero la inmovilicé, giré su cuerpo contra la pared del callejón más cercano y la acorralé contra los ladrillos, sintiendo cada centímetro de su cuerpo pegado

al mío, el pecho subiendo y bajando, su olor invadiéndolo todo: sudor, miedo, desesperación y ese maldito aroma que me enloquecía porque, a pesar de todo, seguía siendo suyo.

Con la mano libre, saqué el arma y apoyé el cañón frío contra el costado de su cabeza, junto a la sien. Y, por un segundo, el mundo quedó en silencio.

Solo nosotros dos en ese espacio cerrado, sucio, sofocante.

Su cuerpo temblaba, las manos abiertas, pegadas a la pared, los ojos abiertos de par en par, llenos de lágrimas, dilatados, fijos en los míos, como si intentaran atravesarme, romperme, entenderme, odiarme, rogarme... todo al mismo tiempo.

Me incliné, llevé la boca a su oído y la voz me salió baja, grave, casi cruel.

—¿Por qué huiste, carajo? Dame una razón... —presioné el cañón del arma un poco más, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba aún más bajo el mío— ...una sola razón para no matarte ahora mismo.

El silencio que siguió fue absoluto.

Hasta que su respiración falló, las manos le temblaron más todavía y entonces...

—Estoy embarazada —soltó en un susurro, en un hilo de voz más frágil que cualquier otra cosa, más quebrado, más desesperado, más devastador que cualquier palabra que pudiera haber elegido.

El mundo se detuvo.

Todo mi cuerpo se congeló, la mano que sostenía el arma se aflojó un instante y el pecho se hundió tan rápido, tan hondo, que parecía haber un agujero negro en el centro de mí, tragándose todo: el aire, la sangre, la rabia, el dolor...

¿Embarazada?

Ella estaba... embarazada.

Esa palabra maldita que dio vuelta todo mi mundo y que, aunque lo correcto sería alejarme, pensar, reevaluar... hice exactamente lo contrario.

Le agarré el mentón con fuerza, acerqué su rostro hasta que nuestras narices casi se tocaron, obligando a que sus ojos quedaran atrapados en los míos, viendo cómo su pecho subía y bajaba con un ritmo que era parte pánico, parte rabia y parte... algo que ni siquiera sabía nombrar.

Mi mano presionaba su mandíbula con tanta intensidad que sentía el calor de su piel, el temblor del hueso bajo mis dedos, sus fosas nasales dilatadas, como si hasta el simple acto de respirar fuese una lucha perdida. Y aun así, a pesar del miedo, a pesar del temblor, seguía allí ese maldito fuego en su mirada. Ese que me desafiaba, me provocaba, que hacía cada fibra de mi cuerpo debatirse entre el impulso de aplastarla... o protegerla con todo lo que tenía.

Me incliné más. Apoyé la frente contra la suya y deslicé el cañón del arma hasta su hombro, sin soltarla. Mi boca se acercó a su oído y mi voz salió baja, ronca, cargada de algo oscuro.

—Ahora me vas a contar todo. Absolutamente todo —gruñí entre dientes—. Lo que sabes, lo que descubriste, lo que viste, los nombres, la información... todo. Sin esconder nada. Ni una mentira. Ni una omisión.

Ella cerró los ojos con fuerza, temblando, con el pecho agitado, a punto de derrumbarse ahí mismo. Pero ese fuego... ese maldito fuego aún estaba ahí.

—¿Por qué? —susurró con voz rota, áspera, abriendo los ojos despacio como si tratara de entender en qué punto exacto todo se había ido tan lejos—. ¿Por qué te importa lo que sé? ¿Me vas a matar después? ¿Me vas a vender? ¿Vas a entregarme a tu familia, a Turgan, o al mejor postor?

La risa que salió de mí fue seca, breve, como un disparo sin eco. Incliné un poco la cabeza y tiré más de su mentón, obligándola a mirarme directo, sin desvíos.

—Porque vas a ser mi esposa —escupí las palabras como una condena, como una sentencia sellada en piedra, imposible de revocar, ni por mí... ni por nadie.

El cuerpo de ella se paralizó. La respiración se detuvo. Sus ojos se agrandaron, las pupilas dilatadas, los labios entreabiertos, temblando, muda... como si su mente hubiese colapsado tratando de entender si había escuchado bien. Si eso, realmente, acababa de salir de mi boca.

—¿Qué? —La palabra le salió en un hilo de voz quebrado, tembloroso, cargado de desesperación. Esa clase de respuesta que da alguien que comprende, con total claridad, que está atrapado. Que no hay salida. Que no hay a dónde huir—. No. No, estás loco. Esto no. No. Yo no voy a...

Mi mano libre subió, sujetó su cabello por la nuca, obligándola a mantener la mirada. A enfrentarme. A entender de una vez por todas que esto no era una negociación. Era una sentencia.

—No es una propuesta, Ivana —mi voz era tan baja, tan ronca, tan cargada de amenaza y posesión que ni siquiera parecía mía—. No es una pregunta. No es una opción. No es algo para pensar. Esto no es una invitación. —Apreté más. Acerqué mi rostro hasta que nuestras bocas casi se tocaron, hasta que su respiración caliente, entrecortada, desesperada, me llenara los pulmones.

—Es una orden. Te vas a casar conmigo. Y no vas a abrir la boca para decir que no, porque si crees que huyendo, mintiendo o haciendo berrinche vas a cambiar algo... entonces todavía no entendiste con quién estás tratando.

Trató de soltarse, de empujarme, con los ojos llenos de lágrimas, de miedo, de incredulidad... pero sus manos ya no tenían

fuerza. Ya no tenía a dónde ir. Ya no existía un mundo en el que pudiera existir sin ser mía.

—No puedes hacer esto... esto es una locura —sollozó, con la voz hecha trizas, golpeándome el pecho.

—Puedo... y lo voy a hacer —dije, sujetándole el rostro como si fuera algo precioso y peligroso a la vez—. Eres mía. Estás embarazada de mí. Y ahora... ya no hay vuelta atrás. No existe más Ivana sola en el mundo. Vas a convertirte en una Arslan.

Me incliné más, rozando la comisura de sus labios con los míos, en un gesto que no era un beso, sino una promesa. Una amenaza.



Ivana YAZGAN

Capítulo 29

No sé exactamente en qué momento mi cuerpo dejó de luchar. Si fue cuando él me arrastró fuera de aquel callejón, sujetándome del brazo con tanta fuerza que apenas sentía los dedos, o si fue cuando la puerta del auto se cerró a mis espaldas con un estruendo que sonó más a un candado cerrándose sobre mí, enterrando cualquier posibilidad de escape o de elección. Todo sucedía tan rápido, tan distorsionado, que ya no sabía si era el mundo girando, o si era mi propio cuerpo implosionando, hundiéndose, quebrándose bajo el peso de lo que acababa de pasar.

El grito salió antes de que me diera cuenta. Un sonido ronco, tembloroso, desgarrado, que no parecía salir de la garganta, sino de un lugar mucho más profundo, más oscuro y desesperado que cualquier parte de mi cuerpo que reconociera como mía.

—¡Suéltame! ¡Maldito! ¡Enfermo, desgraciado, psicópata! ¡Suéltame! ¡Déjame salir! —Mis manos golpeaban su pecho, sus

brazos, todo lo que alcanzaba, pero no servía de nada. Nada lo movía. No le hacía ni cosquillas al muro que era ese hombre.

Ni siquiera parpadeaba, solo sostenía el volante con una mano, mientras la otra volaba hacia mi regazo, hacia mi muñeca, mi hombro, sujetando, tirando, volviendo a sujetar, en una secuencia tan mecánica, tan automática, tan insoportablemente entrenada que parecía que llevaba haciéndolo toda la vida. Como si mi rabia ya estuviera prevista y, en su mundo, una mujer que patalea no cambia nada. Solo hace más ruido y se cansa más rápido.

—Grita. Golpea. Intenta lanzarte por la ventana, romper el vidrio, abrir la puerta. No va a cambiar nada, Ivana. Absolutamente nada. No vas a ir a ningún lado. Nunca más —Su voz era tan fría que me erizaba la piel—. Ya no tienes a dónde correr. Se acabó. ¿Entendiste?

Mi pecho se hundía, se apretaba, como si ya no hubiera más aire, más espacio, más suelo, más mundo. Los puños golpeaban el vidrio, lo aporreaban, daban puñetazos, pero era inútil. Todo era inútil. Me lancé contra la puerta, traté de tirar de la manija, forzarla, abrirla, lo que fuera, pero, claro, estaba cerrada. Él había pensado en eso. En su maldito mundo, todo estaba calculado, planeado, diseñado para que ni siquiera el azar tuviera lugar.

—¡Estás loco! ¡Voy a escapar, Cem, me oyes?! ¡VOY A ESCAPAR! Aunque sea lo último que haga, aunque me muera intentándolo, ¡VOY A ESCAPAR DE TI! —El grito salió desgarrado, seco, con la garganta ardiendo, los ojos nublados, las manos temblando tanto que ya no sabían si querían golpear, arañar, empujar o simplemente rendirse.

Aun así, él ni siquiera me miró, no desvió la vista del camino. Y cuando habló, su voz salió más baja, más grave, cargada con una certeza tan cruel, tan definitiva, que parecía grabar cada palabra directo en mi piel.

—Inténtalo. Solo inténtalo, Ivana. Porque te juro, por mi vida, que si vuelves a huir, no serás la única que pague por eso. Ya no

estoy jugando. Me llevaste más allá de cualquier límite y ahora no hay vuelta atrás. ¡Eres mía!

El llanto estalló antes de que pudiera contenerlo. Un sollozo seco, pesado, descompasado, que me dobló sobre mi propio regazo, que me hizo abrazar las piernas, encogerme contra la puerta, cerrar los ojos y apretar, como si al hacerlo con suficiente fuerza, tal vez despertara. Tal vez todo esto fuera solo una pesadilla. Solo otro delirio de mi cabeza rota, cansada, desesperada, pero no lo era.

Su mano vino entonces, pesada, caliente, y me agarró de la nuca, tirando de mi rostro, obligándome a levantarlo, forzándome a mirar, a enfrentar, a grabar cada maldita palabra que salía de esa boca que alguna vez deseé, que ya me había hecho arder y perder la razón.

—Te vas a casar conmigo, Ivana. Porque, a partir de ahora, tú ya no eliges nada. Solo obedeces.

El sollozo se escapó, cortándome el pecho, hundiéndome por completo, y, por primera vez, entendí de verdad, en el nivel más cruel, más real, más asfixiante posible, que ya no había vuelta atrás.



Capítulo 30

El portón de la mansión se abrió con ese sonido metálico que parecía más una sentencia que una bienvenida.

Mi respiración estaba pesada y descompasada, no porque me faltara el aire, sino porque sentía que mi propio pecho ya no sabía cómo expandirse, cómo inhalar, cómo mantener el cuerpo funcionando cuando todo dentro de mí ya se estaba rompiendo.

El auto avanzó por el camino de piedra hasta detenerse frente a la escalinata principal y, en el segundo en que apagué el motor, supe que nada sería sencillo. Todo estaba a punto de estallar en una guerra para la cual ni yo, ni ellos, ni el mundo entero estaban preparados.

Bajé, rodeé el coche y abrí la puerta del pasajero con un golpe seco, que resonó como un disparo. Sujeté el brazo de Ivana antes de que siquiera pensara en reaccionar, tirando de ella con más fuerza de la necesaria, más de la que quería, pero no había espacio

para delicadezas en ese juego. Sus ojos estaban bien abiertos, llenos de lágrimas, el rostro entero temblaba y su cuerpo estaba rígido, como si estuviera sosteniendo el universo con las manos, a punto de colapsar.

—Camina —dije entre dientes, con la voz más grave—. Sin escándalos.

La puerta de entrada se abrió antes de que siquiera pisara el primer escalón y, en el instante en que la figura de mi hermano apareció en el umbral, mi cuerpo entero se tensó. Emir me lanzó una mirada cargada de incredulidad y rabia, que cruzó el espacio como un golpe directo al pecho.

—¿Estás loco? —Su voz explotó tan alto que el sonido retumbó en las paredes, resonó en el hall, hizo que los empleados se congelaran, que sus ojos se abrieran como platos, y que el mundo entero, por un segundo, se detuviera—. ¿¡La trajiste aquí!? ¿¡A nuestra casa!? ¿Después de todo, Cem?

Tiré de Ivana hacia mí, sujetándola con fuerza, colocando mi cuerpo delante del suyo, un poco protegiéndola y un poco impidiendo cualquier intento de escape. Mi mandíbula se trabó y cada músculo de mi rostro parecía hecho de piedra.

—Sí. La traje —respondí seco, áspero, sin parpadear ni bajar la voz.

—¡Estás fuera de ti! ¡Perdiste completamente la cabeza, Cem! ¡No tienes idea de lo que estás haciendo!

La puerta del salón se abrió y, como si el universo supiera exactamente cuál era el peor momento posible, apareció la figura de mi padre. Burak Arslan tenía una expresión tallada en acero. Sus ojos eran más fríos que cualquier invierno que haya vivido. Mantenía las manos cruzadas a la espalda y el mentón levemente elevado, como quien observa algo que ya no considera humano.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Su voz no se elevó. No necesitó hacerlo. Era ese tono bajo y grave, cargado con más

amenaza que cualquier arma, con más peso que cualquier sentencia de un tribunal—. Esto no va a pasar, Cem. Esa mujer es una bomba de tiempo. Es una sentencia de muerte. ¿Y estás dispuesto a arrastrar a toda esta familia al fondo del abismo por ella?

Mi estómago dio un vuelco, el pecho se hundió y la sangre me ardía por dentro. Pero no pestañeé. No retrocedí.

—Es mía —La voz me salió más firme de lo que esperaba. Más grave, cargada de una certeza que hasta hace pocos días no creía posible dentro de mí—. Ivana está embarazada y ustedes se lo van a tragar. La van a proteger como protegen a cualquier Arslan. Porque ahora, ella lo es. Y lo que crece dentro de ella, también.

El silencio que siguió fue sofocante.

Emir dio dos pasos hacia atrás, se llevó las manos al cabello, lo tiró con fuerza, se pasó los dedos por el rostro y empezó a caminar en círculos, como si buscara una salida que no existía.

Mi padre ni siquiera parpadeó. Solo respiró hondo, entrecerró los ojos y su mandíbula se tensó tanto que parecía a punto de quebrarse.

—Perdiste completamente la cabeza —gruñó con una voz tan grave que el suelo pareció temblar—. Eso no es amor, ni pasión. Es debilidad. Un error que nos va a costar caro a todos.

Yo conocía bien esa presión. Había sido moldeado por ella. Pero no cedí. Porque ya no se trataba de orgullo ni de control. Mi misión ahora era mantener con vida a ella y a mi hijo. Y la única forma de hacerlo era poniéndoles mi apellido, porque como Arslan, estarían protegidos.

Nadie tocaría a un Arslan sin declararle la guerra a esa familia.

El silencio que quedó después era una pared que sentía ganas de golpear hasta hacerla añicos. Mi padre entrecerró los ojos, respiró hondo, dio un paso al frente, lento, calculado, con ese peso

encima que solo llevan los que cargan el mundo en la espalda y aún así se niegan a soltarlo, a ceder, a aceptar algo que no estaba en sus planes, que no encajaba en su orden.

—Déjala y ven conmigo. Ahora —Su voz era firme, baja, con esa autoridad que, hasta ese segundo, había sido capaz de doblegar hombres, derribar imperios, hacer que gobiernos se arrodillaran, convertir cualquier error en polvo—. Vamos a resolver esto como se debe. —Señaló primero hacia mí y luego hacia Ivana, como si fuéramos una enfermedad—. Esto no va a pasar. Suelta a esa chica, sube a la oficina y limpiamos esta mierda antes de que se vuelva peor.

Mi pecho se hundió, la mandíbula crujió y, por un segundo, sentí que todo mi cuerpo iba a romperse por dentro al contener la avalancha de rabia, frustración, dolor, todo. Pero no. No cedí.

Levanté el mentón, acerqué a Ivana aún más, tan cerca que su cuerpo se pegó al mío y pude sentir los latidos acelerados de su corazón, su respiración descontrolada, los dedos temblorosos aferrándose a mi chaqueta como si se aferrara a la vida misma.

—Ya está decidido —Mi voz no tembló—. La boda es mañana y ustedes… —Respiré hondo—, pueden amenazarme, pueden hacer lo que quieran, pero eso no cambia. No voy a echarme atrás.

La mirada de mi padre se contrajo, la línea de su mandíbula se tensó tanto que parecía que los huesos le iban a romper la piel. Emir maldijo en voz baja, se dio la vuelta, caminó en círculos, se pasó las manos por el rostro, por el cabello, y pateó una de las sillas del hall con tanta fuerza que se deslizó hasta chocar contra la pared y cayó de lado.

Pero yo no me rendí.

Sujeté a Ivana por la cintura y, sin decir una sola palabra más, empecé a subir las escaleras, con ella casi tropezando, casi siendo arrastrada. Su cuerpo temblaba tanto, se resistía tanto, que

parecía que cada paso era una batalla entre aceptar lo que estaba pasando o seguir luchando contra ello.

Llegué al pasillo. Empujé la puerta de mi habitación con tanta fuerza que chocó contra la pared y rebotó en el marco. Tiré de Ivana hacia adentro, la cerré detrás de nosotros con un estruendo, giré la llave y aseguré todo. Cerradura, tranca, cerrojo.

Por un segundo, solo un segundo, me quedé quieto, de espaldas a la puerta, respirando, intentando ordenar algo dentro del caos en que se había convertido mi propia cabeza. Las manos me temblaban, aunque fingiera que no. El pecho subía y bajaba en un ritmo que no era humano. Pero nada de eso importaba, porque ella era mía y nadie iba a quitarme eso.



Ivana YAZGAN

Capítulo 31

Yo no me moví. Simplemente no podía. Las piernas me temblaban tanto que sentía que iban a fallar en cualquier momento. Me quedé ahí, quieta, intentando entender si eso estaba ocurriendo de verdad o si, de algún modo distorsionado, había cruzado un límite invisible de la realidad y despertado en una pesadilla de la que no sabía cómo salir.

Mi pecho subía y bajaba tan rápido que respirar se había vuelto casi un desafío. Cada músculo de mi cuerpo vibraba en una mezcla insoportable de miedo, incredulidad y agotamiento. Mis ojos recorrieron el cuarto: grande, oscuro, asfixiante. Todo en él parecía masculino, pesado, calculado. Sábanas perfectamente alineadas, muebles robustos, estantes organizados con una precisión enfermiza. Todo meticulosamente controlado, igual que él.

Cem estaba apoyado en la puerta, respirando hondo, con los hombros tensos y la mandíbula tan apretada que parecía a punto de

reventar. Las manos cerradas en puños, como si contuvieran algo a punto de desbordarse, una fuerza que apenas lograba retener y que, si se soltaba, arrasaría con todo, incluso conmigo.

El silencio parecía aplastarnos, llenando todos los espacios. Mi garganta, seca y cerrada, apenas me dejaba emitir un sonido. Cuando por fin lo logré, mi voz salió más débil de lo que hubiera querido, casi irreconocible.

—¿Qué estás haciendo…? —La pregunta salió en un susurro, más como un intento desesperado de entender en qué momento exacto mi vida se había vuelto este caos—. ¿Por qué…esto?

No respondió de inmediato. Respiró profundo y, cuando se giró para mirarme, sentí que el mundo se tambaleaba bajo mis pies. Su mirada me atravesó. Era densa, cargada de todo lo que más temía: control, furia, dolor y, una obsesión tan asfixiante que quemaba.

Cuando por fin habló, no necesitó alzar la voz. Bastó con ese tono grave, firme, que parecía sellar mi destino sin dejar espacio para discusión.

—Estoy protegiéndote.

Por unos segundos, creí que no había entendido. Mi cerebro rechazó esas palabras. ¿Por qué, cómo, cómo eso podía ser protección? Todo mi cuerpo se tensó, mis manos apretaron con fuerza los costados del pantalón, mientras buscaba desesperadamente algo que tuviera sentido, alguna pregunta que desarmara ese absurdo.

—¿Protegiéndome…? —repetí, con una risa seca, más de incredulidad que de humor—. ¿Esto? ¿Esto para ti es protección? ¿Secuestrarme? ¿Encerrarme aquí? ¿Arrancarme de mi vida como si no fuera más que un objeto?

Se acercó. Dio dos pasos firmes, certeros, y cada centímetro del espacio entre nosotros pareció contraerse. Sentí todo mi cuerpo

prepararse para correr, aunque supiera que ya no había a dónde escapar.

—Sí. —La respuesta vino firme, dura, como una navaja—. Porque eso es exactamente lo que estoy haciendo. Protegiéndote, de todo, de todos. Incluso de ti misma.

Las palabras me golpearon el pecho con la fuerza de un puñetazo. Di un paso hacia atrás, hasta que mi espalda tocó la pared, como si eso fuera suficiente para mantenerme en pie, para impedir que simplemente me desmoronara ahí mismo, aplastada por una realidad que, de pronto, ya no ofrecía ninguna salida.

—Estás loco… —murmuré, más para mí que para él, porque, en el fondo, sabía que no serviría de nada—. Esto no es protección, Cem. Esto es, encerrarme.

Él se acercó más, y por un momento creí que iba a explotar, gritar, romper algo. Pero, al contrario, su voz descendió. Baja, grave, casi un susurro que, de tan cargado, pareció atravesarme la piel.

—Exactamente. —Sus ojos se clavaron en los míos—. Porque mientras estés aquí, nadie te tocará. Nadie te encontrará. Nadie se te acercará. Solo yo.

Mi respiración falló, y lo único que pude hacer fue abrazarme a mí misma, como si eso pudiera, de alguna forma, protegerme.

La pesadilla era real, y ya no había forma de huir.



Cem
ARSLAN

Capítulo 32

Mis hombros estaban tensos, la mandíbula apretada y esa incomodidad corrosiva subía por mi columna como ácido. Cada fibra de mi cuerpo gritaba que dejar a Ivana sola en ese cuarto era un error que no podía permitirme. No después de todo. Sin embargo, al mismo tiempo, ignorar una orden directa de mi padre no era una opción, no sin poner muchas cosas más en riesgo.

Me detuve frente a la puerta, observándola por unos segundos, como si, a través de la madera, pudiera ver si ella estaba bien, si respiraba, si no intentaba, una vez más, desaparecer de mi alcance. Solo de imaginarlo, la sangre me ardía en las venas y el pecho se apretaba como si fuera a estallar. Ella tenía ese poder de desestabilizarme, de desordenarlo todo, de romper lo que pasé toda una vida entrenando para mantener bajo control.

Respiré hondo, pasándome la mano por el cabello corto, intentando organizarme. Alejarme de ese cuarto, de ella, era…

asfixiante, pero no había opción.

Cuando giré, listo para bajar, vi a Baran cruzando el pasillo, con ese andar relajado, típico de alguien que nunca tuvo que cargar sobre los hombros el peso del imperio Arslan como Emir y yo lo hacíamos. Su mirada me encontró de inmediato, alzando una ceja, como si supiera que allí había algo mucho más complicado ocurriendo.

—Baran —lo llamé, y se detuvo, ajustando el reloj en su muñeca, con esa sonrisa medio burlona que parecía haber nacido con él.

—¿Qué pasa, hermano? —Cruzó los brazos y apoyó el hombro en la pared, mirándome con ese tono que los más jóvenes usan cuando creen saber más de lo que deberían.

Volví a mirar hacia la puerta.

—Necesito que la vigiles. —Las palabras salieron más duras de lo que pretendía—. Si intenta salir, si abre esa puerta, si muestra el más mínimo indicio de que va a hacer una estupidez, me llamas. En el acto.

Baran rió. No una carcajada, sino esa risa entre dientes, mezcla de diversión e incredulidad. Se pasó la mano por la boca, conteniendo la risa, y negó con la cabeza.

—Mierda, Cem, estás jodido. —Sus ojos brillaban con una diversión apenas contenida, como quien ve a alguien caer justo en el mismo agujero que juró toda la vida que nunca pisaría—. Nunca te vi así. Nunca. Esto, —señaló al cuarto, luego a mí—, esto es distinto. Estás perdido.

Puse los ojos en blanco y solté el aire por la nariz, más impaciente que molesto.

—Baran. No es momento. Solo vigílala. —Crucé los brazos, apretando la mandíbula—. Si intenta salir, detenla.

Él levantó las manos, en señal de rendición, aunque sin quitarse esa media sonrisa del rostro.

—Está bien, está bien. Tranquilo, hermano. La chica no se va de aquí. Ni por la ventana. Ni por un milagro. Yo me encargo.

Asentí, respirando profundo. El nudo en el pecho no se aflojó, no se alivió. Y no lo haría. Porque, en el fondo, el problema no era solo el miedo a que escapara, era lo que ella provocaba en mí simplemente con estar ahí.

Bajé las escaleras con pasos pesados, sintiendo el cuerpo entero vibrar con esa maldita tensión que parecía clavada en los huesos. El pasillo se volvió más estrecho, los retratos familiares me observaban como si juzgaran cada paso, cada decisión, cada grieta que, hasta entonces, jamás había permitido que se viera.

Cuando empujé las puertas de madera del salón, el aire allí dentro era otro. Como si la atmósfera misma estuviera hecha de cemento, de acero y de hielo.

El salón estaba lleno. Todos los hombres de confianza de la familia: consejeros, operadores, piezas clave en el tablero que sostenía el imperio Arslan. En el centro, sentado en la cabecera de la mesa rectangular de madera de caoba, estaba Burak Arslan, mi padre.

Su mirada se cruzó con la mía en el mismo segundo en que entré. Lo que reflejaban sus ojos era puro acero, forjado en la rabia, la frustración y una decepción que ni siquiera se molestaba en disimular.

—Siéntate. —Su voz no necesitó elevarse. Fue una orden seca, cortante, inapelable, con todo el peso de quien dicta las reglas, y no acepta ser desafiado.

No me senté. Crucé los brazos, firme, con los pies plantados en el suelo como quien clava una estaca.

—¿Crees que estás por encima de esto, Cem? —Su tono bajó aún más, ese grave cargado de amenaza, de desprecio, de furia a punto de romperse—. ¿Crees que puedes pasar por encima de las reglas, del nombre, de la familia? ¿De verdad crees que puedes tirar todo a la basura, por una mujer?

El pecho me pesó, la respiración se volvió más profunda y, cuando hablé, cada palabra salió como una sentencia de la que ya no había vuelta atrás.

—Esto no se trata de una mujer. Se trata de proteger lo que es mío y ella, ahora lo es.

Un murmullo recorrió la mesa. Algunos se removieron incómodos, otros intercambiaron miradas, algunos simplemente bajaron la vista, como si presenciaran algo que sabían que no podían detener, pero tampoco ignorar.

—Estás loco —estalló Emir desde el otro extremo de la sala. Su voz estaba cargada de asombro—. ¡Esto es un suicidio, Cem! ¡Estás condenándola! ¡Te estás condenando a ti mismo! ¡Estás arrastrando a toda esta familia al abismo! Sabes quién es, sabes lo que ella sabe, sabes lo que significa que siga viva, y aun así la estás… la estás metiendo en casa, protegiendo, defendiendo como si… como si fuera…

—¡Lo es! —interrumpí, con una firmeza que ni siquiera sabía que tenía—. Es mía, y quien la toque me toca a mí.

Burak se levantó, con las manos apoyadas sobre la mesa y los ojos entrecerrados, oscuros, como dos pozos de acero.

—Estás rompiendo las bases de todo lo que construí. De todo lo que esta familia levantó por generaciones. Estás escupiendo sobre el nombre que llevas. Estás destruyendo siglos de sangre, de sudor, de disciplina. Todo… por ella.

Di dos pasos al frente, con el pecho agitado y el cuerpo entero vibrando con una tensión tan intensa que se sentía eléctrica.

—No me importa —escupí las palabras como quien lanza veneno—. Porque si esta familia no puede proteger a quien yo elijo, entonces no vale una maldita mierda.

El silencio se volvió más denso.

—Si no aceptan esto, es problema de ustedes. Si me quieren fuera, sáquenme. Si quieren fingir que nunca existí, háganlo. Pero si alguien… alguien siquiera considera tocarla, o hacerle cualquier cosa, juro por todo lo que me queda, juro por el propio nombre Arslan, que derrumbo este imperio con mis propias manos. Lo quemo todo, destruyo cada rincón y entierro a todos, si es necesario.

Los ojos de mi padre se entrecerraron aún más, las venas del cuello se le marcaron, apretó los puños y, por un segundo… por un segundo, pensé que iba a matarme ahí mismo.

Pero no…

Respiró hondo, desvió la mirada y, con esa voz que sonaba más a sentencia de tribunal que a otra cosa, selló lo que para mí ya estaba decidido desde el principio.

—Cavaste tu propia tumba, Cem. Y ahora... vas a yacer en ella.

El pecho se me expandió con una respiración pesada, más para contener la furia que como un intento real de calmar lo que sea que se agitaba dentro de mí. Lo miré de frente, sin parpadear, sin desviar la vista, sin retroceder ni un milímetro, y en ese instante supe que se había trazado una línea sin retorno.

—Sé exactamente lo que estoy haciendo. —Mi voz salió grave, firme, cargada de una certeza que ni el peso de ese salón, ni la sangre que corría por mis venas, ni los fantasmas de esta maldita dinastía podrían arrancarme—. Y no, no voy a cambiar de idea. Ni hoy, ni mañana, ni nunca.

Burak apretó los ojos, respiró profundo y cerró los puños con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Caminó hasta el centro de la sala, con las manos cruzadas en la espalda y el cuerpo entero irradiando esa autoridad que siempre había quebrado a cualquiera que se le opusiera.

—¿De verdad crees… —empezó, con esa voz baja y grave que parecía salir del mismo infierno—, que vas a enfrentarte a esta mesa, a esta familia, por ella? —Giró lentamente, mirándome con esa mirada que conocía desde niño, la misma que me moldeó, que forjó mi carácter, mi instinto y mi disciplina—. ¿Crees en serio que esto va a terminar bien para ti? ¿Que no va a tener precio? ¿Que no habrá consecuencias? ¿Que el mundo va a aceptar que te arrodilles… por una mujer?

Apreté los dientes, sentí los músculos de la mandíbula temblar y las venas del cuello latir tan fuerte que parecía que iban a estallar. Sin embargo, no me moví.

—No me importan las consecuencias. Y si ustedes… —Recorrí con la mirada cada rostro en esa mesa—, si cualquiera de ustedes cree que voy a dar marcha atrás, entonces no me conocen tan bien como creen.

El estómago de Emir se hundió, lo vi pasarse la mano por el cabello con los dedos temblando, como si no supiera si gritar, romper algo o aceptar que tenía frente a él a un hermano que ya no reconocía.

Mi padre apretó los labios, con las manos tensas a la espalda, tan contenido que parecía a punto de estallar por dentro. Pero cuando volvió a hablar, su voz fue aún más baja, más letal, más fría que cualquier tormenta que haya enfrentado.

—Entonces, eliges morir por ella. —No fue una pregunta. No fue una amenaza. Fue una certeza.

Enderecé los hombros, levanté el mentón y mantuve la espalda tan recta que parecía de acero.

—No. —Respiré hondo—. Elijo vivir por ella y por lo que es mío. Y ustedes pueden aceptarlo, o pueden perderme.

Burak no respondió. Solo me sostuvo la mirada, en un silencio que dijo más que cualquier palabra.

En ese instante, todos en ese salón entendieron que el hijo que formaron, el soldado que entrenaron, ya no obedecía.



Ivana YAZGAN

Capítulo 33

Las manos me temblaban tanto que tuve que entrelazar los dedos sobre el regazo, apretándolos con fuerza, como si eso pudiera, de algún modo, anclar mi cuerpo a esta realidad que mi mente se negaba a aceptar.

El paisaje allá afuera se veía borroso. No por la velocidad, sino por la desesperación. Era como si el mundo hubiera perdido los colores, las formas y los sonidos. Todo se reducía al peso asfixiante en el pecho, al sabor amargo de la impotencia en la boca y al recuerdo sofocante de que mi destino ya no me pertenecía.

Nedja y Mirelle iban sentadas a cada lado. Las hermanas de Cem. Dos figuras que, en cualquier otro contexto, tal vez habría admirado. Tal vez incluso me habrían caído bien, pero no allí, no en ese momento, mientras una tecleaba en el celular con una naturalidad desconcertante y la otra miraba por la ventana como si

aquello fuera solo otro martes cualquiera en la agenda de una familia como los Arslan.

El silencio era tan absoluto que cada sonido: el motor, el tic de la luz intermitente, el golpeteo de las uñas de Nedja contra el vidrio, retumbaba dentro de mi cabeza como un martillo. Ninguna de las dos dijo una palabra, ni preguntó si estaba bien, si necesitaba algo, si quería… cualquier cosa. Porque en realidad estaba implícito que lo que yo quisiera no importaba.

El coche redujo la velocidad y solo entonces noté que habíamos llegado. La fachada de la tienda me arrancó un suspiro involuntario. No era cualquier tienda. Era una de esas boutiques absurdamente exclusivas que ni siquiera exhiben vitrinas. El tipo de lugar donde se viste a reinas, princesas, o prisioneras.

La puerta se abrió y, antes de que pudiera siquiera pensar en dudar, Mirelle me sujetó del brazo con firmeza. No fue un gesto violento, ni siquiera brusco. Solo esa presión exacta, precisa, cargada de una certeza que dejaba muy clara mi posición en toda esta farsa.

—Vamos. Cuanto antes termine esto, mejor —dijo con voz baja, práctica, casi aburrida, como si hablara de un contrato y no de una boda.

Mis pies se movieron antes de que mi mente reaccionara. La puerta de vidrio se abrió, revelando un espacio tan lujosamente absurdo que, por un segundo, apenas uno, mi cerebro se detuvo, intentando procesar cómo era posible tanto contraste. Pisos de mármol blanco, alfombras de seda, arcos dorados, filas de vestidos suspendidos como fantasmas en el aire, todos blancos, impecables, esperándome.

Una vendedora apareció casi de inmediato, sonriendo, con esa simpatía ensayada que no es real, pero que intenta llenar el ambiente con una falsa sensación de calidez. Sus ojos recorrieron mi cuerpo de arriba abajo y, por un instante, uno solo, vaciló. Porque no era difícil notar que yo no estaba allí por voluntad propia.

—Bienvenida, señorita Arslan —dijo forzando la sonrisa, pero sus palabras me golpearon en el pecho como un puñetazo. *¿Señorita Arslan?* Quise vomitar. Gritar. Derrumbarme ahí mismo. Cualquier cosa que me sacara de esa escena que no parecía, en ningún nivel, parte de mi vida.

Mirelle cruzó el salón con sus tacones resonando sobre el mármol, observando los vestidos con la mirada crítica de quien analiza un contrato, no una tela.

—Algo discreto. Pero… no demasiado —dijo, cruzando los brazos—. Tiene que ser evidente. Que deje claro quién es. Pero sin parecer una ridícula. ¿Entendiste?

La vendedora asintió de inmediato, ya moviéndose, y Nedja se acercó por fin, rompiendo el silencio. Su voz era baja, casi amable, pero cargada de ese tono que no deja lugar a discusiones.

—Puedes llorar, patalear, odiar, pero vas a ponerte ese vestido y vas a entrar en esa sala mañana. Así que te recomiendo que no lo hagas más difícil. Por ti misma.

Tragué saliva. Las ganas de responder, de gritar, de tirar todas esas perchas al suelo me golpeaban contra las costillas, subían por la garganta, hormigueaban en los dedos. Pero era inútil. Porque, en el fondo, sabía que no había escapatoria.

Con esa certeza sofocante, una de las vendedoras me guió hacia el probador.

Sacaba perchas, mostraba telas, encajes, bordados, hablaba de detalles que yo ya ni escuchaba. Las voces de Nedja y Mirelle rebotaban en el ambiente, opinando, discutiendo, como si estuvieran eligiendo un look más para un evento social. Como si todo aquello no fuera, en realidad, una sentencia. Una prisión cosida a mano, con perlas, satén e hilos de seda.

Dentro del probador, aún llevaba el primer vestido. Apenas lo había registrado con la vista, porque el espejo me devolvía la

imagen de una mujer que no reconocía. Perdida, pálida, con los ojos tan llenos de lágrimas contenidas que ya ni parecían míos.

Fue entonces que lo sentí.

Esa puntada en la nuca. Ese escalofrío que no viene del frío ni del malestar, sino de algo más primitivo. Un instinto que, después de tanto tiempo huyendo, había aprendido a identificar incluso antes de ver.

Me giré lentamente y fue justo en ese segundo cuando la puerta de la tienda se abrió con más fuerza de la necesaria. El golpe del vidrio, el cambio en la mirada de la encargada, que dejó de atener para llenarse de tensión, miedo e incomodidad.

Dos hombres cruzaron la entrada. Sin uniforme, sin armas a la vista. Pero lo supe. Lo supe por la mirada afilada que escaneaba el lugar como un radar, por la rigidez de los hombros, el maxilar apretado, el modo casi automático con el que registraron a cada persona en el salón, hasta que me encontraron.

El cuerpo se me congeló. La respiración falló. Las piernas se aflojaron tanto que tuve que apoyarme en el mármol para no caer. El estómago se hundió. Las manos temblaban, y el corazón golpeaba con tanta fuerza que dolía, que apretaba, que parecía romperme desde dentro.

En mi cabeza, una palabra parpadeaba como una alarma ensordecedora.

Turgan...

Estaban allí. Me habían encontrado.

Cuando me di cuenta, los ojos de Mirelle también se habían clavado en ellos. Su cuerpo se tensó, los ojos se agrandaron y el brazo que levantó para ponerme detrás de ella no fue más que un reflejo instintivo, desesperado. No tenía idea de qué hacer, cómo actuar, si correr o fingir fortaleza.

—Ivana, ven, ponte detrás de mí… —La voz le tembló a mitad de frase, más aguda de lo que hubiera querido.

Nedja se quedó inmóvil por lo que pareció una eternidad. Luego, de golpe, llevó la mano temblorosa al celular, errando el desbloqueo varias veces, su mirada saltando entre la pantalla y los hombres que se acercaban.

Abrió la boca para hablar, para pedir ayuda, para gritar quizás, pero lo único que salió fue un susurro ronco, casi mudo.

El primero de ellos avanzó. Sin prisa, sin intentar disimular. Sin el menor interés en parecer discreto. Las vendedoras se congelaron. Algunas se escondieron tras el mostrador. Los pocos clientes desaparecieron. Mirelle retrocedió un paso, aún con el brazo frente a mí, pero era evidente que no sabía qué hacer.

—No quieren esto —dijo, con una voz trémula, quebrada, tan distinta de la mujer fría y controlada que, diez minutos antes, discutía encajes como si el mundo dependiera de ello—. Lárguense, ahora…

El hombre sonrió de forma repugnante, cínica, llena de desprecio.

—No te metas, muñeca. Esto no es contigo. Solo entréganosla, y nos vamos sin armar escándalo. —Tenía la mano dentro del bolsillo de la chaqueta, como quien carga algo: un arma, una navaja o simplemente una amenaza lo suficientemente real como para que no intentemos nada.

Todo mi cuerpo gritaba por correr, por desaparecer, pero sabía que si me llevaban, no habría después.

El segundo avanzó, mirando a Mirelle como quien evalúa un obstáculo débil. Y en ese momento, eso éramos: obstáculos frágiles, desarmados y perdidos.

Nedja consiguió por fin marcar. Pulsó un botón, acercó el teléfono a la boca, la voz le tembló, pero salió. Rápida. Apurada.

Llena de pánico.

—Ellos… están aquí, en la tienda —se atragantó, pero terminó —. Manda a alguien. Rápido.

Entonces, el sonido de una puerta golpeando con fuerza resonó como una tormenta que desgarraba la habitación.

Una presencia que llenó el lugar incluso antes de mostrarse.

¡Cem!

Su cuerpo entero parecía hecho de cemento, de acero, más letal que cualquier cosa con vida. Cruzó el salón como un depredador que ya sabe exactamente quién va a morir primero.

No necesitó gritar, ni correr, ni decir nada. Bastaba con lo que él era: poder bruto, comprimido, y contenido al borde de estallar.

La mano fue directo a la funda. El sonido metálico del arma al destrabarse resonó tan alto, tan pesado, que parecía un trueno en medio del salón. En el segundo exacto que siguió, todo el mundo se detuvo. Todos se congelaron. El salón se transformó en una burbuja de silencio y miedo.

—Tócala. Inténtalo, nada más. —La voz de él no subió. No hizo falta. Salió grave, baja, áspera, cargada de una rabia tan densa, tan afilada y física, que parecía capaz de cortar el propio oxígeno—. Tócala, y te juro que no van a encontrar ni el polvo de tus huesos.

Por un momento, creí que funcionaría. Que ese monstruo que se moldeaba frente a mis ojos bastaría. Pero no, cuando se trata de hombres Turgan, ellos no retroceden tan fácil.

El primero desenfundó el arma, pero no más rápido que Cem.

El estruendo del primer disparo reverberó en el salón como una bomba. Los vidrios estallaron, las empleadas gritaron y el mundo se volvió un caos. El cuerpo del hombre que estaba al frente salió volando hacia atrás, golpeando contra el estante de vestidos y

cayendo con un sonido seco. Sin embargo, el segundo no dudó. Avanzó con un cuchillo.

La hoja brilló por un segundo antes de intentar desgarrar el costado de Cem, quien lo esquivó por milímetros, giró el cuerpo, golpeó el brazo del agresor y lo desplazó con tanta fuerza que el chasquido del hombro sonó como un látigo cortando el aire.

El hombre gritó. Pero no tuvo tiempo para nada más. Cem se lanzó sobre él, brutal, en una secuencia de puñetazos, codazos y rodillazos que estaban hechos para romper. La sangre voló. Salpicó sobre el mármol blanco, sobre el vestido colgado y sobre la pared dorada.

El hombre intentó sacar el arma con la otra mano, pero Cem le sujetó la muñeca, la torció con tanta fuerza que el crujido fue seco, audible, seguido de un grito agudo, desgarrado, que se extinguió en el instante en que Cem empujó su brazo hacia arriba, giró el cuerpo y, con la otra mano, le enterró el propio cuchillo justo en la base del cuello.

El sonido del corte fue húmedo, grotesco. La sangre brotó espesa, a borbotones, pintando el piso, goteando sobre el pecho de Cem, que no se movió, no parpadeó. Solo empujó hasta sentir que el cuerpo se ablandaba, cedía, colapsaba.

Silencio.

Por unos segundos, solo escuché las respiraciones entrecortadas, los gritos ahogados de las empleadas y el llanto de alguien escondido detrás de una percha. Sentí el olor metálico de la sangre, el sabor de la adrenalina en el aire y el calor sofocante que me invadía el pecho, las manos, el cuerpo entero.

Cem soltó el cuerpo en el suelo como quien desecha basura. Tiró el cuchillo al lado, pateó el arma lejos y luego giró lentamente, mirándome justo en el segundo exacto en que todo mi cuerpo,... se desvaneció.

Las piernas me flaquearon, el pecho se hundió, sentí el estómago desplomarse y el mundo giró tan violentamente que intenté apoyarme contra la pared, pero no pude. Mis manos resbalaron sobre el mármol, las rodillas se doblaron y, por un momento, creí que iba a desmayarme, pero no caí. Porque, antes de tocar el suelo, él me sostuvo.

Cem me alcanzó con un movimiento preciso, sus manos rodearon mi cintura y, al segundo siguiente, todo mi cuerpo fue izado y presionado contra su pecho. Mis brazos se aferraron instintivamente a su cuello y mi rostro se hundió en su hombro, sintiendo el olor metálico de la sangre, de la pólvora, del sudor y, aun así, era el olor más seguro que conocía.

Su cuerpo temblaba de adrenalina.

—Todo está bien… —Su voz salió más ronca, más baja, casi un susurro soplado contra mi sien, mientras me apretaba contra él como si pudiera evaporarme si aflojaba los brazos—. Ya terminó. Nadie te tocará... nunca más.

Pero no, no había terminado. No dentro de mí. Mi pecho seguía a punto de explotar, el estómago revuelto y, al mismo tiempo, algún impulso que no sabía nombrar hizo que mis dedos se clavaran en su chaqueta, tirando, apretando, sosteniendo como si él fuera el único ancla posible en medio de todo.

Levanté el rostro, con la mirada temblorosa, los labios trémulos y, cuando sus ojos se encontraron con los míos, mi pecho se hundió de un modo tan violento que lo único que pude hacer fue agarrarle el rostro con las manos, acercarlo y pegar mi boca a la suya.

No fue un beso bonito, ni dulce ni romántico. Fue desesperado, la colisión de todo lo que ya no cabía dentro de mí: miedo, rabia y alivio. Era un deseo tan enfermo, tan feroz, que ardía bajo la piel.

Él sujetó mi nuca con una mano, la otra me apretó contra su cuerpo, como si necesitara sentir cada centímetro de mí para creer que estaba viva, entera y que no iba a desvanecerme. Su boca respondió con la misma intensidad: lengua, dientes, labios, todo mezclado, tosco y urgente. El sabor era a sal, a sangre, a desesperación, a nosotros dos colapsando juntos en el único lugar donde tenía sentido: el uno en el otro.

Cuando me aparté, jadeando, sin aire, con el pecho desbocado y la cabeza girando, mis manos todavía aferraban la solapa de su chaqueta, como si al soltarla simplemente, cayera al vacío.

—Tú… —Mi voz salió en un hilo tembloroso, como un sollozo atascado en la garganta—. Tú eres el único que puede protegerme y eso… eso me asusta más que cualquier otra cosa en este mundo.

Sus ojos se suavizaron. Solo por un segundo. Ese instante en que toda la brutalidad, la rabia y la violencia se transforman en algo aún más devastador.

En esa mirada, entendí que, desde ese momento, no había vuelta atrás.

Él me sostenía como si no pesara nada y mi cuerpo fuera apenas una extensión de sus brazos, un objeto que lleva porque es suyo, porque nadie más tiene derecho ni siquiera de mirar, mucho menos de tocar.

El olor a sangre se adhería a mi piel, al tejido del vestido, a mi cabello, a mi respiración y, aun así, allí estaba yo, aplastada contra su pecho, con los brazos apretando su cuello, con las manos aferradas a su hombro como si mi vida dependiera de eso, y en el fondo, dependía, lo único que tenía sentido era ese calor.

El silencio dentro de la tienda era asfixiante, pesado, lleno de respiraciones contenidas, sollozos tragados, ojos abiertos de par en par y bocas temblorosas. Las empleadas estaban pálidas, recostadas detrás del mostrador, con los ojos demasiado abiertos como para

fingir normalidad. Mirelle y Nedja también estaban paralizadas, observándolo todo con una mezcla de conmoción, incredulidad, y miedo. Porque, por primera vez, lo habían visto. No al hermano elegante, poderoso, que maneja los negocios y mantiene la compostura… Habían visto lo que Cem realmente era.

Para mi total sorpresa, Cem simplemente siguió, como si absolutamente nada hubiese ocurrido.

Caminó hasta uno de los percheros, llevándome aún en brazos, acomodándome con una mano mientras, con la otra, recorría los vestidos como quien escoge una corbata cualquiera.

—Ese. —Señaló con firmeza, dando una orden a su hermana —. Resuelve esto. Mañana, ella tiene que estar lista.

Mirelle parpadeó, como si necesitara unos segundos para procesar lo que acababa de oír. Me miró, luego al vestido que él había indicado: un modelo entallado, con encaje negro sobre base blanca, de corte limpio, elegante, sobrio, completamente distinto a los clásicos y románticos que uno esperaría para una novia.

—Cem… —intentó decir, pero la voz le falló—. Estás… estás…

—Hazlo —la interrumpió él, sin mirarla—. Solo hazlo, Mirelle. No me hagas repetirlo.

Ella no dijo nada. Solo asintió, caminó hasta el perchero, tomó el vestido y llamó a una de las empleadas que, aún pálida como un papel, obedeció en el acto.

Entonces, él giró, me acomodó en sus brazos, me apretó un poco más y caminó hacia la puerta de la tienda, pasando junto a los dos cuerpos tendidos en el suelo. Uno de ellos aún sangrando, rodeado por un charco rojo que se esparcía lentamente sobre el mármol blanco, tiñendo de rojo aquel lujo.

Cem pasó sin mirar, sin detenerse.

—Vámonos —dijo, más para mí que para cualquiera de los presentes.

Nadie se movió ni se atrevió siquiera a respirar hasta que la puerta de vidrio se cerró detrás de nosotros, amortiguando aquel escenario de caos, muerte y silencio.

Afuera, el mundo seguía. Los autos pasaban, la gente caminaba por la vereda, el cielo seguía azul y el universo, completamente ajeno al hecho de que, dentro de esa tienda, dos vidas habían terminado y la mía… la mía había sido, oficialmente, secuestrada por el destino.

O, más precisamente… por Cem Arslan.

En el fondo, aunque mi cuerpo temblara, aunque el pecho me estallara, aunque la cabeza girara y la garganta se cerrara, había una sola verdad latiendo tan alto dentro de mí que parecía martillarme los huesos.

Si existía un lugar seguro en este mundo, era exactamente ahí. En los brazos del hombre que todos temían.



Cem
ARSLAN

Capítulo 34

El salón principal de la mansión no tenía flores, ni música, ni sonrisas. Solo una mesa lateral con algunos papeles, sillas alineadas y el juez, que esperaba de pie, con las manos cruzadas delante del cuerpo y esa expresión tensa de quien sabe perfectamente dónde se está metiendo.

No había invitados. Solo mi familia.

Burak Arslan estaba sentado en el extremo del salón, con los brazos cruzados, el rostro endurecido, petrificado, los ojos entrecerrados como si cada segundo que pasaba fuera una agresión directa contra su propia sangre. Tenía la mandíbula tan tensa que parecía a punto de estallar. Aun así, tal como lo había prometido, no dijo una sola palabra. Ni sí. Ni no.

A su lado, Emir también tenía los brazos cruzados, respirando hondo, tenso, sin poder disimular el disgusto, la incomodidad o, tal vez, el miedo de lo que aquello podía significar. La mandíbula

apretada, los ojos afilados, todo su cuerpo vibraba con una tensión que intentaba, en vano, contener.

Gabriela estaba sentada justo detrás, con los dos hijos a su lado. Sostenía al más pequeño en brazos, tratando de distraerlo mientras pasaba la mano por su cabello, y el mayor se movía impaciente en la silla, con esa mirada curiosa propia de quien todavía es demasiado niño para entender el peso de las cosas, pero lo bastante grande como para notar que algo andaba muy mal en el aire.

La mirada de Gabriela, sin embargo, era distinta. Parecía tener un dejo de empatía. Como si, de algún modo, entendiera mejor que todos lo que estaba sucediendo allí.

Baran estaba tirado en uno de los sillones, con una pierna cruzada sobre la otra, moviendo el pie, el cuerpo relajado como si no cargara ni la mitad del peso que llevaban sus hermanos mayores. Pero la sonrisa en la comisura de su boca dejaba claro que observaba todo aquello como quien ve arder un incendio, sin saber si lanzar agua o gasolina.

Mirelle y Nedja estaban en un rincón. En silencio, solo observando. La tensión en sus cuerpos, la forma en que cruzaban los brazos o se inclinaban hacia adelante, dejaban claro que ni siquiera ellas sabían cómo procesar aquello. Porque eso, no era solo una boda. Era una grieta abierta justo en el corazón de la dinastía Arslan.

De alguna forma, todos allí, desde el patriarca hasta los niños, sabían que, a partir de ese momento, nada volvería a ser como antes.

En el centro del salón estaba ella… *Ivana.*

De pie, con el vestido que yo había elegido: blanco, con detalles de encaje negro, ajustado, marcando cada curva de su cuerpo, como una declaración visual de todo lo que ese momento representaba.

No miraba a nadie. Tenía el mentón en alto, los hombros tensos, los brazos cruzados frente al pecho como si estuviera sujetándose para no romperse. Las manos le temblaban, aunque intentara fingir que no.

Me acerqué con pasos firmes, como todo lo que hago. Me detuve a su lado, sintiendo la tensión vibrar entre nosotros como una corriente eléctrica a punto de calcinar todo lo que tocara.

El juez carraspeó, acomodó los papeles y, justo cuando abrió la boca para comenzar con ese discurso burocrático, lo interrumpí sin la menor paciencia, sin espacio para ningún tipo de réplica.

—Sí —solté, seco y firme, incluso antes de que terminara la pregunta—. Acepto.

El hombre tragó saliva, visiblemente incómodo. Miró el papel, luego a mí, después a Ivana y respiró hondo, como si buscara valor para continuar.

—Señorita Ivana… es por su propia voluntad que usted...

El silencio de ella pesó. Todo su cuerpo se volvió rígido, tenso, los hombros alzados, las manos apretadas con tanta fuerza que los nudillos se pusieron blancos. El pecho subía y bajaba con rapidez, como si respirar doliera, como si el aire la estuviera abandonando…

Durante unos segundos, no respondió, hasta que giró el rostro hacia mí. Sus ojos encontraron los míos y, en esa mirada, estaba todo: rabia, dolor, desesperación, y la más cruel de las verdades: no había salida.

Respiró profundo, tragó lo que fuera que tenía atorado en la garganta y contestó.

—Sí —Su voz salió baja, pero firme.

El juez solo asintió, con una expresión que mezclaba incomodidad y urgencia, como quien solo quiere terminar con eso lo más rápido posible. Firmó los documentos, los selló, me los entregó a mí y luego a ella.

Firmé. Y ella también firmó.

Cuando terminé, dejé caer la pluma, me giré lentamente y miré a todos los que estaban en esa sala. Mi padre, con el rostro cerrado, sin decir una palabra. Emir, caminando de un lado al otro, respirando como si estuviera conteniendo un ataque. Baran, hundido en el sillón, moviendo el pie con esa sonrisa cínica a medias. Mirelle y Nedja, encogidas en su rincón, como quien presencia algo sin saber si es una tragedia o una revolución.

Tomé a Ivana por la cintura. Le sujeté el mentón, obligándola a levantar la cara, y la besé. No fue un beso de cariño. Fue una marca. Una declaración de posesión.

Cuando me aparté, pasé la mano por su nuca, sujetándola con firmeza, y volví a mirar a todos.

—Está hecho —mi voz salió grave, cargada, definitiva—. Ahora eres mía.

Nadie respondió. Nadie se atrevió.

El silencio ya lo decía todo.



Ivana YAZGAN

Capítulo 35

Subir esas escaleras fue como cruzar la línea que separa el mundo que conocía, de un lugar donde solo existía él: Cem, y todo lo que venía con él.

El sonido de nuestros pasos resonaba sobre el mármol, llenando ese pasillo largo, impecable, lujoso, y, aun así, asfixiante. Cada cuadro en las paredes, cada puerta cerrada, cada detalle en dorado y gris parecía observarnos, juzgar, pesar.

Cuando empujó la puerta del cuarto, su aroma me golpeó de inmediato. Amaderado, cálido, intenso. Mezclado con cuero, con su ropa, con su presencia, que parecía ocupar cada rincón de ese lugar, más real, más sólido, más imposible de ignorar que cualquier muro.

Mis ojos recorrieron el ambiente. Masculino, oscuro y sobrio.

Cem dejó el saco sobre el sillón y comenzó a desabotonarse la camisa mientras caminaba hacia el escritorio, ignorándome por

unos segundos. Pero yo no pude hacer lo mismo. Mis ojos se deslizaron por su cuerpo, por esos hombros anchos, los brazos fuertes y la línea de músculos marcados bajo la piel tensa.

Fue inevitable, el recuerdo me golpeó tan fuerte que casi me robó el aliento.

Nuestra primera vez...

Su olor, su sabor, sus manos firmes sujetándome, su cuerpo dominando el mío, la forma en que me rompió por completo y, al mismo tiempo, hizo que cada parte de mí suplicara por más.

Tragué saliva, el estómago se me apretó y, por primera vez desde que esta locura empezó, una verdad me invadió la cabeza, cruda, sin filtro, sin piedad: ya no podía huir.

Ni de él, ni de lo que éramos, y mucho menos de en lo que esto se había convertido.

Si no podía huir, entonces tal vez era hora de dejar de luchar. O, quién sabe… rendirme.

Mi respiración se volvió más corta, el pecho subía y bajaba con un ritmo que no podía controlar, y mis pies se movieron solos, antes de que la mente pudiera oponerse.

Me acerqué despacio, levanté la mano, deslizando los dedos por la camisa entreabierta, subiendo, sintiendo el calor de su piel, los músculos tensos y la energía contenida que vibraba bajo mis dedos, como si todo su cuerpo fuera dinamita a punto de estallar.

Se quedó inmóvil. Detuvo los movimientos, rígido, y, por un segundo, apenas uno, sus ojos se encontraron con los míos como si no entendiera del todo lo que yo estaba haciendo. Como si él, que siempre tenía todas las respuestas, no supiera qué vendría después.

Mi cuerpo se pegó más al suyo. Mi mano subió hasta su hombro y luego bajó con lentitud hasta su pecho, donde pude sentir su corazón: acelerado, desbocado, completamente fuera del control que tanto fingía tener.

Levanté la vista, clavé mis ojos en los suyos y dejé que una sonrisa se dibujara en la comisura de mis labios. Medio desafiante. Medio burlona. Medio… rendida.

—Entonces, estamos casados, ¿no? —mi voz salió baja, ronca, cargada de algo que ni yo sabía si era sarcasmo, deseo o el inicio de un colapso emocional irreversible.

Él arqueó una ceja, tenso, confundido por un instante, como si la pregunta fuera absurda. Sin embargo, respondió.

—Sí. Lo estamos —su voz sonó más grave, más rasposa, y en ese momento lo supe: incluso él, estaba vulnerable.

Y fue ahí cuando crucé la distancia, sin pensar, sin contener nada.

Tomé su rostro entre mis manos y lo besé.

No fue un beso cualquiera. Fue directo, urgente, voraz. Mi boca se estampó contra la suya con fuerza, exigiendo, robando todo el aire, todo el control, toda la lógica que pudiera quedar entre nosotros.

Él no reaccionó de inmediato. Tal vez por el impacto o porque, fui yo quien cruzó la línea, así que él perdió. O, tal vez, ganó.

Sus manos subieron a mi cintura, me atrajeron con tanta fuerza que mi cuerpo se pegó al suyo hasta que no quedó espacio para nada más que piel, calor y esa tensión insoportable que nos consumía desde el día en que nos cruzamos.

El beso se volvió guerra, hambre, dos mundos colisionando, dos fuerzas sin saber si querían destruirse… o devorarse.

En ese cuarto, en ese preciso momento, ya no existía lo correcto o lo incorrecto. Solo existíamos nosotros.

Su cuerpo me empujó contra la pared antes de que pudiera entender cómo habíamos llegado hasta ahí. Su boca dominaba la

mía, sus manos enormes apretaban mi cintura, mis caderas, con una fuerza que arrancaba gemidos bajos, entre placer y desesperación por más.

Sus manos no paraban. Subieron por mi espalda, bajaron, apretaron mis nalgas, me agarraron, me moldearon como si buscara el encaje exacto que tanto deseaba. Su lengua invadió mi boca, profunda, húmeda, explorando, tomando, provocando, mordiendo mi labio inferior antes de succionarlo con fuerza.

Sus manos subieron de nuevo, bajaron el cierre del vestido de un tirón, sin ningún cuidado, y la tela se deslizó por mis hombros, cayendo, dejándome desnuda para él. Sus ojos descendieron, hambrientos, obscenos, recorriendo cada centímetro de mi piel, deteniéndose en mis pechos, que subían y bajaban con mi respiración agitada.

No pensó. Ni pidió permiso. Sus manos sujetaron mis pechos, los apretaron con fuerza, frotando los pulgares sobre los pezones ya duros, sensibles, hasta que arqueé la espalda, suplicando por más.

—Mierda, —gruñó contra mi boca—. Mírate…

Su boca descendió por mi cuello, chupó, mordió y siguió bajando, hasta el valle de mis pechos, donde succionó, lamió, atrapó uno de mis pezones, chupándolo tan fuerte que mis piernas temblaron. Gemí fuerte, mientras su mano sujetaba con firmeza mi culo, levantándome, presionando mi pelvis contra su erección: dura, palpitante, latiendo contra mi vientre, amenazando con romperle la ropa.

—Cem… —jadeé, sin poder decir nada más.

Él me giró con facilidad, como si mi cuerpo no pesara nada, me empujó contra la pared, sujetándome de la cintura y tirando de mis caderas hacia él. Su boca volvió a mi hombro, besando, mordiendo, mientras una de sus manos bajaba hasta encontrar mi sexo: mojado, cálido, completamente entregado.

Sus dedos se deslizaron entre mis muslos, encontraron mi clítoris, lo presionaron, frotando con fuerza, rápidos y rítmicos, mientras la otra mano desabotonaba su pantalón, bajándolo apenas lo suficiente para liberar su miembro, duro, grueso, caliente y palpitante.

—Mira cómo estás… —rugió en mi oído, mientras rozaba la punta contra mi sexo, pasando de un lado a otro, provocándome, volviéndome loca—. Mojada…

Gemí, empujando mis caderas hacia atrás, buscando, queriendo, rogando, pero él me sostuvo con fuerza, me apretó el culo, tiró y en un movimiento... estaba dentro.

Fuerte, profundo, hasta el límite.

Un grito se me escapó, desgarrado, cuando lo sentí llenarme por completo, estirándome, tomándome como si mi cuerpo hubiera sido hecho exactamente para eso.

Empezó a moverse. Rápido y brutal, sujetando mi cintura, tirando con cada embestida, sus caderas golpeando con fuerza, haciendo que la piel sonara, que mi culo fuera apretado y dominado con cada movimiento.

Su boca no paraba. Besaba mi hombro, mordía mi nuca, gruñía cosas que no podía entender, pero no se detuvo ahí.

Me giró de nuevo, me alzó entre sus brazos, llevándome a la cama. Me arrojó sobre el colchón, con los ojos encendidos, desquiciados, el pecho subiendo y bajando, los músculos tensos como cuerdas a punto de romperse.

Se colocó encima de mí, sujetó mis muñecas, las inmovilizó sobre mi cabeza con una mano, mientras la otra bajaba por mi cuerpo, apretando mis pechos, deslizándose por mi vientre hasta encontrar de nuevo mi sexo.

—Eres perfecta —gruñó, luego bajó, atrapó uno de mis pezones entre los dientes, succionándolo con fuerza, mientras sus

dedos se deslizaban entre mis labios, dejándome más mojada, más abierta, más desesperada…

Soltó mis brazos y sujetó mis muslos, los empujó hacia arriba, abriéndome, exponiéndome, y volvió a penetrarme. Esta vez más profundo, más fuerte, más intenso.

El sonido de nuestros cuerpos chocando llenaba el cuarto: piel contra piel, gemidos, respiraciones entrecortadas, y esa tensión absurda, palpitante, que solo crecía, solo ardía, solo nos empujaba a un límite que parecía no existir.

Me giró de lado, sostuvo una de mis piernas, elevándola hasta que mi muslo quedó sobre su cadera, y volvió a embestir, más adentro, más salvaje, apretando mi pecho con la otra mano, tirando de mi pezón, mientras su boca besaba la mía, mi mandíbula, mi clavícula…

—¡Eres mía! —el gruñido vino acompañado de su mano apretando mi trasero, tirando, golpeando apenas, solo para hacerme gemir más fuerte—. Mía, Ivana, mía…

El placer subía a una velocidad que me dejaba aturdida, fuera de mí. Mi cuerpo temblaba, se arqueaba, pedía, suplicaba, y cuando levantó más mi pierna y me penetró más hondo, más salvaje, supe que ya no había marcha atrás.

Cuando el orgasmo me alcanzó, fue violento, devastador, arrancando un grito que ni siquiera reconocí como mío, mientras todo mi cuerpo temblaba, se contraía, lo apretaba, lo absorbía, lo reclamaba.

Cem no tardó. Sujetó mi cintura, me atrajo hacia él, embistió una, dos, tres veces más, y explotó conmigo, gimiendo ronco, pesado, mientras me apretaba contra su cuerpo como si, de algún modo, pudiera fundirnos en uno solo.

Cuando todo terminó, el silencio fue interrumpido solo por nuestras respiraciones agitadas, nuestros pechos subiendo y bajando con un ritmo que parecía no querer volver nunca a la normalidad.

En ese instante, acostada allí, completamente suya, marcada, tomada, solo pude pensar en una cosa.

Si eso era estar casada con Cem Arslan, entonces que Dios me salvara. Porque yo… ya no quería detenerme.

Su pecho subía y bajaba bajo mi mejilla, donde me acurrucaba, completamente pegada a ese cuerpo cálido, fuerte, sudado, y que, en ese momento, era mío. Al menos físicamente, era mío.

Sus manos seguían deslizándose por mi espalda, con una caricia torpe, brusca, casi como si no supiera cómo hacerlo, pero lo intentara dentro de sus posibilidades. Un gesto que me provocaba más de lo que quería admitir, más seguridad de la que debería, más deseo del que era sano y más dependencia de la que me gustaría.

A medida que pasaban los minutos, la respiración volvió a calmarse y los músculos empezaron a relajarse, pero mi mente hizo lo que siempre hace: torturarme.

El pecho se me apretó, el estómago se me hundió y la realidad me golpeó como un puñetazo, arrasando con ese breve instante de alivio, de placer, de olvido.

Mi cuerpo se tensó. Mis manos, que descansaban sobre su pecho, lo apretaron, buscando un ancla para no derrumbarme.

—Cem, —mi voz salió más baja de lo que pretendía, trémula, frágil—. Y… ¿y si ellos, si aún vienen por mí? —Las palabras empezaron a atropellarse—. Si Turgan... si descubren dónde estoy... si... si lo intentan de nuevo...

Él no respondió enseguida. Solo respiró profundo. Su mano, que estaba en mi nuca, subió, sujetó mi cabello, tirando de él suavemente, solo para hacerme levantar el rostro y mirarlo.

Su mirada ardía, firme, afilada.

—No lo harán —dijo, con una sencillez absurda que sonaba irreal. Sin espacio para debate—. Si vienen, no saldrán vivos de aquí.

Tragué saliva. Mis ojos se llenaron de lágrimas, aunque intenté contenerlas.

—Cem… ¿y si no son solo ellos? —Mi voz se quebró—. Si... si tu familia cambia de opinión... si... si ellos... si tú... —Las palabras se mezclaron, me traicionaron, murieron antes de que pudiera terminar.

Él apretó mi nuca con más fuerza, me atrajo hacia él, juntó su rostro al mío, hasta que nuestras narices casi se tocaron, hasta que no quedó espacio para nada más que su calor, su olor y esa mirada que quemaba más que cualquier cosa que haya sentido antes.

—Escúchame bien. —Su voz salió ronca, grave, cargada de una furia contenida que vibraba en el aire—. Ahora llevas mi nombre, estás en mi casa, en mi cama, en mi mundo y yo, —Me sostuvo el mentón, obligándome a no apartar la mirada—, no dejaré que nadie toque lo que es mío. Nadie. Ni Turgan. Ni mi familia. Ni Dios, si hace falta.

El nudo en mi garganta era tan grande que dolía tragar. El pecho subía y bajaba. No sabía si temblaba de miedo, o por lo protegida y aterrada que me hacía sentir al mismo tiempo.

—Voy a resolver esto, Ivana —continuó, con la voz un poco más baja, pero no menos firme—. Y tú ya no tienes que huir. Nunca más.

Cerré los ojos, inhalé profundo y, por primera vez, incluso con todo el caos, con todo el colapso, con toda la incertidumbre que aún nos rodeaba… quise creerle.

Porque significaba mirarlo, abrazarlo, sentir ese cuerpo apretándome como si todo el universo pudiera derrumbarse fuera, pero dentro estuviera a salvo.

Al menos por ahora.



Cem
ARSLAN

Capítulo 36

El edificio de Turgan Holding era una extensión perfecta de quien comandaba ese imperio, sin espacio para absolutamente nada que no fuera poder. Una fortaleza disfrazada de sede corporativa.

Las puertas del ascensor se abrieron en el último piso. Nadie intentó detenernos. Ni a mí, ni a Emir. Sería una estupidez si lo hicieran. Dos Arslan juntos no aparecen por una simple reunión. Aparecen para marcar territorio, o para declarar la guerra.

El pasillo parecía un cementerio de miradas tensas. Secretarias conteniendo el pánico detrás de sonrisas plásticas, ejecutivos fingiendo estar ocupados y guardias de seguridad inquietos, evaluando si apretaban el botón de la radio, o si salían corriendo.

Las puertas dobles se abrieron y ahí estaba Selim Demir.

Sentado detrás de un escritorio de mármol negro, con los brazos cruzados, el cuerpo inclinado hacia atrás, la expresión de quien ya sobrevivió a guerras peores y no se deja sacudir fácilmente. Viudo, cuarenta y seis años, patriarca de los Turgan, frío como el acero y tan peligroso como una dinamita olvidada en un cuarto cerrado.

Sabía exactamente quiénes éramos, que nuestra presencia ahí no era una cortesía. Y aun así, mantenía esa mirada de quien está dispuesto a negociar, o a derramar sangre, si es necesario.

Caminé hasta el escritorio. Saqué un sobre negro del saco y lo arrojé sobre la superficie con un golpe seco. Luego lo empujé hacia él.

Selim no se movió de inmediato. Me miró. Después miró a Emir, y finalmente, tomó el sobre y lo abrió.

Era el acta de matrimonio. Mi nombre y el de Ivana.

Lo dejé mirar, procesar, entender exactamente lo que eso significaba.

Entonces hablé.

—Es simple, Selim. A partir de ahora, cualquier ataque a Ivana, cualquier intento, cualquier acercamiento, se considera un ataque directo a los Arslan. —La voz me salió grave, baja y tan afilada como una hoja.

Me incliné hacia adelante, apoyando ambas manos sobre el escritorio, sin apartar la mirada de la suya. Sin margen para malentendidos.

—Tú sabes muy bien lo que eso significa.

El silencio que siguió pesaba más que todo el edificio encima de nuestras cabezas. Selim tamborileó los dedos sobre el papel. Respiró hondo. Se relajó un poco en la silla y entonces sonrió. Ese tipo de sonrisa corta, dura, más respetuosa que amistosa.

—Hijos de puta inteligentes. —Golpeó dos veces el documento con los dedos—. Convirtieron un problema, en un blindaje.

Crucé los brazos, sin apartar la vista de él.

—Se llama saber jugar.

Se quedó en silencio unos segundos. Luego soltó una risa seca, breve, cargada de cálculo.

—Entonces díganme, —Su mirada fue de mí a Emir—, si estamos jugando, ¿por qué hacerlo uno contra el otro? ¿Por qué no… juntos?

El maxilar de Emir se endureció. Su cuerpo se tensó con los brazos cruzados y la mandíbula apretada.

—¿Juntos? —La palabra salió casi escupida.

Selim asintió lentamente, entrelazando los dedos sobre el escritorio, con esa mirada de quien está tres jugadas adelante en el tablero.

—Ninguna de nuestras familias quiere un problema. Ni ustedes, ni nosotros. Sabemos que una guerra solo cuesta. Dinero, sangre, atención indeseada, así que, ¿por qué no sellar una alianza? Una unión que ninguna otra familia se atrevería a enfrentar.

Hizo una pausa, apoyó los codos sobre el escritorio, con la mirada afilada, pesada.

—Acaban de resolver un problema con un matrimonio. —Golpeó el papel otra vez—. ¿Por qué no resolver otro… del mismo modo?

El nombre cayó como una bomba estratégica:

—Nedja, —dijo, mirándome directamente—. Tu hermana. La hija mayor de Burak.

La sangre me subió tan rápido que sentí el calor quemarme el cuello, el pecho, la nuca. Mi mandíbula se tensó. Emir apretó las

manos contra los muslos.

Selim se recostó en la silla, cómodo, como quien acaba de detonar una bomba, y observa el daño.

—Un matrimonio entre ella y yo —dijo, firme—. Arslan y Turgan unidos por la sangre.

Las paredes parecían encogerse, presionando todo a su alrededor.

Me incliné, despacio, mirándolo directo a los ojos.

—Lo vamos a pensar. —Mi voz salió helada, dura, cargada de esa amenaza implícita que solo hombres como nosotros entendemos —. Pero escúchame bien, Selim, mientras lo pensamos, si un solo hombre de los Turgan se atreve a respirar cerca de mi mujer… —Empujé el documento de vuelta hacia él, con firmeza—, te arranco la cabeza y la clavo en la puerta de este edificio. No es una amenaza… es un hecho.

Me incorporé y Emir hizo lo mismo. Las sillas crujieron y las paredes parecieron temblar.

El juego había cambiado, y desde ese momento, ya no había vuelta atrás.

***

El silencio en el salón principal de la mansión Arslan era sofocante. Más pesado que cualquier explosión, tiroteo o amenaza que haya enfrentado en mi vida.

Mi padre estaba sentado en la cabecera de la mesa, con los brazos cruzados, el mentón apretado y el rostro tallado en piedra. Su respiración era el único sonido además del tic-tac del reloj en la pared, una cuenta regresiva hacia algo que nadie sabía exactamente cómo iba a estallar.

Le conté todo. Dije con exactitud lo que Selim puso sobre la mesa. Un matrimonio entre él y Nedja.

Cuando terminé, el silencio se volvió aún más insoportable. Hasta que Burak respiró hondo, entrecerró los ojos, llevó las manos a la boca, pensó durante largos segundos, y entonces habló.

—Tiene sentido —dijo con voz grave, baja, cargada—. Selim no es ningún idiota. Y nosotros tampoco. Esto pone fin a una guerra antes de que empiece y posiciona a ambas familias en un nivel que nadie puede tocar.

El impacto atravesó el salón como una descarga eléctrica.

Nedja abrió los ojos de par en par, empujó la silla hacia atrás con tanta fuerza que casi se volcó. Su cuerpo se puso rígido, los puños cerrados y, por unos segundos, casi pude escuchar el sonido de su corazón golpeando en el pecho.

—No puedes estar hablando en serio —dijo con una voz entrecortada, con más rabia que incredulidad—. No soy una moneda de cambio. No soy mercancía. No soy una pieza más en tu tablero, papá.

Mirelle abrió los ojos, helada, le agarró la mano intentando calmarla, pero Nedja tiró con fuerza y se soltó.

—Esto no va a pasar. No me voy a casar con ese… —Respiró hondo, con los ojos vidriosos y el mentón temblando—. Ese viejo.

Burak no parpadeó, ni se movió. Solo entornó los ojos, respiró más profundo y respondió con esa voz que uno aprende desde niño a temer.

—Eres una Arslan, Nedja. Y un Arslan hace lo que tiene que hacer.

Ella dio un paso atrás, como si le hubieran dado un golpe. Su pecho subía y bajaba rápido, y sus ojos buscaban una salida, cualquier escape, pero ahí no había ninguno.

—No… no… esto no puede estar pasando… ustedes no pueden hacerme esto —dijo, con la voz quebrada.

—Podemos —interrumpió mi padre, seco, directo y firme—. Y lo haremos.

Yo me quedé en silencio. No porque no lo sintiera o no me doliera, sino porque sabía exactamente lo que era estar ahí, en el centro del tablero, donde no existen opciones. Donde lo que quieres, sientes o deseas, simplemente no importa.

Emir cruzó los brazos, desvió la mirada, apretando la mandíbula con tanta fuerza que parecía que iba a romperse. Gabriela, sentada a su lado, le sostenía la mano, los ojos llenos de lágrimas, apretando a sus hijos contra el pecho como si quisiera protegerlos no solo de esa escena, sino de todo lo que ese apellido arrastraba.

Nedja me miró, luego a Emir, luego a nuestro padre. Tenía el rostro enrojecido, los ojos inundados, y el cuerpo entero le temblaba de miedo, de rabia y de impotencia.

—Ustedes dicen que me aman, pero nunca me amaron de verdad. Nunca —escupió las palabras—. Porque quien ama, no entrega a una hija, a una hermana, como si fuera una moneda de cambio.

Burak se levantó, despacio, sin apuro. Con ese tipo de control que es más amenazante que cualquier grito.

—No —dijo con voz baja, letal—. Quien ama, hace lo que sea necesario para mantener a la familia fuerte e intocable.

Nedja cerró los ojos con fuerza, respiró tan hondo que parecía que el pecho iba a partirse, y entonces no dijo nada más. Se dio la vuelta y se fue. Las puertas se cerraron de un golpe tan fuerte que el sonido retumbó por toda la mansión.

Pero nadie se movió. Nadie fue tras ella. Porque todos sabíamos que, en esta familia, la sangre siempre es lo primero.



Ivana YAZGAN

Capítulo 37

La habitación parecía encogerse con cada minuto que pasaba. Las paredes, que antes se sentían grandes, pesadas, ahora me asfixiaban. El silencio no era solo incómodo, era ensordecedor.

Caminaba de un lado a otro, con los pies descalzos sobre el mármol frío, apretando una mano contra la otra, mordiéndome el labio, sintiendo el pecho tan comprimido que parecía que las costillas iban a romperse.

El impacto del matrimonio todavía latía dentro de mí. Era tan absurdo, tan repentino, tan fuera de todo lo que una mujer podría imaginar para su vida. Y, sin embargo, tan correcto, inevitable y necesario.

Por más que doliera admitirlo, por más que la rabia quisiera apoderarse de mí, había una verdad que ya no podía ignorar... él siempre me había protegido.

¡Siempre!

Desde el primer segundo en que apareció en mi vida, por más retorcido, brutal o distorsionado que haya sido, Cem fue lo único que se interpuso entre mí y el abismo. Eso hacía que mi corazón se desbocara de una forma que intenté negar con todas mis fuerzas, fingir que no me afectaba, pero mis sentimientos me traicionaron.

Aunque no debería, tal vez me enamoré de él desde el primer momento en que me sentí segura como nunca antes.

Respiré hondo, cerré los ojos con fuerza, intentando ahogar el pánico que amenazaba con subir por la garganta. No se trataba solo de él o de nosotros. Se trataba de todo… de lo que yo sabía, lo que los Turgan sabían, el juego que estaba en marcha y cómo, yo era una pieza valiosa y, al mismo tiempo, desechable, en manos de hombres muy peligrosos.

Sabía demasiado. Conocía información capaz de derrumbar negocios, abrir grietas, hacer correr sangre por las calles y, aunque llevara el apellido Arslan, sabía que los Turgan no iban a olvidar, ni a perdonar.

En medio de todo eso… Cem.

El sonido de la manija girando hizo que el corazón me saltara al pecho como si me hubieran lanzado contra la pared. Me giré de inmediato, corriendo antes de que mi cabeza pudiera pensar.

Cuando él entró, todo ese autocontrol, toda esa postura, esa frialdad absurda que siempre lo envolvía, simplemente no existieron para mí.

Me lancé a sus brazos.

El cuerpo de Cem me recibió en el acto, me envolvió con los brazos, me sostuvo, me atrajo como si fuera lo más natural del mundo. Como si perteneciera exactamente a ese lugar.

—¿Estás bien? —susurré, desesperada, mientras mis dedos recorrían sus hombros, bajaban por los brazos, subían por la

mandíbula y el cabello—. Cem, ¿estás bien? Dime, ¿te hicieron algo? ¿Te lastimaron?

Mis manos buscaron por todo su cuerpo, revisando si tenía heridas, rasguños, cualquier señal de violencia, cualquier marca o signo. Su pecho subía y bajaba fuerte, cálido, firme, y entonces me di cuenta: estaba entero.

Él sostuvo mi rostro con ambas manos, apretó mis mejillas, me obligó a mirarlo y su voz salió grave, firme, con esa fuerza que solo él sabía imponer.

—Estoy bien y todo está resuelto —dijo, apretando más, como si quisiera meter esa frase dentro de mí y obligarme a creerla.

Solté el aire sin saber que lo estaba conteniendo. Todo mi cuerpo se aflojó y apoyé el rostro sobre su pecho, respirando hondo, sintiendo ese olor a cuero, a perfume amaderado, a hombre, a seguridad… a él.

Las manos de Cem subían y bajaban por mi espalda, como si intentara calmar a una fiera asustada o a una mujer al borde de romperse.

—Cem, —mi voz salió entrecortada, más baja—. Todavía tengo miedo. Ellos son peligrosos. Sé demasiado y no van a parar, esto no se ha terminado.

Él se quedó en silencio unos segundos. Los suficientes como para que pudiera escuchar los latidos de su corazón, rápidos, firmes, constantes, y entonces habló, con la boca apoyada sobre mi cabeza.

—No. Se terminó —dijo con voz grave, más baja, casi como un gruñido—. Mientras yo respire, Ivana, nadie, absolutamente nadie, va a tocarte un solo cabello.

Me apreté más contra él, cerré los ojos y respiré hondo.

En ese instante, aunque el pecho me doliera, aunque el miedo gritara, aunque la incertidumbre me desgarrara por dentro,

había algo que sabía. Si hay un lugar donde todavía puedo respirar, es exactamente ahí, en sus brazos.

El silencio seguía pesando en la habitación, incluso después de hablar, incluso después de sentirme completa, pegada a él, respirando su olor, su calor y esa presencia que, de algún modo, se había convertido en mi ancla en medio de este infierno.

Las manos de Cem tomaron mi rostro con firmeza, y sus ojos ardían al clavarse en los míos, como si estuvieran a punto de soltar una bomba.

—Está resuelto —dijo con voz grave, cargada, con ese tono que no deja espacio a discusión—. Los Turgan entendieron el mensaje.

El pecho se me hundió. El alivio llegó con tanta fuerza que mis piernas casi fallan. Pero él no había terminado.

—El precio… —continuó, apretando mi mentón, sosteniéndome la mirada—, es el matrimonio de Nedja con Selim.

Por un segundo, el impacto me atravesó como un rayo. La boca se me abrió, las palabras se quedaron atoradas, pero, antes de que cualquier reacción me dominara, la conciencia golpeó con la misma velocidad que el entendimiento: eso me salvaba, me protegía, y ponía fin a la guerra.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Lágrimas de alivio y de gratitud.

Mi mano subió hasta su nuca, lo atraje hacia mí, lo sujeté, y antes de que algo pudiera hacerme dudar, pegué mi boca a la suya.

—Gracias —susurré contra sus labios—. Gracias por protegerme. Por todo. Por… amarme. Te amo, Cem. Te amo.

Su mirada se endureció por un segundo. Un músculo se contrajo en su mandíbula, el pecho subió con fuerza, y entonces me sostuvo la cara con más firmeza, pegó su frente a la mía y su voz salió ronca.

—Yo también, maldita sea. Yo también —dijo mientras bajaba la mano, me tomaba de la cintura y me apretaba contra él—. Y ahora, ven acá.

El beso que vino después fue de hambre y deseo acumulado, explotando como dinamita.

Sus manos agarraron mi culo, lo apretaron y me levantaron. Mis piernas se aferraron a su cintura y mi cuerpo quedó aprisionado contra la pared como si hubiera sido hecho para eso, para encajar en él, para pertenecerle y estar bajo su dominio.

Nuestras bocas se devoraban. Lenguas, dientes, labios, mordidas, succiones, Su barba raspaba mi piel, me marcaba y me hacía arder.

Cem me llevó hasta la cama como si no existiera nada más en el mundo que nosotros dos. Me lanzó sobre el colchón con la urgencia de quien no puede esperar ni un segundo más. Sus ojos ardían, salvajes y hambrientos, como si quisieran devorar cada centímetro de mi cuerpo ahí mismo, como si yo fuera el único vicio que él se permitía.

Se subió encima mío, abriendo los botones de mi blusa uno a uno, sin delicadeza. Me quitó la tela de los hombros y la arrojó lejos, con la respiración ya pesada. Sus manos recorrieron los costados de mi cuerpo, subieron, apretaron mis pechos con fuerza, arrancándome un gemido ronco de la garganta. Entonces, sus ojos se encontraron con los míos, llenos de una promesa que hizo que mi cuerpo entero temblara.

Cuando mi mano comenzó a moverse, él la detuvo.

—No —murmuró, con la mirada fija entre mis piernas—. Esto lo voy a hacer yo.

Se agachó y, sin previo aviso, pasó los dientes por el borde de mi ropa interior. Sus dedos tiraron con fuerza, el sonido de la tela rasgándose llenó la habitación e hizo que el corazón se me disparara. Arrojó ese pedazo de encaje destrozado al suelo,

observándome con la boca entreabierta, como un depredador a punto de atacar.

—Así, tal como me gusta —murmuró, deslizando las manos por mis muslos, separándolos despacio, como si fuera a tomar posesión de lo que ya era suyo por derecho.

Me miró de arriba abajo con ese hambre crudo en los ojos y entonces desabrochó el cinturón con un chasquido seco, bajó el pantalón como si le quemara y lo lanzó en cualquier dirección. Sus dedos tomaron mis tobillos, subieron mis piernas hasta sus hombros, abriéndome por completo y, sin vacilar, sin pensar, sin pedir permiso, me penetró de una sola vez.

Un grito se escapó de mis labios, mezcla de dolor y placer, y arqueé la espalda, aferrándome a las sábanas con fuerza. Su cuerpo sobre el mío lo era todo: peso, calor, dominio.

Se movía con violencia y precisión, como si cada embestida fuera una forma de marcarme aún más, de demostrar que yo era suya. Que siempre lo había sido.

En ese momento, no quería ser de nadie más.

—¡Cem! —gemí alto, arqueando el cuerpo, aferrándome a las sábanas mientras él entraba profundo, fuerte, rápido, sin piedad.

Sus manos apretaron mis caderas, atrayéndome con cada embestida, cada golpe de pelvis que hacía temblar todo mi cuerpo, que hacía rebotar mis pechos y quemar mi piel.

Me sostuvo de la cintura, me alzó para sentarme sobre él, sujetando con fuerza mis nalgas mientras me hacía subir y bajar, gemir, gritar, perderme y entregarme por completo.

—¡Eres mía! —rugió contra mi cuello, seguido de una mordida fuerte que me arrancó un gemido más alto—. Mía, carajo. ¡Mía! Y te lo voy a recordar cada vez que intentes olvidarlo.

Me puso de espaldas, me dio una nalgada fuerte, me agarró de la cintura y volvió a penetrarme con brutalidad, con fuerza,

tirando, sujetando, avanzando hasta hacer que las lágrimas me corrieran por los ojos, por puro placer, por exceso, por rendición total.

Sus manos apretaban mis pechos, tiraban de mis pezones, bajaban otra vez, me sujetaban el culo, lo marcaban, lo golpeaban, y su boca… su boca no paraba. Mordía, chupaba, arañaba, decía cosas que me hacían derretir y perder cualquier noción del mundo.

Mi orgasmo llegó arrollador, brutal. Me hizo gritar y estremecer por completo, mientras mi cuerpo lo apretaba, lo exprimía, lo absorbía, suplicando por cada gota suya dentro de mí.

Cem acabó enseguida. Me sostuvo, me jaló, embistió una, dos, tres veces más, hasta acabar con fuerza, con ese gemido grave, ronco, desgarrado, mientras apretaba mi cuerpo contra el suyo como si pudiera fundirnos en uno solo.

Caímos en la cama, jadeando, sudados, temblando, aún pegados.

El mundo allá afuera podía caer, explotar, volverse cenizas, pero Cem Arslan siempre me iba a proteger.



Epílogo

Meses después…

La luz del sol de la mañana atravesaba los ventanales enormes de nuestro cuarto, dibujando líneas doradas sobre el suelo, sobre los muebles y sobre ella…

Yo estaba sentado al borde de la cama, con una mano apoyada en el colchón y la otra deslizándose lentamente sobre su piel. Sobre esa panza prominente, redonda, llena, donde latía un corazón que era mitad de ella y mitad mío.

Mis dedos se movían suaves, recorriendo, delineando esa forma como si mi mente aún intentara, todos los días, procesar que, esto era real.

Cerré los ojos por un segundo, respiré hondo y abrí la mano, cubriendo esa panza como si quisiera protegerla del mundo, de la guerra, del pasado, del futuro… de todo.

Por milésima vez, me sorprendí pensando en cuánto esta mujer me había… *enloquecido.*

En cómo dio vuelta mi vida, mi mundo, mi control, mi lógica, mi nombre, mi imperio y mi sangre.

Yo, que había sido entrenado para no sentir, no ceder, no amar y no involucrarme con nada. Y sin embargo, ahí estaba. Con la mano sobre el vientre de mi mujer, mi esposa, llevando a nuestro hijo.

Lo haría todo de nuevo.

Absolutamente todo.

A la mierda lo que piensen los demás, quienes intentaron separarnos, destruirnos, quienes creyeron que podían meterse con ella y salir con vida.

La acaricié una vez más. Subí lentamente la tela de su camisón, para que mi mano pudiera sentir mejor, para ver cuánto ese cuerpo que conozco mejor que al mío, llevaba ahora nuestra vida.

Ella se movió, sus pestañas temblaron y, cuando abrió los ojos, esa mirada que antes me desafiaba, que me hería, que me hacía querer arrancarme el autocontrol, en ese momento me quemaba de otra forma: amor y deseo.

Me incliné. Tomé su rostro con una mano, la atraje hacia mí y la besé. Un beso lento, cálido, cargado de todo lo que sentía.

Cuando me separé, dejé mi frente pegada a la suya, el pulgar deslizándose por su mejilla suave, y dejé salir lo que llevaba dentro, sin filtro, sin orgullo, sin murallas.

—Te amo, Ivana —dije con voz grave—. Más que a cualquier cosa en este mundo. Más que al propio mundo.

Su sonrisa fue tan real, tan cargada de verdad, que parecía capaz de borrar cualquier sombra.

—Yo también te amo, Cem —respondió, y sus dedos subieron, rodearon mi nuca y me atrajeron de nuevo—. Para siempre.

Ahí, en ese cuarto, en ese instante, con mi mano sobre nuestra hija creciendo dentro de ella, lo supe.

Vencería cualquier guerra.

Destruiría cualquier imperio.

Mataría a quien hiciera falta.

Enfrentaría al mundo entero.

Todo. Absolutamente todo…

Por ella.

Por nosotros…

Porque, al final… ella siempre ha sido mi hogar.

Agradecimientos

Quisiera expresar mi inmensa gratitud a todas las personas que forman parte de esta travesía literaria. A cada lector y lectora, en Brasil y en todo el mundo, mi eterna gratitud por permitirme compartir mis obras. Ustedes son la razón de mi esfuerzo y mi motivación diaria.

Juliana Lélis, Mi, Ilza Mendes, Amélia Luize, Larissa Rocha, Lorena Rosa, Cleusa Santana, Ivana Sandes, Lory, Mariana Telles, Nedja, Ticyanne, Priscilla, Beatriz Soares, Suelen, Regina Fabbris, Ivana Sandes: gracias por la lectura, el apoyo constante y toda la motivación de siempre. 💛

Agradezco profundamente a mi amiga y compañera Rosi, quien con su dedicación y apoyo incondicional ha sido fundamental en cada paso de este camino. Su ayuda, desde la creación hasta la divulgación de cada libro, ha sido clave en mi crecimiento.

También estoy muy agradecida con Ariel y Jackeline, quienes con su asesoría se han convertido en pilares del desarrollo de mi carrera.

Al Grupo Editorial Portal y al maravilloso equipo que lo integra, mi más sincero agradecimiento. ¡Ustedes hacen realidad mis sueños!

Gracias a mi amado Gabriel, mi refugio, siempre a mi lado con amor y apoyo incondicional. Y a mi adorada Aurora, quien entre juegos y momentos de ternura, es mi mayor fuente de inspiración para las escenas más dulces y divertidas que escribo.

Por último, agradezco a mis mentores y guardianes espirituales, que me guían con sabiduría y protección, dándome la fuerza para seguir adelante con valentía.

Que este nuevo año nos traiga aún más oportunidades, crecimiento y logros, y que sigamos juntos, escribiendo historias inolvidables.

Sobre la autora

A los 29 años, Jéssica Macedo, escritora y emprendedora brasileña, está rompiendo barreras y conquistando al público nacional e internacional con sus historias cautivadoras y personajes entrañables. Considerada una de las mayores revelaciones de la literatura contemporánea brasileña, Jéssica fue reconocida oficialmente por Amazon como la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited. Con libros que combinan romance, fantasía y suspenso, se ha destacado por su habilidad para atrapar a lectores de todas las edades, lo que se refleja en el crecimiento constante de su base de fans y en su inclusión en la lista "Forbes Under 30". Este logro consolida su lugar entre los grandes nombres de la literatura digital.

Con una trayectoria admirable, Jéssica se dio a conocer con obras como *Rechazada en el altar* y *Virgen prometida*, pero ya suma cerca de 300 títulos publicados en 6 idiomas. Su éxito no se limita a Brasil: también ha ganado espacio en el mercado internacional, consolidándose como una autora independiente de gran impacto.

Reconocida tanto por el público joven como por el adulto, Jéssica no solo ha conquistado a los lectores brasileños, sino que ha expandido su presencia global gracias a la autopublicación. Actualmente, figura entre las más vendidas en mercados de gran visibilidad como España, Francia, Italia y Alemania. De acuerdo con datos recientes de Amazon, es la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, un hito que marca una nueva era para la literatura nacional en el exterior.

Conoce más sobre sus libros y novedades en sus redes sociales:

Facebook: facebook.com/autorajessicamacedo

Instagram: instagram.com/autorajessicamacedo

Página de autora en Amazon: https://amzn.to/2MevtwY


Jéssica
Macedo
escritora

También debes leer



Link=>https://amzn.eu/d/6JZOxMo

Un vaquero descarado y provocador.

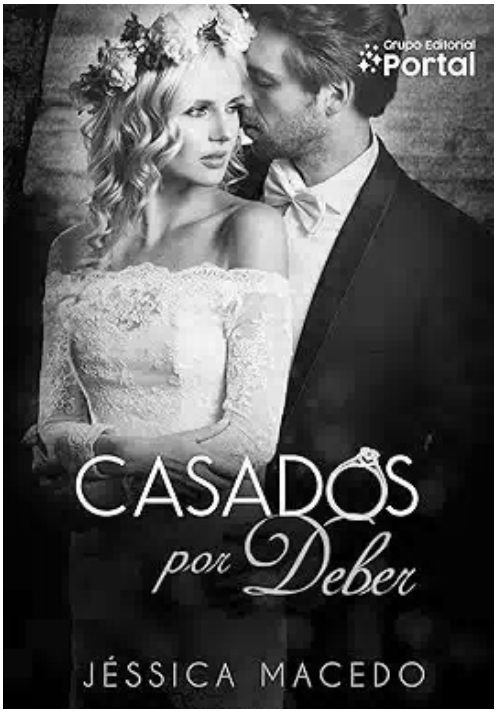
Una niña mimada de ciudad.

Van a terminar como vecinos, dispuestos a volverse locos el uno al otro.

Liam siempre fue el más apasionado por la vida en el campo entre los hermanos Collins, el que más se dedicaba al próspero rancho familiar. Junto a su padre, cuidaba de los animales y se encargaba de toda la gestión de la propiedad. Pero en su tiempo libre, participaba en competencias de monta y le encantaba mostrar su cuerpo musculoso a las mujeres de la región. Mujeriego empedernido, el semental disfrutaba coleccionar conquistas. Era demasiado guapo para que a alguna le costara trabajo intentar atrapar su corazón salvaje.

Suelen Jones nunca pensó que dejaría su vida en la gran ciudad para irse a vivir al campo. Sin embargo, las deudas se acumularon y, para colmo, su hermano -su único pariente- murió, dejándole un rancho que debía administrar y un sobrino huérfano de apenas tres años.

Aprender a cuidar de una hacienda y criar a un niño no serán sus mayores desafíos cuando se cruce en el camino del mayor seductor del pueblo.



Link=> https://amzn.eu/d/dugWhqw

Hace cinco años, Jefferson Miller abandonó a su familia y a la empresa para recorrer el mundo a bordo de un barco, en busca de su propio destino. Después de tanto tiempo lejos, regresó a San Francisco para asistir al entierro de su hermano mayor, el único con quien tenía un vínculo profundo. Pero no esperaba que, además de dejarle la multinacional del sector deportivo, Jonathan también le heredara una esposa.

Para asumir la presidencia de Athena, convertirse en el CEO y aportar estabilidad a los negocios frente al mercado, tuvo que cumplir el último deseo de su hermano: casarse por contrato con su viuda, una mujer diez años menor que él y a quien solo conoció en el funeral.

Clare tenía el empleo de sus sueños trabajando como secretaria de su mejor amigo, al frente de una de las compañías deportivas más importantes del mundo. Sin embargo, un terrible accidente cambiaría su vida para siempre. Jonathan juró protegerla, así que decidió casarse con ella, aunque se trataba solo de una fachada, un acuerdo que también le ayudaría a ocultar su orientación sexual.

Virgen y viuda, nunca imaginó que viviría un gran amor al verse envuelta en un segundo matrimonio por contrato. Pero lo que Clare y Jefferson no sabían era que, en los brazos del otro, podrían encontrar su verdadero refugio.



Link=>https://amzn.eu/d/73Nf03h

Un CEO imbécil y arrogante.

Una profesora dulce y amable.

Una apuesta del pasado que la dejó con el corazón roto.

Justin Foster se fue de su ciudad natal hace diez años y su vida cambió por completo. El joven ranchero se convirtió en un gran empresario del sector financiero. No tenía la menor intención de volver al lugar donde nació, pero la muerte de su padre lo arrastró de vuelta al pasado.

Zoe Collins era una niña enamorada cuando Justin la llevó a la parte trasera de la camioneta y le quitó la virginidad. Le entregó el corazón y él se lo destrozó. Solo consiguió olvidarlo cuando él se marchó, debido al divorcio de sus padres.

Pasaron los años y Zoe creyó haber seguido adelante, haber sanado las heridas, pero ver de nuevo al hombre que la rechazó y jugó con ella podría

cambiarlo todo.

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br